



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Pizuela, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larranaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de.)

SUMARIO.

Revista general.—Alemania en 1813, por D. Antonio Llaberia.—Ultramar.—Sueltos.—Noticias sobre un libro, por D. Antonio Llaberia.—De la historia con relacion al derecho, por D. F. J. Moya.—La industria algodouera en los Estados-Unidos, (del Fomento de la produccion).—Prusia, por D. Luis Justo y Villanueva.—La fotografia, por D. Manuel Candela.—El papel, por D. F. de la P.—Importancia del dibujo en la instruccion del hombre, por D. J. Manjarrés.—Icaro, por D. Luis Alfonso.—Ali-bey el Abassi (continuacion), por D. Victor Balaguer.—A.... (poesia), por D. Antonio Llaberia.—El arroyo (poesia), por D. Pablo Bosch.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE SETIEMBRE DE 1870.

REVISTA GENERAL.

I.

Mac-Mahon y su ejército, batidos en Sedan; el general Wimpffen, sucesor del primero, concluyendo una capitulacion que entrega todo un ejército, como prisionero de guerra; Napoleon III, prisionero de Guillermo de Prusia; Metz, cada vez en mas apurado trance; Bazaine proponiendo en balde, ventajosas bases de capitulacion; Strasburgo reducido á escombros y ruinas, destruida su magnífica catedral, maravilla de la Francia, incendiados sus edificios, extenuados y abatidos sus habitantes, pero resistiendo aun heroicamente el bloqueo; Laon resistiendo tambien; Vitry, Nancy, Chalons viendo ondear en sus plazas el pabellon enemigo; terrenos devastados, cosechas perdidas, granjas y aldeas abandonadas y desiertas; y el soldado de la Alemania, paseando el laurel de su victoria, por todo el espacio de la Francia sometida, desde el Rhin hasta los Vosgos, desde los Vosgos hasta Saint-Quintin: hé ahí el espectáculo doloroso y sangriento, hé ahí el cuadro de confusion, de estrategias, de cantos, de gemidos, de vitores, de blasfemias, de dolor inmenso, de regocijo sin tregua, ofrecido por el teatro de la guerra franco-prusiana, desde la conclusion de nuestra última Revista, hasta que damos comienzo á la presente.

La mayor de las desventuras para el ejército francés, la descomposicion de los últimos restos, que reunidos otra vez en un nuevo cuerpo, esperaban obtener un desquite de sus pasados descalabros, vino á ser causa determinante de tan graves sucesos, que bien podemos decir que la accion de Sedan fué una etapa del período

guerrero, empezando en ella una era de faz completamente distinta de las anteriores.

Por mas previstos y esperados que sean los sucesos, siempre hay en la forma de su cumplimiento algo que sorprende y que les dá el carácter de gravedad bastante para que sobre ellos se medite, y haga descanso el ánimo en esta meditacion, despues de la agitacion que debe haberle causado la trascendencia de una nueva.

¿Existia, por ventura, quien no creyera en la caida del hombre funesto, que en la paz y en la guerra influyó sobre los destinos de la Francia, para conducirlos á su actual ruina? ¿Habia alguno, que ante los sucesos actuales, y al contemplar el prestigio militar de la Francia, abatido en los campos de batalla y hollado bajo la planta del poderío alemán, no hubiera en su interior pronosticado, que la expiacion de tantos desastres, seria para quien los provocó, la ruina, el desprecio, la impopularidad, la pérdida de la grandeza, para ir á llorarla en la soledad del ostracismo?

Nadie dudaba de la fatalidad de este acaecimiento, porque es la verdad, que habia llegado el momento de pensar en el decreto de la justicia, excitado imprudentemente su rigor por el mismo que á él vivia sometido, y de predecir que la caida que estaba escrita en una de las páginas del destino, habia de consumarse en la ocasion en que, tal vez sin pensarlo, el emperador jugaba el todo por el todo.

Así fué con efecto, y la suerte echada con tan mala estrella, que al término de ese periodo de desastres y humillaciones, Napoleon III, que habia probado ya todas cuantas pueden ser impuestas á un poderoso; que de emperador y generalísimo habia pasado á simple satélite de sus generales; que de espectador en las luchas habia pasado á fugitivo; que de Sarrebrük habia dado en Metz, de Metz en Chalons, y de Chalons en Sedan; hoy ha dado en el colmo de su mayor desgracia, pasando de Sedan á Cassel, y viendo su escolta imperial sustituida por la del cautivo que es conducido á su prision.

Napoleon ha caido ya, deciamos en nuestra última Revista, porque Napoleon no representa institucion alguna de la Francia, no representa su historia, ni su porvenir, ni otro elemento alguno que su propio poder. Por esto, deciamos, no ha de determinar la caida del emperador un decreto de la Cámara, ni otra declaracion oficial alguna; los actos del propio emperador, su propia suerte ha dictado el decreto; y así fué.

El solo acertó á distinguir en el horario de sus aventuras, el momento en que su gloria concluia, para empezar su oscuridad; él supo simbolizar la pérdida de su

poder, con tan casual acierto, que se despojó de su espada, signo de la fuerza, que ha sido el secreto de su elevacion, de su engrandecimiento y aun de su desgracia. Cayó Napoleon III sin el anuncio oficial de su caida, y cayó arrastrando en pos de sí, á todos cuantos tuvieron complicidad con su imperio; á la emperatriz Regente, á la mayoría dócil del Cuerpo legislativo, al Senado, obra de sus propias manos, el espíritu aventurero que habia inspirado á los franceses, y aun al ejército, cuyo brillo deslumbraba, y cuya imponente organizacion habia aprisionado á la Europa con las cadenas de la paz armada.

¿Juzgaremos ahora, al cautivo y desterrado, por sus hechos? ¿Abriremos aquí el libro de sus aventuras, desde 1848 á 1852, y desde este año al de 1870? No, por cierto, ya que ni este es el momento oportuno, ni haríamos otra cosa que usurpar á la historia una atribucion que ella, por serle privativa, desempeñará mas acertada, mas justa y mas desapasionadamente.

Callemos, pues, sobre el pasado; hablemos, sí, del presente. ¿Qué le queda á Francia del imperio? ¿Cuáles son las huellas que éste ha dejado en el suelo de toda una nacion que recorrió altivo, poderoso y dominante? ¿Qué títulos puede alegar el sistema personal, para justificar siquiera su existencia y su imposicion por tantos años?

¡Oh! Suponiendo que algun bien fuese para la Francia, el premio de su docilidad y sufrimiento de diez y ocho años, ¿dónde quedaria de él un solo rastro, entre la desolacion general en que se ha visto sumida, al término de este plazo? ¿Qué significa la pujanza de una nacion, cuyo renate es el desastre y la muerte de sus hijos y de su riqueza? ¿Qué es la prosperidad material y económica, si solo es predecesora de la miseria y la ruina?

Pero olvidemos esto; investiguemos en otro terreno, prescindamos de la horrible realidad de los campos de batalla; hagamos un paréntesis, entre la salida del emperador, de Paris, al frente del ejército expedicionario, y el momento en que aquel deja de ser emperador para quedar en desterrado y cautivo. ¿Qué hallariamos en Francia?

¿Cuán escasos resultados, para debidos á tan grandes programas y á tan solemnes promesas! Si el espíritu humano se desarrolla, si la aspiracion política no muere, si la independencia del ánimo no se da á prision, si el carácter francés no pierde por completo su virilidad y energía, no es ciertamente por influencia del imperio, que preteade erigirse en la inteligencia, en la voluntad, en el sentimiento único de aquella nacion: es porque la luz, lejos de morir en las tinieblas, las ilumina y las vence. En

cambio, si hay en Francia prensa amorozada, periodistas perseguidos, sufragios dóciles, plebiscitos triunfantes, mayorías complacientes, ministros irresponsables, emigrados sin amnistia, amnistias sin seguridad, costumbres relajadas, alucinaciones del pueblo, fiestas del 15 de Agosto, caracteres afeminados, clases egoistas é intereses mal comprendidos; nadie, mas que el imperio, con su régimen habilidoso, con sus estudios solapados, es el causante de tanto vicio, de tanto lunar como empañia la fisonomía del pueblo francés durante el periodo que acaba de terminar.

Ferro-carriles y telégrafos, máquinas agrícolas, talleres inmensos, exposiciones magníficas, boulevares espléndidos, grandes obras, grandes portentos, forman, es cierto, la auréola de la corona imperial que rodó á los pies de la Prusia; mas todo ese adelanto de la materia, ese progreso de hierro y piedra, ese círculo de acero de que se rodea á los pueblos, no son adelantos verdaderos, adelantos humanos, cuando la pesada mole que constituyen no se ve rodeada por la auréola del progreso moral, armónica dualidad sin la cual no hay pueblo que pueda llamarse emisario, ni vasallo de la verdadera, de la única civilizacion.

Hé ahí la obra del imperio, considerada dentro de su mision política, único concepto, ya lo hemos dicho, bajo el que podemos considerarla.

Desde la fortaleza de Cassel, donde hoy se encuentra abatido, enfermo y humillado, el representante del poder caido tal vez arroje una mirada anhelante sobre la página de sus glorias pasadas, tal vez, apesarada su conciencia, quiera buscar un recuerdo que la tranquilice, tal vez investigue sus actos por descubrir entre ellos uno siquiera, que sea un servicio prestado á la causa de la humanidad, un impulso dado al desarrollo de alguna idea, de algun principio regenerador. ¡Tanta ha de ser su desdicha en estos momentos, que no encontrará ese consuelo! ¡No ha de hallar otra cosa, que la inteligencia y la fuerza nacional sometida á la inteligencia y la fuerza de su personalismo! Y tal vez no deje de herirle el recuerdo de aquella promesa: *El imperio es la paz*, en el instante en que, como expiacion de haberla quebrantado, contempla al imperio, cediendo su grandeza al vencedor, como botin de guerra.

¡Elocuentísima enseñanza, para los poderosos, que ciegamente prescinden del concurso de los pueblos, que les confiaron sus destinos! ¡Durisima leccion, tambien, para aquellas clases de toda sociedad, que amantes del orden, pero indiferentes hácia otros principios de no menor valía para la prosperidad social, no cuidan de secundar aspiraciones ge-

nerosas que se proponen la armonía de todos los elementos!

## II.

Mientras tanto, de entre el caos tenebroso producido por el conjunto de la agitación de un pueblo amenazado, de la desesperación de un pueblo vencido, de la irritación de un pueblo engañado; engendro de la guerra y de la desventura, hemos visto levantarse en París la institución siempre aclamada como hija de la paz y emisaria de la dicha. La República francesa proclamada en París, y después en los departamentos, descansa en el vacío que ha producido en la región donde el pueblo francés se agita, el desastre dolorosísimo de Sedan, la humillación de 40.000 soldados, las muertes de Canrobert, Leboeuf y Faily, y el cautiverio del emperador.

Palikao y su Gobierno, depuestos, de extraña manera; la mayoría del Cuerpo legislativo aturrida y desorientada con la desventura de su antiguo señor; una de sus agitadas sesiones interrumpida por la presencia del pueblo, llevando al seno de la Cámara las voces de destitución que recorrian las calles, la resistencia de la emperatriz a reconocer que su caída en París, había coincidido con la del emperador en Sedan; la instalación del Gobierno provisional en el Hotel de Ville; la disolución del Senado, rindiendo su último tributo de agradecimiento y sumisión en vivas al emperador, al príncipe imperial y a la emperatriz; la resolución adoptada finalmente por esta última de abandonar las Tullerías, partiendo para Bélgica, en busca de su hijo, causa inocente, de la desolación en los campos, de la prematura revolución en las ciudades; los asaltos del pueblo, al palacio de su antes victoreado soberano; los gritos, las aclamaciones, las exigencias de las masas; hé ahí todos los preliminares del manifiesto de 4 de Setiembre, anunciando al pueblo la proclamación de la República francesa, cuyo cuerpo informe no ha recibido aun caracteres de regularidad.

Una República sin presidente, un ministerio sin jefe visible del Estado, un consejo presidido por un general monárquico, podrá llevar el nombre de Gobierno republicano, para dejar saciado el apetito popular ó para engañarlo, mas nunca en realidad ha podido titularse de otra manera que Gobierno no provisional, ó consejo de defensa, si como en los actuales momentos no tiene mas objeto inmediato y deliberado, que librar á la Francia de la plaga invasora de los ejércitos alemanes.

Sea, con todo, de ello lo que fuere, si la forma de ese Gobierno brotado de la nada á que había quedado reducida la prepotencia de la nación francesa, á pesar de su organización especial, se da el nombre de República; si con el lema de esta se gobierna por sus miembros; si invocándola hace la nación el esfuerzo supremo de todos sus elementos, si son voces y cantos republicanos, los que conducen á todos los hijos de esa nación, á los alistamientos para correr á la defensa de la ciudad amenazada; si en nombre de la República se toman medidas militares, mejor que políticas, y se continúa la guerra ó se concluye el tratado de paz; si todo esto sucede; es indudable que el espíritu republicano domina hoy en el pueblo vecino; indudable es también, que la causa de la República ha venido á sustituir á la del imperio, en cuanto á la solidaridad con los sucesos de la guerra; y lo es, finalmente, que esta consideración olvidada por los hombres del 4 de Setiembre, ha convertido en peligrosísima imprudencia la proclamación de un principio que la impresionabilidad francesa puede ver descreditado mañana, si los azares de la campaña continúan siendo los que hasta aquí, según lo anuncian todas las probabilidades existentes.

Por muy grandes que sean las simpatías que experimentamos por el pueblo francés, por mucho que admiremos sus empresas patrióticas de todos los tiempos, por firme que sea en nosotros el convencimiento de su valor, cómo, si razonamos, podremos tener mas que por generosas ilusiones, las que aquel pueblo y los que con él hoy simpatizan, se forman acerca de su futura suerte en la continuación de la guerra empezada por el imperio! Nosotros, que hacemos justi-

cia á los sentimientos de aquel pueblo, esperamos ver prodigios inmensos de valor, hazañas aisladas que asombren y enardecen, luchas valerosas de pléyades de ciudadanos contra los ejércitos disciplinados y ya aguerridos de la Alemania, ejemplos inauditos de abnegación, de patriotismo y de sufrimiento; pero no se llega hoy, desgraciadamente, al triunfo, por tales senderos, aunque por ellos se llegue á la mas inmarcesible gloria.

El entusiasmo que el lábaro republicano haya podido inspirar á los ánimos franceses, no ha de poder suplir la falta casi absoluta de medios de defensa; las barricadas en las calles de París y las fortificaciones, no han de poder lo que no pudieron el chassépot y la ametralladora; los ejércitos de ciudadanos no han de reemplazar á los ejércitos de Mac-Mahon y Bazaine; los soldados dispersos de Vinoy y los 100.000 organizados en Lyon, no han de bastar á contener el empuje de los tres ejércitos prusianos; y ante la verdad implacable de tales consideraciones, ¿cómo es posible soñar en victorias republicanas que obtengan el desquite de las derrotas imperiales? El porvenir actual de la Francia no ofrece mas que dos perspectivas, igualmente desconsoladoras, la guerra con su éxito desastroso, ó la paz con vejatorias condiciones.

Ahora bien, ¿no ha sido comprometer gravemente la causa de la República, proclamarla en estos momentos, en que no hay otra empresa que realizar, sino la tristísima de proseguir la lucha, buscando la derrota, ó la humillante de firmar la paz, sufriendo la imposición?

No queda á este mas solución, que la de un cambio radical en las disposiciones de la Prusia. Si Guillermo I, al dar su proclama á los pueblos de la Alsacia y la Lorena, diciendo que peleaba contra el imperio y no contra la Francia, expresó sus sentimientos de acuerdo con los planes de Bismark, ó si este, después del cambio profundo que se ha operado en la nación, su rival, quiere hoy atemperar sus planes á aquellos sentimientos; es posible la transacción pacífica, es posible la tregua, y lo sería, por consiguiente, la suspensión de los grandes males que amenazan propagarse por toda la extensión de la República francesa. Mas si se llegara á tal extremo, ¿qué sería de esta República? La creemos, de todos modos, condenada á una efímera existencia.

Prusia, la vencedora, podría hoy dictar las condiciones de la paz: si Francia las aceptaba, abandonando el arrogante tono, en que hoy se ocupa de ella por boca de Julio Favre, su actual ministro de Negocios extranjeros, en su circular al cuerpo diplomático, debería indudablemente someterse á la cesión de las dos provincias conquistadas, y hé aquí el descontento nacional abrumando con su peso la institución sucesora del imperio. Si la República no se somete á aquellas condiciones, hé ahí la guerra continuando mas enconada que nunca, hé ahí el triunfador alemán imponiéndose al Gobierno francés, hé ahí, por consiguiente, al monarca hoy poderoso, conjurando con su fuerza actual todo peligro para su trono de Berlín, y cortando en la ciudad tres veces republicana, las corrientes agitadoras del republicanismo alemán. Finalmente, si merced á la intervención de las potencias neutrales, las dos beligerantes se cedían mutuamente en sus exigencias, ¿se cree, por ventura, que la Prusia renunciará á una intervención mas ó menos disimulada, que so pretexto de constituir definitivamente á la potencia rival, consiguiera el abatimiento del Gobierno hoy establecido?

Este, con ser tan negro, es el porvenir que la razón descubre; otro será el que descubra la pasión, mas nosotros, que nos regaláramos con él en los primeros momentos, deploráramos en seguida el desengaño de no poderlo convertir en realidad placentera para el noble pueblo, á quien debe el siglo actual tantas glorias y tantas conquistas.

Así, pues, ¿qué representa el gobierno de Trochu? ¿Representa acaso la idea vencedora, triunfante, ya que no en la guerra, en la política? No, ciertamente, puesto que no es la de Francia una política libre en estos momentos: representa el peligro constante para esa misma idea; representa la imprudencia y la precipitación. Es la revolución dependiente de la guerra, en cuyos azares no han de poder influir ni los decretos democráti-

cos del ministerio, ni la convocación de la Constituyente para el 18 de Octubre, ni las alocuciones de Victor Hugo, ni los desahogos de las masas, destruyendo los escudos imperiales y rasgando las papeletas sobrantes del plebiscito.

No descubrimos, á todo eso, en las potencias neutrales, la actividad que su deber les impone, para seguir sus negociaciones en favor de la paz, ya tan necesaria: duerme la diplomacia algo mas de lo que conviene á su misión y á su buen nombre. Las diligencias que habían empezado han quedado interrumpidas, y ya no se habla de entrevistas, ni de viajes, ni de despachos de una corte á otra.

Rusia, amiga del vencedor, ningún empleo hace de la influencia que sobre él pudiera ejercer, mientras su prensa, seguramente no interpretando los propósitos del Gobierno, se muestra contraria á la anexión á la Prusia, de la Alsacia y la Lorena; Inglaterra se contenta con ofrecimientos de secundar á la potencia que tome la iniciativa; Austria afecta grande atención á sus negocios interiores; Italia, hasta hoy dominada por sus escrúpulos hácia la infracción del convenio de Setiembre, se resuelve por fin á internar sus tropas en los Estados del infalible Pontífice, el cual no halla tampoco espacio, en medio de sus justísimas tribulaciones, para escribir siquiera una segunda carta como la que dirigió á los dos soberanos enemigos, cuando aun los dos se encontraban frente á frente.

Puede haber influido para producir esa reserva, que ostensiblemente no se justifica, las exposiciones cubiertas de firmas, que las ciudades alemanas han dirigido al rey Guillermo, para que rechazara toda intervención en que se propusiera la paz, mientras esta no pudiese quedar establecida de una manera permanente. Mas, ¿no se habían de proponer otro tanto las naciones mediadoras? ¿No es esta una pretensión justa y sobre todo, una aspiración generosa, que secundar y que procurar conducir á su deseado cumplimiento? Ciertamente, que no habrían de ser unos mismos los términos, que entenderían los neutrales y los beligerantes, ser oportunos para obtener la estabilidad de la paz que se pactara, pero esto no disculpa que siquiera se hiciera por las primeras una generosa tentativa.

No sabemos si las exposiciones de las ciudades alemanas son la expresión de la arrogancia del vencedor, ó la del sentimiento ilustrado y humanitario; y en verdad, que ya sea lo uno, ya lo otro, no dejan aquellas de tener importante significación. Si es lo primero, fundariase la aspiración pacificadora de la Alemania, en el deseo de aniquilar á la Francia, en el de conseguir en esta, el silencio de la esclavitud, ó de la muerte; y representaría su petición, la voluntad de que la paz estable que solicitan fuera garantida por el yugo, que el prusiano dejara pesando sobre el francés. Si, por el contrario, significaran aquellas exposiciones, el deseo humanitario de alejar para siempre de Europa al espíritu de la guerra, vendría en ellas significada la disposición racional á entrar en concesiones, á respetar una gran nacionalidad, dejándola su independencia y su honra, adquiriendo y dando al propio tiempo la seguridad de que cesarían ambiciones ilegítimas de mútua dominación, que tan fatales son para los principios del derecho, únicos que deben imperar.

Si este es el espíritu de la Alemania, y este también el propósito que dirige á los ejércitos prusianos; si la política que ha desencadenado las fuerzas de los pueblos teutónicos, se siente satisfecha con tan dichoso resultado; si basta una conquista de tan alta gloria á satisfacer la codicia del vencedor, ¿bien podríamos felicitarnos de que el fin de la guerra se acerca y de que la razón se ha sobrepujado á la embriaguez del triunfo!

Mas, por desgracia, parece no ser así; ya sabemos por de pronto que la Prusia no renuncia á las provincias que hizo suyas por derecho de conquista; y si á esta pretensión, que si se justifica ante la Francia, por haberlas tenido análogas sobre las comarcas alemanas del Rin, no se justifica asimismo ante el derecho y ante la Europa, si á esa pretensión añadimos las que puede inspirar á Guillermo y á Bismark la situación actual de la Francia, induciéndoles á emplear una, que ya no sería política germánica, sino política real y exclusiva;

nada podemos ciertamente presentir que nos señale como cercano el día de la general concordia.

No aplaudiré ya el ánimo como hasta aquí, los triunfos que vayan adquiriendo los ejércitos del príncipe real, de Federico Carlos y Steinmetz; empieza á reinar cierto espíritu de protesta contra su disposición avasalladora; y se siente extrañeza de que vencido el imperio, se quiera hoy pelear contra la nación; mas las tropas no detienen su marcha sobre París, la guerra continúa con sus proporciones colosales y los sucesos siguen precipitados por la pendiente que les señala la mano certera de Moltke y el talento diplomático de Bismarck.

## III.

Muy grande es la trascendencia de los sucesos exteriores, para que dejara de alcanzar á nuestra patria. Aquí, como en todos los pueblos donde vive y se agita la idea republicana, han nacido ilusiones, se han producido entusiasmos, y se ha creído ciegamente, que la instalación de un Gobierno provisional, que se ha dado el nombre de República francesa, significaba el triunfo del principio y señalaba la hora en que se desplomaran tronos, sin distinguir entre los que conservan el polvo del viejo absolutismo y los que ostentan el brillo de la mas pura democracia.

El partido republicano español, cuyos actos, á decir verdad, pocas veces se inspiran en la reflexión, y si muchas en el arrebatado, exaltado por el ejemplo de los republicanos franceses, para seguir á estos en todo, hasta prescindiendo de que su alegría podía ser tan efímera, como parece destinada á serlo la de sus émulos; han creído ser llegada la hora de proclamar la República; acto de insensatez que se pagaría con tardío arrepentimiento. Convertida España en satélite del astro que hoy pasa por tan singulares evoluciones, habría echado culpablemente su suerte, con la del que no puede esperar, por ahora felicidad estable.

¿No se ha clamado uno y otro día, por que España y su Gobierno no salieran de su neutralidad? ¿No se ha conservado la esquizencia, y no se ha preparado la censura, para todo acto que inclinara nuestra posición hácia uno ú otro lado de los que ocupan las dos potencias rivales? Y ahora, ¿á tal extremo se quiere mostrar la mala fe de aquel dictamen, que se nos quiere conducir á la complicidad con una evolución que la política prusiana hade ver con marcadísimo disgusto? ¿No se preven, como hemos previsto nosotros mas arriba, los peligros que está corriendo la República francesa, que con tanta ceguera se nos quiere llevar á ser partícipes de ellos? ¿Se nos quiere unir al carro del vencedor? ¿Así se conspiran insensatos son algunos españoles—contra nuestras libertades, contra nuestra situación, contra nuestras conquistas tan brillantes, que han deslumbrado á toda la Europa?

Y, por otro lado, ¿pertenece acaso á un pueblo extranjero el fijar la hora de nuestros cambios, el señalar nuestros destinos, el llevarnos detrás de su huella, como la estela de su orgulloso continente? Díranos al menos la garantía del acierto; trocará siquiera la disposición del país, inteligente en unos, menguada en otros, para frustrar todo ensayo de forma republicana. ¿Pero cómo había de poder tanto? ¿Lo puede acaso para sí misma? ¿No habeis oído á Julio Favre, al republicano eminente, confesándose temeroso de los libelistas del *Rappel* y de la *Marsellesa*? ¿No le visteis admitiendo á Rochefort, el publicista de *La Linterna*, en el Gobierno Provisional, como quien pone un freno á la demasia, como quien encarcela la demagogia, mejor que como quien concede una honra y admite una cooperación?

Pues entonces, si la dignidad nacional no nos permite aceptar extranjeras leyes, si la suerte á que enlazáramos la nuestra promete ser tan infausta, si la disposición interior, que debe ser nuestra única ley, no ha cambiado para motivar hoy, lo que ayer era improcedente, si el ejemplo de serenidad y orden que buscáramos en la institución que se quiere imitar, no podríamos hallarlo, ¿qué sería en España la República, sino el ensayo desgraciado y el fuego con que jugaríamos, tal vez y sin tal vez, para abrasar

en él la página de nuestra historia á que corresponde la de nuestra revolucion?

¿Y el Gobierno, á quien ha erigido, el país con su confianza y la Asamblea con su voto, en guardador de nuestras riquezas, las había de exponer á tan lastimosa dilapidación? ¿Y la Asamblea Constituyente había de torcer la misión que tiene encomendada, de tal suerte que por pasar por una fantasmagórica grandeza, nos hiciera dar en el abismo y en la ruina? ¿Y la libertad que no se arraiga mas que en suelos abonados, había de crecer en el suelo inculto de la imprudencia y de la aventura?

¡Oh! no ciertamente. Tanta es la impropiedad de tales propósitos, cuanta la prudencia y sensatez del general Prim y demás hombres del Gobierno, al resistir los embates de esa marea levantada por los vientos traspirenaicos. Nuestra misión es constituirnos independientemente, y según ha declarado la representación legítima del país. La monarquía democrática, limitada por los derechos del ciudadano y del pueblo, no es ciertamente el imperio sin mas limitación que el capricho y la arbitrariedad; ¿por qué la institución honrada habría de caer al tiempo que la nefanda se desploma? ¿Por qué si la primera ha sido hija de la libertad de un pueblo, y la segunda engendro de la humillación de otro, ambas han de tener una misma sucesora?

No, la serenidad importa ahora mas que nunca, y preciso es reconocer que, si arrebatado en el pensar, el partido republicano español, se muestra en el obrar, comedido y digno. Cuanto mas se espera de la propaganda pacífica y de la fuerza espontánea de una idea, mejor se expresa el convencimiento de la bondad de esta última.

¿Qué ha cambiado en nuestra manera de ser? Nada. ¿Nos vemos amenazados? No. ¿Cambiarán, como por ensalmo, los intereses de nuestra sociedad? Tampoco. Hé ahí, por qué nuestro criterio respecto á España, ante los acontecimientos europeos, es el mismo que al dar principio la lucha franco-germánica. Hé ahí por qué no sentimos esa impaciencia frenética de algunos, por ver reunidas las Cortes antes del plazo de su natural reunión. Hé ahí, por qué nos parece acertada la opinión que ha prevalecido en el seno de la comisión permanente, defendida por el Sr. Sagasta, como representante del Gobierno, secundada por los miembros de la unión liberal y combatida por el Sr. Martos, notablemente afectado hace algunos días, por los aires venidos de allende el Pirineo.

Terminaremos nuestra crónica quincenal, concediendo alguna atención á la intencionalista, frustrada al nacer y vencida por una exigua parte de nuestro valiente y liberal ejército? No, por cierto. El ridículo ha sido el sudario de su cadáver y la vergüenza del partido que la ha intentado, la única reliquia que dejó de su existencia pasajera. Al mismo tiempo que su causa perecía en los campos de la insurrección, Carlos VII se veía desdeñado en todas las cortes á donde fué á mendigar favor y apoyo. Hé aquí todos los rasgos de ese conato de atentado contra la soberanía del país y contra la libertad. Hé aquí otro fracaso de la idea reaccionaria condenada ya á perpetuo ostracismo. Hé aquí las gloriosas hazañas y dichosas aventuras, que quedan por referir á los conturbios de don Carlos, en las próximas veladas de invierno del palacio de Vevey.

## ALEMANIA EN 1815.

### I.

La dominación napoleónica en Alemania produjo el efecto que, con ligeras variantes, fué su carácter distintivo en todas las naciones del continente. Bonaparte, al barajar cetros y coronas, hizo disminuir en peso la majestad real, y al arrojar en las llanuras de Waterlío las insignias que había dispensado á sus servidores, las dejó trasformadas y candentes para que los soberanos que las recogiesen las encontrasen tan cambiadas que se viesen obligados á cambiar en sus ideas, cercenar derechos en sus poderes y dar los que los pueblos habían pedido ya en las Constituyentes de Cádiz.

El desterrado de Santa Elena había conquistado por ambición su bandera tricolor, llevada á todas las naciones europeas, significaba para él adquisiciones de territorio y personal satisfacción; pero los pueblos, con este instinto sublime que se llama progreso, habían visto mucho mas que el genio de Napoleon I, y viéndose conquistados por falta de fuerza moral en su régimen político, pensaron en hacer imposible toda conquista posterior, interviniendo en el Gobierno y reclamando contra propios y extraños los derechos que una funesta experiencia les había enseñado á conocer.

Bajo este punto de vista, la dominación napoleónica fué el complemento de la revolucion francesa.

Mal herido el poder pontifical con el destierro del Papa, alentado el movimiento liberal en Italia, dividida y humillada la feudal Alemania, habiendo demostrado á Suiza que su vida no debía ser la de la indiferencia, removido el poder del Czar con una guerra en que los tranquilos siervos pudieron conocer su importancia, y vencido, ridiculizado y escarnecido el Gobierno político y religioso de la Península ibérica, nada faltaba ya que hacer á Napoleon I, y su destierro debía ser y fué una necesidad reclamada por todos los pueblos ansiosos de hacer fructificar las semillas depositadas en su seno.

Era llegado el momento, y un solo año (1815) debía ver en su curso el último y potente esfuerzo del genio que había preferido avasallar hombres á representar ideas, la convulsión sangrienta que la historia registra con el nombre de Waterlío, y el Congreso de Viena, obra maestra de escepticismo político y primera muestra de temor que daba la monarquía absoluta.

El Gobierno de los Cien días fué un castigo, al propio tiempo que un aviso. Los monarcas habían pensado antes en la reconstitución de sus poderes que en las nuevas necesidades y en las nuevas ideas. Bonaparte, que había sido el *Mane, Teceat, Phares*, volvió para ser un *memento vivo* de lo que estaba á punto de olvidarse.

A pesar de todo, los diplomáticos continuaron como hasta entonces su obra de paulatino enfriamiento, permítasenos la frase, de las ardientes doctrinas, que todavía se guarecieron por un momento en los pliegues de la bandera tricolor, y que con ella marcharon al destierro; pero esta conducta fué mas parca en demostrar claramente sus intenciones.

Todo había caído, y que todo debía levantarse pensaron los compañeros de Metternich y Talleyrand: todo había caído, y que todo debía reformarse, pensaron las masas del pueblo barridas por los cañones franceses.

93 continuaba; pero se había pasado de la teoría á la práctica. Francia había derribado su Bastilla, y Europa se preparaba á destruir el ominoso baluarte de la monarquía absoluta.

Las conquistas de Napoleon se dividieron, y los pueblos recobraron su nacionalidad.

Esto por sí solo significaba ya que la diplomacia abdicaba en parte sus principios y retrocedía ante las nacionalidades.

Entonces tuvo lugar un fenómeno para los que solo querían ver monarcas que volvían á mandar y pueblos prontos á obedecer, y este fenómeno consistió en levantar como estandarte de libertad la bandera caída que tantas y tantas veces había hecho retroceder á la libertad. Esto era simplemente la elección de un signo de oposición, y el único que se presentaba para elegir era el que acababa de bendecir la desgracia.

Concretando los obstáculos que se ofrecían para la reconstitución de los poderes caídos, señalaremos las sociedades secretas en Alemania, el carbonarismo en Italia, los jacobinos, que volvían á levantar la cabeza en Francia, y las Constituyentes de España.

Nada importaba el tratado de Viena; se había faltado á tantos tratados! Nada significaba un Congreso; se habían disuelto tantos Congresos!

Así, pues, todo pareció volver á su ser primitivo. Luis XVIII hacía celebrar expiaciones por la muerte de Luis Capeto; París, desolado por los cosacos, no se atrevía á recordar los días de sus victorias contra el Norte. Alemania era repartida, sacrificada Polonia, Fernan-

do VII derribaba una Constitución, y la sarcástica voz de Tayllerand repetía con Panglos:

«*Todo va de la mejor manera en el mejor de los mundos posibles.*»

Esta era Europa á últimos de 1815.

Concluida esta ligera reseña, recapitulemos los caracteres, que hemos señalado á la situación que examinamos, con estas solas palabras: poderes viejos tambaleándose sobre ideas nuevas y creyendo segura la base, que era el mayor enemigo de su seguridad.

### II.

Alemania, hemos dicho, siguió la suerte del continente.

El Congreso de 1815 llevó á cabo el reparto del territorio, y los funestos efectos de este reparto se sintieron como en ninguna parte en la Lombardia, y en la Polonia, que pasó á poder del Gobierno del Czar. Excepciones en política los diplomáticos, tienen una superstición por el vencedor y un odio profundo hácia el vencido. Todos sus principios consisten en repartirse el botín y tratar de que la victoria sea todo lo fructífera posible y lo mas humillante que se pueda la derrota.

Austria tuvo el Véneto y sus antiguas posesiones, menos la Bélgica; Rusia el ducado de Varsovia; Prusia algo de Sajonia, el gran ducado de Posen, parte de la Wetsfalia, y un territorio en las orillas del Rin, y el príncipe de Orange constituyó la nacionalidad de los Países Bajos, anexionando el Luxemburgo á Holanda y Bélgica. Los príncipes de Hesse-Homburgo, Oldemburgo y Coburgo quedaron en posesión del resto de las orillas del Rin.

Creóse la Confederación Germánica formándola los Estados de Austria, Prusia, Baviera, Sajonia Real, Hannover, Wurtemberg, Baden, Electorado de Hesse, Gran Ducado de Hesse, Holstein y Lanemburgo, Luxemburgo y Limburgo, Brunswick, Mecklemburgo-Schawer, Nassau, Sajonia Weimar, Sajonia Meiningen, Sajonia Altemburgo, Sajonia Coburgo Gotta, Mecklemburgo-Strelitz, Oldemburgo, Anhalt-Dessau-Coethen, Anhalt-Bernburgo, Schwer-Sondershausen, Schewer-Rudolstadt, Liechtenstein, Waldeck, Reuss (primera rama), Reuss (segunda rama), Schaumb-Lippe, Lippe-Hesse-Homburgo y las cuatro ciudades libres á saber: Lubeck, Francfort, Brema y Hamburgo.

Dividida Alemania, solo faltaba constituir la, y si lo primero ofreció dificultades en los Gabinetes, debía ofrecerlas aun mayores lo segundo.

Tratábase de hacer aceptar al pueblo alemán un patriotismo que había sido creado por un tratado y era árdua y peligrosa empresa fijar las fronteras y empuñecer los horizontes del amor á la patria.

Aumentaba considerablemente la dificultad de la empresa la convicción arraigada de que las divisiones que se intentaba hacer revivir, habían sido causa de las anteriores desgracias, y de esta convicción nacía un noble y elevado principio, que no dejó de acariciar el vencedor de Wagram, la unidad de Alemania.

Aparte de esta idea, el pueblo sabía ya en qué consistía la libertad política, la deseaba, la unía en su mente con la idea de una sola patria alemana, y no estaba tan lejos del 93 que no supiese el medio de llevarla á cabo.

Esto por parte del pueblo. Por parte de los monarcas había las ambiciones no satisfechas completamente: los duques desposeídos por su alianza con Napoleon, los territorios que habían pasado á extranjeras dominaciones, y mas que todo, el deseo de una unidad alemana que cada uno soñaba en realizar por sí solo.

¿Qué remedio se daba para curar tantos males? La fresca tinta de un tratado que podía ser borrado á cañonazos.

Obra maestra de escepticismo hemos llamado á la obra del Congreso de Viena, y, sin temor de equivocarnos, podemos añadir que era una obra maestra de ceguera y locura. Ceguera, que no veía lo frágil de sus creaciones; locura, que llegaba á creerlas imperecederas.

Todavía el siglo XVIII, parecido á un volcán próximo á extinguirse que abre un nuevo y estrecho cráter por donde sale el resto de su lava, hablaba con la voz de Metternich, reía con la carcajada de Talleyrand.

Había un pueblo con quien era necesario contar, y debía satisfacerse á este pueblo; por lo tanto se engañó al pueblo. Pedían además los alemanes una patria para todos, y cada monarca habló en voz baja á sus súbditos prometiéndosela.

Desde 1813, venían prometiéndolo los soberanos, en especial el de Prusia, libertades y derechos. Esta promesa les dió reclutamientos y victorias, esta promesa atrajo ciudadanos y empujó á Napoleon á Waterlío y esta promesa no debía cumplirse hasta que, fuertes con la fuerza del brazo que hasta en entonces solo tenían la fuerza moral, pudiesen reclamar el cumplimiento.

La esperanza de la libertad quedó consignada en un artículo del acta federal.

### III.

Algunos soberanos pasaron de la teoría á los hechos, y realizaron las reformas prometidas. Pocas eran, y con ellas debieron contentarse por entonces los alemanes, pues todos los demás, no solo no procuraron cumplir, si no que dictaron severas medidas contra los que deseaban el cumplimiento.

Los liberales, desengañados, nose desanimaron por esto, y, á pesar del reto que se les dirigió, con la ley de imprenta, callaron hasta 1830, en que lograron con su sublevación la institución del *Zolloerain* (asociación aduanera).

Hasta entonces Alemania continuó una no interrumpida serie de esfuerzos individuales en pró de la libertad y de la unidad alemana; el partido liberal no dió muestras de su existencia hasta la fecha indicada.

Estos fueron en Alemania los resultados del Congreso de Viena, estos los funestos efectos de un tratado, prueba evidente del cinismo de los caducos diplomáticos del siglo XVIII.

Se dió á Alemania un patriotismo escrito, cuando Alemania quería realizar un patriotismo que fuese comun á toda su raza, se levantaron fronteras cuando las fronteras estaban condenadas por los hombres y los hechos, y solo se prometió la libertad cuando la libertad componía ya la vida de los pueblos.

¿Qué queda hoy de tanto error? ¿Dónde han ido á parar duques y diplomáticos? La ley eterna del bien y del progreso ha quemado tratados, ha roto alianzas, ha desterrado duques y hecho inútiles los caducos diplomáticos.

ANTONIO LLABERIA.

## ULTRAMAR.

### LA CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

#### I.

Tenemos por urgente y oportuna la Constitución política definitiva de la menor Antilla española, con arreglo á los principios revolucionarios y partiendo de la base de la especialidad. En varios artículos de iniciación que hemos hecho preceder al que hoy publicamos, hemos procurado demostrar—y creemos haberlo conseguido—lo acertado de nuestro juicio en este punto: hoy, en consecuencia, solo nos toca hacer el estudio concreto y preciso de la cuestión constituyente, en cuanto se refiere á esa aplicación, á esa práctica que nosotros hemos presentado como justa, como política, como urgente, como oportuna.

Ante la multitud de juicios y tendencias que en las Constituyentes y en la prensa, se ha determinado con motivo de tan palpitante asunto, ante el arrebatado de uos, despertando ideas exageradas y peligrosas, y la meticulosidad de otros, inclinándose al funesto *statu quo*, que produciría el desengaño y la irritación, allende los mares, causando igualmente el oprobio de una revolución, que no puede, por su honra, dejar en alto una sola de sus promesas; ante esos dos extremos, tan opuestos y distantes como lo está un polo de otro polo, nosotros hemos querido inclinar nuestra razón hácia aquel punto que sin servicioso, como todos los extremos, representara el justo medio, no doctrinario, ni mezquino, como engendro del egoísmo y de la ruina, que algunos califican de sentimientos conservadores, sino aquel que abar-

cando en todas sus partes el principio santo de libertad, hiciera á ésta fecunda para la colonia, atemperándose á sus condiciones presentes, y para la metrópoli, respetando y asegurando sus intereses, que indudablemente son muchos y muy respetables.

Por eso nos decidimos por el sistema de la especialidad; por eso deseamos evitar la necesaria y peligrosa confusión de imprimir una misma marcha á pueblos que han seguido hasta aquí por distinto sendero y con paso desigual; por eso quisimos evitar el deplorable caso de que, colocadas dos sociedades en una misma esfera, se estorbaran en su respectivo desarrollo, y la más fuerte y poderosa absorbiera por completo á la más débil la estenuación ó la asfixia; por esto, en una palabra, nos dolemos de que los propósitos manifestados oficialmente no correspondan al carácter de la especialidad que tenemos nosotros por tan indispensable, tratándose de una colonia como la de Puerto Rico, cuya importancia es manifiesta, y que por lo mismo impone la más fiel observancia de las leyes naturales del desarrollo de los pueblos.

Dicho se está con esto, que el proyecto de Constitución para aquella isla, según lo dejó redactado la comisión de las Cortes, dista mucho de satisfacer enteramente nuestras aspiraciones sobre el particular. Obedece el referido proyecto á un principio opuesto del todo á la enseñanza que procura el filosófico estudio de la naturaleza social y particular; se atempera casi por completo á la táctica que hemos citado como tan peligrosa, de confiar á un solo fenómeno resultados diferentes y encontrados. Tiene el defecto notable de confundir—aunque con vanos deseos de separar—los intereses porto-riqueños con los metropolitanos, y de exponer, por consiguiente, á los primeros de verse en todos casos supeditados por los últimos.

Hé aquí por qué, cuando al encargarse el actual ministro de Ultramar de la cartera de este ministerio, le vimos retirar el proyecto cuyo exámen había terminado ya la comisión de las Constituyentes; muy lejos de protestar, y ni aun de sentirnos quejosos, ante la resolución y el acto del nuevo liberal ministro, fundamos cierto contento nuestro, en la esperanza de que el aplazamiento que á la votación del proyecto se daba, había de ser provechoso para el país, á cuyos intereses se refería, y para los principios de libertad y justicia, que se trataría de reconocer más categóricamente y no tan meticulosamente.

No esperamos, con todo—lo confesamos—que el principio de la especialidad—aunque imperfectamente, reconocido y aplicado, en el proyecto de la comisión—llegue á ser combinado oportuna y sabiamente con el de libertad, que no debe en manera alguna ser echado en olvido, ni en todo, ni en parte. Dominan en las esferas oficiales ciertos temores, que buenamente reconocemos ser debidos al laudable espíritu de prudencia de todo buen gobernante—y que serán en este caso, parte muy bastante á impedir que en la menor Antilla se proceda con todo el ánimo radical y decidido que fuera de apetecer. Esta consideración nos obliga á variar el rumbo de nuestros estudios: nos hallamos en el caso de discurrir con la parte del proyecto, retirado por el señor Moret, ya que él ha de ser también el que de base sirva á las alteraciones que se introduzcan; no debemos extrañarnos por el sendero de nuestras hipótesis, mera exposición de nuestros deseos, ya que si en esta esfera nos quedáramos, sería difícil la coincidencia de la opinión que para nosotros profesamos, con la que en la atmósfera oficial reina y preside á los actos que se realizan en el asunto trascendental que nos ocupa.

Nuestro objeto, pues, no es venir á emplearnos en vanos esfuerzos, ni en vanas exhortaciones: pensamos meramente, tomar por punto de partida del estudio que hoy empezamos, el proyecto de Constitución porto-riqueña, que retirado de la mesa de las Cortes, hoy debe estudiar el ministro del ramo, para descubrir las modificaciones más ó menos profundas en sentido liberal, que hoy reclama la situación del país á que se refiere el proyecto, y el título de revolucionaria que lleva la Asamblea que está llamada á votarlo.

Nos impulsa, con todo, nuestra concien-

cia, á expresar, siquiera sea de paso, el que á nuestro juicio debiera haber sido, criterio justo y prudente á que se atemperase la reforma política que se intenta, y á consignar, valgan por lo que valieren, las razones que en este punto nos asisten, enteramente conformes con el interés de cuantos principios deben ser atendidos en semejante caso, la justicia, el progreso, la salud de aquella Antilla, y los derechos de la metrópoli.

Permitásenos, pues, una breve digresión por la vía de nuestras ideas, antes que pasemos á ocuparnos en formal estudio de la reforma positiva, ó sea de la que ha de venir traduciendo las ideas del Gobierno.

Si hoy se tratara de dar consejos para la formación de un criterio político, con referencia á la Constitución de Puerto Rico; si hoy fuéramos libres en nuestro estudio, por hallarse este en su principio; si no tuviéramos ya señalada la base en que han de asentarse nuestras observaciones; el sistema que aconsejaríamos, para que fuera desarrollado en el proyecto, sería el de la autonomía de la colonia.

Quisiéramos, que en atención á lo vicioso del sistema contrario, que según hemos dicho más adelante, confundiendo en unas mismas deliberaciones, los puntos referentes á distintas sociedades, crea obstáculos al desenvolvimiento de ambas, pero principalmente á la menos fuerte; y considerando la dificultad de que dentro de una atmósfera que no es la que rodea el país para quien se legisla, sean bien comprendidos los intereses de este último; quisiéramos que á la colonia misma, procurando estimular y hacer útiles y activos los elementos de ilustración, que indudablemente en ella existen, fuese confiada la obra de su desenvolvimiento político y económico; y quisiéramos que esto fuera, si con dependencia, no con sujeción á la metrópoli, que con diferente historia, con distintas costumbres y con otro grado de desarrollo, necesita un esfuerzo, que con ser muy grande, pocas veces deja de ser vano, para procurarse el acierto, en el acto de legislar para un país, sobre el cual no pueden tener criterio exacto, ni aun los mismos que le representan, que la distancia es la primera causa viciadora de toda legislación.

Puesto que no hacemos otra cosa que manifestar un criterio, que—por desgracia—no es el que debemos tener presente en nuestros posteriores escritos; no aducimos más que consideraciones referentes mejor á la ocasión y a remota en que se pensó en la reforma política de Puerto Rico, que á la presente en que el proyecto está redactado; no es del caso, por consiguiente, que entremos en minuciosidades y detalles, que solo fueran oportunos en el momento en que se tratara de proceder á la aplicación de nuestros principios. No siendo así, poseyendo tan poco esta seguridad, nos reducimos á apuntar la idea, si bien para que no se nos tache de precipitación y ligereza, nos cumple extender algún tanto los límites de esta digresión, para expresar los fundamentos de su principio, y demostrar cómo al concebir nuestras aspiraciones sobre Puerto Rico, no hemos perdido un punto de vista la causa del progreso, ni los intereses legítimos de nuestra patria.

A esto consagraremos nuestro próximo artículo, ya que de hacerlo en el presente llegaría este á tener proporciones demasadas.

Bien reconocido tenemos el celo é inteligencia del actual señor ministro de Ultramar, para que haya de sorprendernos la noticia de que este dignísimo funcionario prepara ciertas reformas administrativas de no escasa importancia en el régimen hasta aquí observado en las islas Filipinas.

El Sr. Moret, comprendiendo toda la importancia de un cambio en aquellas islas, dentro de su actual organización, que ha de abrir y facilitar la senda de otras más trascendentales medidas, no ha vacilado en asentir á los consejos de la prensa, dando al propio tiempo satisfacción cumplida al principio revolucionario, que exige su extensión á todas las partes del territorio español, con la sola limitación del estado en que cada una de sus regiones se encuentre.

Nosotros, que en nuestro último número pedíamos la inmediata adopción de

una serie de medidas iniciadoras de la reforma que más ó menos tarde habrá que operar en aquellas colonias, y que por lo mismo hay que ir preparando ya desde luego, no podemos menos de felicitar cordialmente al inteligente señor ministro de Ultramar, que con su actual disposición nos ha revelado que sus propósitos se hallaban ya formados, cuando nosotros escribíamos el artículo sobre reformas en Filipinas; propósitos que con placer vemos hoy coincidir con nuestros deseos.

El Sr. Moret puede felicitarse de que cada día adquiere mayores títulos para llevar el honroso nombre de ministro revolucionario.

Como inauguración de la nueva política que el señor ministro de Ultramar se propone seguir en Filipinas, ha tomado dicho señor la acertada y liberal medida de ordenar el levantamiento del interdicto que pesaba en aquellas islas sobre toda clase de publicaciones cuyo espíritu fuera liberal, y particularmente los periódicos.

Semejante obstáculo, que se traducía en vergüenza para el Gobierno metropolitano y en atraso intelectual para aquellos habitantes, no existirá, pues, en adelante. La civilización tiene ya libre entrada en aquel Archipiélago, conducido por el libro y por el periódico, que han llegado en este siglo á ser sus primeros y necesarios mensajeros.

Al ocuparnos de tan acertada disposición, permitáenos el Sr. Moret pedirle que haga otro tanto en cuantos puntos suceda lo que en Filipinas ha sucedido hasta aquí. No solamente aquellas islas han sido esclavas en este sentido: otros puntos de Ultramar presencia y sufren la misma inexplicable sujeción.

Y no hay que olvidar, donde la inteligencia y la voluntad se hallan bajo tutela, no hay que esperar eco alguno, cuando se pronuncian palabras de progreso y libertad.

No dudamos que el Sr. Moret extenderá la expresada medida á todos los puntos donde sea necesaria.

La Gaceta publica aprobado, el proyecto de arancel que ha de regir desde 1.º de Octubre en las aduanas de la isla de Cuba.

Las mercancías que salgan de los puertos de la Península con destino á la isla de Cuba antes del 1.º de Octubre próximo pagarán á su entrada en los puertos de aquella isla con arreglo al arancel vigente hasta la fecha.

Las harinas peninsulares que se remitan desde la Península á los puertos de Cuba antes del 10 de Noviembre próximo estarán en el mismo caso.

#### NOTICIA SOBRE UN LIBRO.

Hemos tenido ocasión de ver un libro que el Sr. Eduardo Badia de Zúñiga ha regalado á la Biblioteca nacional. La obra es una verdadera curiosidad bibliográfica y muy importante para los que quieran estudiar los recuerdos y costumbres españolas que han quedado en la raza judía espulsada de la Península.

Lleva la fecha de 5480, y está impresa, según reza la estampilla, en Londres, con licencia de los señores del Mahamad y aprobación del señor Haham. El autor es Daniel Israel Lopez Laguna, y está dedicado al muy Benigno y generoso Señor Mordejay Nunes Almeyda.

El título es el siguiente, conservando la ortografía: ESPEJO FIEL DE VIDAS—Que contiene—LOS PSALMOS DE DAVID—En Verso—Obra Devota, Vtil y Delectable.

Va adornada con dos grandes grabados que representan dos geroglíficos, traducidos en dos décimas, gongorinas hasta dejarlo de sobra.

El lenguaje parece pertenecer á últimos del siglo XVI y principios del XVII, excepto algunas locuciones anticuadas y empleo de varios consonantes con diferentes oficios.

Se encuentran en estos Salmos casi todas las rimas de nuestro Parnaso, no siempre escogidas con acierto; la medida de los versos es muchas veces defectuosa, y se marca de una manera excesiva la acentuación de la *h*.

En general el estilo es gongorino y muy dado á trasposiciones, en las que no siempre se demuestra el mejor gusto como en la siguiente:

Empleado en servirle con Victoria,  
Eternos logrará lauros de gloria.

Muchas veces es altamente defectuoso y hasta antigramatical. En el comienzo del Libro III, salmo LXXIII, dice que Dios.

..... ser bueno.  
para ISRAEL, se advierte.

Otras es concreto y elegante, otras lacónico, muchas vulgar y adocenado y casi siempre desigual.

Donde más se aparta de la majestad del original es en el romance esdrújulo, al que parece muy aficionado el autor, haciendo hablar á David de galápagos, tráfagos, higados, cáusticos, etc., etc.

Antecede á los salmos un resumen en verso, consonante casi siempre. Da noticia del asunto de una manera que nos recuerda nuestros prosaístas del siglo XVIII, por ejemplo, dice al terminar el salmo cxviii:

En el día Veinte y Cinco,  
Desde el salmo Ciento y Dies  
y nueve, de ALEPH á LAMED,  
Lección del devoto es.

Su prurito de vulgarizar los elevados conceptos del rey poeta, le hace caer en trágicos resbalos, que á él mismo pueden aplicarse los castigos con que conmina á los malos.

Empieza el libro con una petición á los nobles señores—del Kahal Kados Fiel jardín—cuya puerta de los cielos—se ostenta en Londres Bet-Din. Siguen cuatro redondillas en que nombra á los señores dichos: vienen después caracteres hebreos y algunos signos indescifrables (revueltos siempre con el número 613, dividido de mil maneras) y entre algunos versos en los que se siguen repitiendo nombres hebreos.

La aprobación del Excelentísimo Sr. H. H. R. David Nieto, Rabino del K. K. de Londres, empieza elogiando los salmos, la traducción de Lopez (la que recomienda á los devotos españoles y portugueses), y está fechada en Londres R. H. Livan 5479. Siguen á la aprobación algunas letras hebreas y un segundo geroglífico cuya explicación y glosa son patente muestra del gusto del autor. Viene después un anagrama y empiezan las piezas poéticas dedicadas al autor por varios amigos suyos (Abraham Gomes Silveira, Jacob Henriquez Pimentel, Mordejay Nunes Almeida, David Henriquez Pimentel, Samson Guideon, un anónimo y otros).

Después del capítulo de alabanzas siguen las otras aprobaciones y anagramas, hasta dar con un prólogo de Jacob Henriquez Pimentel, prólogo completamente idéntico al de todos los de aquella época.

No por eso se acaban los anagramas y décimas, pues hasta llegar al prólogo del autor, que está escrito en décimas, se encuentran todavía, y aun pasado el último prólogo se ha de saltar sobre otro anagrama para entrar en el discurso del libro.

Este tiene 288 páginas, y concluye con la siguiente décima:

En su cifra es bien se vea,  
Son cual oro acrisolado,  
Los del salterio sagrado,  
Versos en la lengua Hebraea:  
Dos mil y quinientos sea  
La prueba con veinte y siete,  
Que Quesaal (1) nos promete,  
Cuyo número al Tesoro,  
Lo iguala del mejor oro,  
Y es bien por tal se respete.

La edición de esta curiosísima obra se destinó á Madagascar, de donde procede el ejemplar de que nos hemos ocupado, y que compró el Sr. Badia en Amsterdam. Reciba este señor nuestros plácemes por el regalo que hace á la Biblioteca nacional, pues los amantes de la bibliografía no dejarán de aprovechar el estudio de un libro tan digno de ser examinado.

ANTONIO LLABERÍA.

(1) Aquí hay una leyenda hebrea en el original.

DE LA HISTORIA  
CON RELACION AL DERECHO.

## VI.

## César Cantú.—Influencia de la ignorancia.

En el número de los filósofos que más han contribuido á revestir la historia con su carácter propio, no podemos olvidar el nombre del sabio italiano, que, para librar su pensamiento de la coacción que sobre él ejercían las bayonetas austriacas y publicar su excelente obra, tuvo necesidad de abandonar su patria. Más minucioso en los detalles que Anquetil, Segur y los demás historiadores generales, presintiendo los grandes destinos de la humanidad á través del velo que la superstición religiosa extiende sobre su pensamiento, y apreciando sus derechos en toda clase de situaciones, con abstracción de lo establecido, César Cantú ha enriquecido y honrado á su siglo con la mejor historia universal que hasta la publicación de la suya ha salido de la prensa. Grandes consideraciones de justicia, y no pocas aspiraciones á otro orden social más adelantado que el presente, recomiendan ventajosamente la *Historia universal* de Cantú (1), tanto más, cuanto que funda siempre su juicio en hechos y monumentos de las respectivas edades, sobresaliendo en esto por la abundancia con que los reúne, analiza y clasifica para que sea fácil su estudio. En esa obra de inmenso trabajo, resumen vastísimo y metódico de la erudición antigua y moderna, se consignan las diferencias características de las diversas civilizaciones, una por una, la sabiduría de todos los siglos en su admirable sintetismo, la política de todos los Gobiernos, la situación moral y material de todos los pueblos, y se investiga cuál ha sido el espíritu de las distintas épocas, fabulosas, épicas é históricas, formando su conjunto un cuadro inmerso en que se hallan ordenados los acontecimientos; apuntadas las causas de las revoluciones, efectos siempre necesarios de abusos y violencias preexistentes, y explicados los progresos que de ellas resultaron; un repertorio, en fin, de sucesos y descubrimientos, con expresión del origen y la filiación de los idiomas, pero tan completo, tan exacto, y en general tan filosófico en la expresión de las necesidades sociales que han determinado el progreso, que bien puede asegurarse que es la obra más acabada de su género, la única que, bien estudiada, conocida y manejada, representa para el erudito toda una biblioteca.

Lo singular en Cantú es que por una contradicción extraña en tan grande pensador, comprendiendo que «la verdad, la libertad y el progreso son el deseo del hombre; que la verdad se bebe en una sola fuente; que la libertad consiste en poder, con el entero uso de las facultades activas, perfeccionar la existencia propia y universal, y el progreso en efectuar la igualdad, en la caridad recíproca, en el respeto á todos los hombres, y en la fraternidad esperada en un solo redil,» desconfía de que el hombre haya de alcanzar la felicidad en la tierra, porque, según él, «la razón tiene límites que no traspasará nunca, y la voluntad pasiones que nunca podrán ser domadas.» Pero si la verdad solo se bebe en una fuente, ¿cuál es? No dice Cantú que sea la naturaleza, y mas bien indica que sea, por el contrario, la Iglesia católica romana, en cuyo redil cree que únicamente se puede esperar la fraternidad, y á cuya autoridad subordina implícitamente todos los progresos. La importancia de su obra no es menor, sin embargo, y antes bien es digno de aplauso que, si quiera limitada y relativa, haya confesado un escritor católico, ultramontano, y como ahora se dice, neo católico, que la felicidad del género humano consiste en la justicia, y ésta en la relación del derecho y del deber, en la igualdad universal de los hombres y de las naciones, y «que vendrá, por fin, el reino de Dios, invocado todos los días por un número cada vez mayor de creyentes.» Tal es la influencia que ejerce la verdad aun sobre aquellos que injurian al Altísimo, dudando que la razón del hombre halle medios de satisfacer las pasiones de su naturaleza, no de su voluntad, pues los deseos de ésta fácilmente podrá domarlos, como los está ya domando la ins-

(1) La mejor traducción española que conocemos, es la dirigida por D. Nemesio Fernandez Cuesta, publicada por los editores Gaspar y Roig.

trucción moral que rápidamente se propaga entre las masas, y el sentimiento del deber que santificará la asociación por el más profundo respeto á todos los derechos.

La *Historia Universal* de César Cantú es, con toda la cruel incertidumbre de sus juicios, la gran historia de la humanidad, el himno más inspirado del progreso, la glorificación de la lucha que una tras otra vienen sosteniendo todas las generaciones para recuperar sus violados é imprescriptibles derechos, y por la amplitud de sus demostraciones la más brillante garantía de que sus destinos corresponderán por fin á la ley de atracción que rige al mundo moral como al físico.

Hemos visto con íntimo regocijo á qué altura ha llegado la historia en nuestra época. A medida que los pueblos han crecido en independencia, saber y poder, se ha despertado la idea de la unidad, que vagaba y fluctuaba en la conciencia de las primeras civilizaciones, como debió oscilar la luz sobre el caos, y se han formado filósofos como Voltaire, Rousseau y Condorcet, historiadores como Gibbon, Blanc, Michelet y Cantú. No es posible desconocerlo: sin el grado de civilización que alcanzó la Francia del siglo XVIII, merced á su contacto con Alemania y por consecuencia de las convulsiones religiosas que ella misma experimentó, ni Voltaire ni Rousseau hubieran escrito; estarían aun arraigadas las groseras preocupaciones y serviles costumbres; no habría esparcido la revolución los gérmenes de regeneración y progreso que una liturgia suspicaz reservaba escondidos en los Evangelios, vedados á los cristianos, y que hoy, fecundados por el sol de la inteligencia humana, impelen al mundo á un porvenir de armonía, ni los historiadores hubieran sentido estímulo suficiente para consagrarse al servicio del nuevo y legítimo soberano.

La inflexible lógica con que se suceden y enlazan los acontecimientos, demostrada por los maestros de la historia, enseña que si el error, la preocupación, la violencia y la ignorancia han producido tan atroces miserias, la subversión completa del orden, la desastrosa impiedad de la guerra, en cambio la verdad, la justicia, la instrucción y el trabajo atractivo regenerarán al individuo por medio del derecho, y constituirán el orden universal en la asociación de todos los intereses, cuya más alta fórmula es la fraternidad. Las conciencias se ilustran, la razón se insurrecciona contra la autoridad del pasado, y una sociedad nueva se está formando, ávida de libertad como el prisionero que después de una larga é ínicua reclusión siente sobre su frente el primer rayo del sol.

No seamos, sin embargo, injustos con nuestros antepasados. No extrañemos la lentitud con que ha marchado el entendimiento humano en su emancipación hasta el último siglo, teniendo en cuenta para recorrer con acierto la senda que oculta entre flores infinitas de abrojos, que un primer error, la primera violencia, y el fatal enlace con que se sucedieron las usurpaciones, son las causas que motivaron en su origen los procedimientos sociales conocidos, haciendo necesaria la repetición de los mismos medios de Gobierno.

Recapitemos la enseñanza de la historia.

Cometida la primera falta, tolerada la primera arbitrariedad, como fué indispensable, supuesta la ignorancia, la fuerza y el terror que ésta infunde se aunaron para desnaturalizar la índole de los Gobiernos patriarcales primitivos, admitiendo el principio del *deber individual y colectivo* referido á un *derecho personal* y hereditario de dominio.

Cuantos caprichos concibió la petulancia del poder, cuántos atentados se permitió la audaz tiranía, fueron investidos con la sanción de la autoridad divina y del mismo derecho. Interesados conservadores del fanatismo, los sacerdotes de falsas religiones hicieron creer á la muchedumbre supersticiosa que el dolor y el mal crean su único patrimonio, que le estaba vedado el placer del goce; que el trabajo y el llanto eran gemelos; que la opresión le estaba impuesta en eterno lote, y que debía ciega y pasiva obediencia á todo cuanto sus señores le mandasen en nombre propio ó del cielo.

Difícilmente se comprende hoy; con mayor dificultad se comprenderá mañana, y extraña á muchos de recto corazón que las mismas clases desheredadas hayan consentido y hasta cooperado á su esclavitud y miseria, concurriendo con sus tesoros, con su sangre y con su confiada negligencia al arbitrario despojo de sus derechos.

Esta observación lastima cruelmente el espíritu recto y generoso de ciertos pensadores, produciendo en ellos el desaliento más deplorable y funesto, sin notar que la humanidad, adolescente ahora y próxima á la edad viril, ha pasado por el período de la infancia, durante el cual ha tolerado y coadyuvado al mal sin conciencia de su abdicación, poco ilustrada acerca de la extensión de sus derechos, de la poderosa aptitud de sus facultades, y de la fuerza de iniciativa y acción que Dios ha concedido á su inteligencia. Ha creído y adorado como el niño inexperto, por efecto de su sencilla ignorancia, cuanto sus opresores han tenido interés de que crea y adore. Creyó un día en infinidad de dioses, y al día siguiente substituyó este culto por el de los santos, tributando á éstos igual veneración idólatra.

Hasta los tiempos contemporáneos la humanidad ha recorrido su calvario sin rumbo y al acaso. Quien ha conocido el bien, ha sido un privilegiado. Y preciso es decirlo ante el soberano tribunal de la opinión pública: la servil complacencia de los historiadores hacía los poderosos de la tierra; el terror que siempre ha infundido la teocracia; la ignorancia misma de no pocos cronistas, envanecidos con una erudición indigesta, han sido la causa de que haya mirado el pueblo generalmente con frialdad y aun con repugnancia las más vitales cuestiones de la política. Y ahora los especuladores políticos, los falsos liberales, los tímidos publicistas que no han sabido conciliar la libertad con el orden; esos ateos, que niegan la perfectibilidad de nuestra especie, criada por Dios á su semejanza, y por tanto susceptible de conocerlo y comprender su pensamiento; esos farsantes de revoluciones que tan osadamente se han declarado satisfechos al día siguiente de un pronunciamiento que los eleva sobre el nivel de sus conciudadanos; los que han escarnecido siempre á la muchedumbre, negándole derechos, apellidándola plebe, denigrando á los reformadores con el epíteto de anarquistas, ó por lo menos de utopistas y visionarios peligrados, mancillando con su ridícula insuficiencia el poder y el Gobierno, que han explotado y corrompido, esos son los que ahora como siempre han predicado el escepticismo más grosero en religión y en política, á título de que la primera no se propone la perfección real del hombre, ni la segunda garantizarle sus derechos, y los que han desmoralizado de tal suerte el espíritu público, que el pueblo ha debido creerse fatalmente condenado á trabajar en el dolor, mendigar justicia, implorar la caridad y carecer de todo en hora y provecho de unos cuantos sibaritas, para quienes sin duda no es la tierra el valle de lágrimas á que los demás estamos relegados.

Ha estado calculado y previsto: ha sido hábilmente organizada la sociedad para que los desheredados del derecho sufran con resignación é indiferencia su infortunio. Con siniestra intención, con premeditado propósito se ha imbuido á las masas la idea de que el trabajo es la condición de la pobreza, el inseparable compañero de la miseria; la holgura y el placer, el patrimonio de los más fuertes. Por eso ha estado prohibida la lectura de las Sagradas Escrituras; por eso condenan los neos-católicos hoy mismo que los cristianos las lean sin notas; por eso se oponen á que se generalice la instrucción; por eso quisieran monopolizarla los jesuitas; por eso se califica de herejía la libertad de exámenes; por eso, en fin, se rehusa con empeño y saña el derecho universal, se vitupera el progreso, se injuria la libertad y se proclama de derecho divino, ineludible, sagrado el respeto y la sumisión á la autoridad tradicional de todos los poderes constituidos por la usurpación.

La ignorancia de las masas aseguraba el poder de los hombres ilustrados, y por consecuencia se erigió en sistema la absurda idea de que sería peligroso sobre ser imposible ilustrarlas.

F. J. MOYA.

LA INDUSTRIA ALGODONERA  
EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

## I.

Quando tanto empeño hay en demostrar por parte de los economistas que la América del Norte va por el camino de su perdición al regirse por otros principios que los que aconseja la escuela, no estará de mas que demos á conocer el resultado de las observaciones hechas sobre el terreno por un distinguido miembro de la *Sociedad industrial de Mulhouse*. M. Alfredo Engel y que comunicadas á la misma sociedad, en sesión del 26 de Enero último, vienen insertas en su Boletín de Junio, que nos ha sido facilitado por la casa Ricart y C.ª de esta ciudad.

Diga lo que quiera M. Wells en su último informe, de que se apresura á dar cuenta la *Revue des Economistes* y de que nos ocuparemos mas adelante, es lo cierto que la importancia comercial de los Estados-Unidos, que el desarrollo de su industria, nacida ayer, que el espíritu de empresa toca allí á los límites de lo inverosímil, según expresión del entendido M. Engel. Extension, variedad, movimiento, todo es extraordinario, colosal y al propio tiempo de una actividad verdaderamente febril. Es como si dijéramos el progreso marchando á paso de carga y alcanzando ya unas proporciones «que dejan atrás á la mayor parte de los grandes Estados del viejo mundo.» Una sola casa de Nueva-York vende anualmente por 172 millones de francos de tejidos de fabricación nacional, sobre los que paga una contribución de 217.000 francos. Otra casa de la misma localidad, cuyo personal de despacho y almacén no baja de 3.000 empleados, vende por valor de 120 millones de francos, contribuyendo al Estado con 150.000 francos anuales.

Es inútil añadir que los beneficios de tan vastos establecimientos son proporcionados al movimiento de sus negocios, sin embargo de sufrir todavía una imposición de 5 por 100.

A semejantes medios de venta corresponden necesariamente los no menos grandiosos de producción manufacturera, entre los que por vía de ejemplo cita M. Engel algunas fábricas sitas en diferentes Estados, entre ellas la de Sprague y C.ª que contiene 220.000 husos y 4.600 telares, además de otra que tiene la misma sociedad é imprime anualmente 58 millones de metros, esto es, cuatro ó cinco veces mas que el principal establecimiento de Mulhouse.

La mayor parte de estos establecimientos, de aspecto monumental, han sido creados de golpe, por sociedades formadas por acciones, y provistos desde luego de la maquinaria y los instrumentos mas perfeccionados que resumen todos los progresos llevados á cabo en Inglaterra ó Francia.

Antes de 1790 no había una sola fábrica de hilados. Desde esta fecha hasta 1813, los progresos que hizo esta industria fueron escasos, merced á la gran importación de los algodones que los ingleses obtenían con gran disminución en el coste, á beneficio del telar mecánico nuevamente inventado. En 1813 el telar mecánico americano obvió en parte esta dificultad, pero lo que hizo surgir do quiera nuevos establecimientos fué el derecho de 25 por 100 *al valorem*, impuesto á los algodones extranjeros tres años mas tarde. Así es como pudo ya consignar la estadística en 1820 una existencia de 250.000 husos y una fabricación de 10 millones de libras de algodón, esto es, un aumento de 200 por 100 en 10 años, en el número de husos y de 175 por 100 en el consumo del algodón.

La fundación de Louvell data solo de 1822. Aprovechando saltos de agua de una fuerza de 12.000 caballos que ofrecía el Merrimack, levantaron allí algunos capitalistas de Boston, diferentes fábricas que, aglomerando en torno toda una población de obreros y empleados, formaron una ciudad que cuenta en estos momentos mas de 36.000 habitantes. En 1831 el número de estos establecimientos era de 793, con 1.246.503 husos, 33.506 telares que producían anualmente 230.461.900 yardas, consumiendo 215.000 balas de algodón y dando ocupación á 18.539 hombres 38.927 mujeres y 4.691 niños. El valor anual de los artículos manufacturados era de 130 millones de francos.

Por este tiempo no existían aun filaturas de algodón en el Sud de Delaware.

En 1840 el número de husos alcanzaba ya á la cifra de 2.112.000 y el consumo era de 106 millones de libras. El capital invertido era de 80 millones de dollars. Diez años despues ascendian ya á 2.500.000 los husos, y el total de la producción habia aumentado considerablemente, pues se consumieron 540.000 balas de algodón de 480 libras cada una, y se fabricaron por valor de 65 millones de dollars. Desde 1850 á 1860, la tendencia á concentrar esta industria en un número relativamente restringido de grandes establecimientos, no impidió á la producción seguir su progresión ascendente hasta alcanzar, en 1860, el valor de 115 millones de dollars, repartibles solo entre 915 establecimientos. La escasez y carestía del algodón unidas al mal estado de los negocios, consecuencia de la guerra civil, disminuyeron temporalmente la cifra de la producción durante los años de 1860 al 64, pero fue para tomar un nuevo incremento luego que todo hubo de ir normalizándose, como resulta del estado siguiente:

Año	1860	1861	1862	1863	1864	1865	1866	1867	1868
900.000 balas ans. de 480 libras.	550.000	300.000	310.000	330.000	550.000	655.000	865.000	950.000	

Actualmente los Estados-Unidos cuentan hasta 794 fábricas de hilados con 6.700.557 husos, que consumen libras de algodón 434.193.883, de cuyo total corresponde á los Estados del Sud una sexta parte debida á los esfuerzos que está haciendo como manufacturero al mismo tiempo que como productor.

Es un error, en concepto de M. Engel, suponer que la elevación de los derechos arancelarios, hecha en 1861 para subvenir á las necesidades de la guerra, haya sido aumentada despues de la misma para enjugar la enorme deuda contraída en aquellas circunstancias. Bajo los nuevos derechos cuya elevación llega, según la clase de artículos á que se hace referencia, hasta 50 y 70 pesos por 100 es como ha progresado la fabricación, conteniendo la concurrencia de los artículos extranjeros con cuya introducción podía rehacerse el Tesoro, según los libre-cambistas, si tal hubiese sido la idea del Gobierno; mas como la mira principal, despues de terminada la guerra, fué la de robustecer todavía, por el camino que á ello rectamente conduce, las fuerzas positivas del país, hé aquí por qué con la adopción de un régimen decididamente protector prosperan á la vez la nación y el Tesoro, sin gran necesidad de los recursos de las aduanas, que tan privilegiada atención merecen á los hombres de la teoría.

## II.

Los grandes derechos arancelarios han llenado evidentemente, según M. Engel, uno de los fines propuestos: el fomento de la industria del país. En cuanto al Tesoro, ningún beneficio ha sacado de ello, pues al compás que se aumentaron los derechos, disminuyeron las importaciones, y la de lo que se llama en el país *Dry goods*, solo fué posible respecto de las telas de calidad superior que no se consumen sino por una parte relativamente mínima de la población.

Los Estados-Unidos consumen toda la producción de sus siete millones de husos, para lo que cuentan con mas de 82.000 telares. Los salarios son muchísimo mas elevados que en Francia, no solo del doble, sino del cuádruplo y aun del quintuplo, según el grado de ocupación y la aptitud del operario. Un tejedor tiene ordinariamente á su cargo cuatro y á veces cinco telares.

A pesar del gran número de minas de hulla en explotación y la abundancia de caminos de hierro, canales y medios de transporte, sale el combustible muy caro; en cambio se emplea la madera, tan abundante en la mayor parte de Estados, que solo importa, puede decirse, lo que cuesta de explotación y acarreo. El acre de bosque se paga á tres francos, nueve ó poco mas. Las compañías de ferrocarriles no emplean para sus máquinas otro combustible que la madera de abeto. En los puntos mas distantes de esa primera materia se paga á 14 francos 60.

Al igual que la filatura y los tejidos, la industria de estampados ha hecho tam-

bien rápidos progresos bajo el régimen de una protección eficaz, por haber podido asimilarse de golpe los americanos todos los recursos industriales y la experiencia de Francia é Inglaterra. Por de pronto no ha sido á la perfección á lo que en este ramo se ha tendido, sino á su baturra, á la que han llegado merced á una producción enorme y á una economía de dibujo, grabado, colores, y de todo cuanto aumenta el coste de tales artículos. Sin embargo, salen ya de algunas fábricas percales que en nada desmerecen de los de exportación franceses, y aun son preferibles á los mismos en igualdad de precio y calidad.

Según los estados que acompaña á su Memoria M. Engel, los Estados-Unidos han producido en 1866: 1.287.465 toneladas de hierro en bruto (de las que un 60 por 100 pertenece al Estado de Pensilvania) ó sean 772.479 toneladas que representan un valor de 35.000.000 de dollars.

En 1860 la producción de la hulla era ya de 14.200.000 toneladas, de valor 20.400.000 dollars.

La población ha tenido la extraordinaria progresión que se consigna en el estado siguiente:

1820.	9.650.000	1864.	34.300.000
1830.	12.800.000	1865.	34.000.000
1840.	17.100.000	1866.	35.000.000
1850.	23.200.000	1867.	36.000.000
1860.	31.450.000	1868.	37.000.000
1861.	32.500.000	1869.	38.000.000
1862.	33.000.000	1870.	39.000.000
1863.	33.500.000		

La clase obrera, que no deja de trabajar setenta horas por semana en el Sud y sesenta y cuatro en el Norte, es la que está tal vez en mejores condiciones que en otra parte, por sus hábitos de economía, por su instrucción y por su moralidad. Bien es verdad que sus salarios son los mas elevados; pero tambien tienen mas cara la alimentación y el vestido. Sus cajas de ahorro, sus asociaciones para el consumo, sus habitaciones económicas, sus escuelas, bibliotecas y otros medios de civilización y cultura les hacen soportar su estado como transitorio, sin dejar de cumplir en él como buenos ciudadanos y mejores empleados.

Sin embargo de esto, y abarcando en toda su extensión las fuerzas productivas del país, pretenden todavía los economistas, que se encuentran los Estados-Unidos en una situación realmente aflictiva, fundados en la reciente Memoria del comisario especial de la tesorería, M. Wells. Consecuencia, dicen, de la enorme circulación de papel moneda y de la no menos excesiva elevación de los derechos arancelarios, el rico es mas rico y el pobre mas pobre cada dia. Los datos y consideraciones en que para ello se fundan, no dejan de dar una muestra del abuso á que la estadística se presta. Que se hace algun contrabando: que sin embargo de la protección, las importaciones exceden á las exportaciones; que se encuentra en comunidad de vivienda á muchos mas electores que anteriormente; que la industria roba brazos que faltan á la agricultura; que en 1863 la producción del papel, por ejemplo, bastaba para llenar el consumo nacional; pero estimulados los capitales por un derecho de 20 á 35 por 100, todo el mundo se hizo fabricante de este artículo en los años de 1864 y 65, desde cuya última fecha fueron cesando muchos por causa de ruina en que queda esta industria en la actualidad por la depreciación que con la abundancia obtuvo el producto; que el agricultor vende sus lanas á un precio nunca visto, y las fábricas de este artículo se encuentran en tan triste situación que es solo comparable con la de la industria de construcción de buques, la de papel, etc., que las imposiciones en las cajas de ahorros disminuyen considerablemente á pesar del aumento que revelan sus estados citados por Carey y otros proteccionistas; que el interés de la deuda es de 87.930.000 dollars, de los que se pagan, sin embargo, religiosamente ochenta millones cada año; que lo que prueba el estado precario de las clases consumidoras es que luego que se pronuncia la baja de precio en algun artículo de necesario consumo, al momento se agotan las existencias, indicando esto una necesidad forzosamente reprimida, una abstención de consumo violenta y por tanto penosa.

Nada les dice el hecho elocuentísimo de la grande inmigración que ha aumen-

tado el censo de población de los Estados-Unidos en cerca de tres millones de almas en poco menos de catorce años; nada les dice la regular extinción anual de la enorme deuda contraída durante las excepcionales circunstancias de una lucha asoladora; nada el adelantamiento extraordinario de las industrias mas importantes, el inmenso desarrollo que en general ha tomado la producción; la rapidez con que todo se ha repuesto y continuado en progresión despues de la guerra; la mayor explotación de las fuerzas vivas del país, de los medios de comunicación, de las minas, de los bosques, de las corrientes y saltos, en fin, de todo cuanto indica esa importancia comercial cada dia creciente, ese prodigioso desenvolvimiento de que nos habla con asombro el inteligente y desapasionado industrial M. Engel, con cuyas palabras pondremos fin á este artículo: «Antes de dar una idea de la importancia comercial de los Estados-Unidos que bajo tanta diversidad de formas se revela á los ojos del viajero, quisiera hacer resaltar lo que tiene de colosal en ciertas manifestaciones del espíritu de empresa americano; algunos ejemplos bastarán para demostrar como en todos ramos, comercio, industria, marina, caminos de hierro, obras públicas, instrucción, se ejercita ese espíritu en una tan vasta escala, que á la verdad parece á veces inverosímil.»

(Del Fomento de la Producción).

## PRUSIA.

### I.

Una de las naciones que mas llamaron mi atención en la Exposición celebrada en París en 1865 fué la Prusia. A mi vuelta á España publiqué, tanto en la Revista del Instituto agrícola catalán de San Isidro como en alguno otro periódico, algunos datos acerca del reino de Prusia, los cuales creo que pasarían desapercibidos para la generalidad de las personas, y estoy seguro de que no se fijó en ellos ningun hombre de Estado. Cuando despues de la revolución de Setiembre se declaró la libertad de enseñanza, dirigí al excelentísimo señor ministro de Fomento una Memoria pidiendo que se organizase la enseñanza agrícola en nuestro país, siguiendo el sistema prusiano. S. E. se dignó acusarme el recibo. Esa Memoria ha sido leída por algunos diputados; á lo menos así lo creo.

En las conferencias agrícolas celebradas en el Instituto agrícola catalán de San Isidro en 1869, pedí que se solicitase del Gobierno el establecimiento de la enseñanza agrícola según el sistema prusiano. La reunion aprobó mi petición. Ignoro si la directiva ha elevado esta petición al Gobierno de la nación. Es decir, que para mí es una especie de monomanía la organización de la enseñanza agrícola en el país, según el sistema prusiano, porque desde que en las Exposiciones universales de Londres y de París en que he podido apreciar los resultados de aquella enseñanza, he comprendido que ella es la que ha dado fuerza á la Prusia; y las personas con quienes yo puedo hablar acerca de este punto, saben que mi opinión particular (que podrá ser tan descabellada como se quiera) es que si la raza latina no cambia de costumbre en un plazo mas ó menos lejano, es inevitable una invasión (ya por la fuerza, ya por la política) de Norte á Mediodía. El porvenir en mi opinión es de los Estados-Unidos en América, y de la Alemania en Europa.

¿Qué es lo que dá esta fuerza poderosa á los Estados-Unidos y á la Prusia? Simplemente su enseñanza, su vida, y sus costumbres agrícolas.

Si hoy hubiera en España una invasión extranjera como la que á principio del siglo hizo Napoleon I, tendríamos nosotros fuerza para resistirla? Yo creo que no. La resistencia á una invasión extranjera no la hacen los ejércitos, la hace el país, y el país constituido por los propietarios con sus masoberos, con sus colonos, con sus arrendatarios, con sus simples braceros y con las mujeres y los hijos de estos. ¿Pues qué, las misteriosas pérdidas que en la sagrada guerra de la Independencia tuvo el coloso del siglo, fueron causadas por los ejércitos españoles, ó lo fueron por el país en masa armado en Cataluña con los fusiles de

los somatenes, y en Castilla con los fusiles que arrancaban á los mismos franceses? ¿Y el país español tiene hoy esa fuerza? Desgraciadamente yo creo que no. Que hable San Juan de las Abadesas, que hable Vich, que hable Torruella, y que hablen, en una palabra, todas las poblaciones rurales de Cataluña... ¿Cuántas casas solariegas hay hoy abandonadas, unas porque los propietarios han creído mejor venirse á las capitales á gozar de las diversiones que no podían encontrar en el campo, y otras que por esos mismos propietarios han tenido que abandonarlas á causa de la falta de seguridad ó de la divergencia de opiniones políticas?

La separación del propietario territorial de sus subalternos, llámense colonos, parceros, arrendatarios ó simples braceros, constituye la debilidad de un país; y esto lo saben demasiado todos los poderes públicos. Cuando nuestros reyes en siglos anteriores trataron de debilitar la nobleza, que era un poder superior al suyo ¿qué hicieron? Atraerse los nobles á la corte, darles empleo y ocupación para que, separados de sus feudos y vasallos, aquellos perdieran su influencia y estos su cariño y respeto; y una vez rota esta cadena apoyándose en el estado llano, combatieron á la nobleza. Isabel de Inglaterra, que temia que el poder del país se debilitara por la permanencia de los nobles en la corte, los despidió de allí, valiéndose, como es sabido, de la comparación con los buques que se despleaban á su vista en una hermosa tarde de Otoño. La permanencia del propietario territorial sobre sus terrones es lo que ha dado la fuerza á la Inglaterra; y la Prusia, ese Estado que no existía en el siglo pasado, empapándose en esa idea, ha dedicado todo lo que va de siglo á clavar al propietario sobre sus terruños, á estrechar las relaciones entre los colonos; los arrendatarios, los braceros y el propietario; y la union íntima de todos estos individuos, constituyendo lo que en las antiguas casas solariegas españolas se llamaba la familia, ha producido la fuerza del país (1). Hé aquí el secreto de la fuerza de la Prusia. Hoy que los ánimos están excitados por las circunstancias, voy á repetir lo que he dicho en épocas anteriores á ver si soy mas feliz y logro llamar la atención del Gobierno, ó siquiera de la diputación provincial de Barcelona ó bien de algunos particulares, á fin de que se haga algo en este sentido. Y con el objeto de que no se pierda con tanta facilidad el hilo de las ideas, me atrevo á suplicar al señor director de la Revista, que tenga la bondad, si es que otros materiales de oportunidad no lo impiden, de publicar los artículos referentes á este asunto en números correlativos y no en números alternados como se hace ordinariamente.

### II.

La agricultura de todos los países del mundo puede dividirse en tres períodos.

El primer período está caracterizado por la abundancia de los ganados y por la escasez de terreno cultivado. Cuando una colonia nueva se establece en un país, como sucede hoy, por ejemplo, en Australia, el número de hombres es pequeño con respecto á la extensión del terreno; los cereales y todas las sustancias necesarias para la nutrición del hombre, la naturaleza pródiga las da casi espontáneamente, ó á lo menos con muy poco trabajo y gran abundancia; y abunda el ganado, en primer lugar, porque no escasean los pastos naturales, y en segundo lugar porque siendo el hombre poco industrial, utiliza las pieles de los animales para sus calzados, para sus vestidos, para sus habitaciones de campo, para guardar sus caldos, etc., etc. Pero con el trascurso de los siglos aumenta la población humana, el hombre construye poblaciones, cultiva los campos próximos á estas y los esteriliza, y viendo que los cereales escasean para su alimentación destruye los bosques primero, luego los prados naturales, rechaza el ganado y pareciéndole poco para sí, cultiva solo cereales y leguminosas: este es el segun-

(1) En la isla de Mallorca se conserva esta costumbre; los arrendatarios se llaman la familia del propietario; y cuando vienen á la población tienen mesa y casa, para ellos y sus animales. El Sr. D. Pelayo de Camps, el señor marqués de Alfarrás y algunos otros propietarios catalanes, aunque pocos, continúan con esa costumbre.

do período. Pero el hombre nota que todos sus esfuerzos son vanos, la tierra produce poco, le faltan las lluvias, le sobran inundaciones, los insectos acometen sus plantas bajo todas sus formas imaginables, y entonces reflexiona y ve que ha hecho mal en destruir los bosques y los repuebla; y ve que ha hecho mal en agruparse en las grandes poblaciones y construye la casa sobre sus terruños; y ve que ha hecho mal en rechazar la ganadería y vuelve a llamarla hacia sí, alternando los cereales con los forrajes, procurando que el número de años que cultiva las plantas forrajeras sea mayor, ó por lo menos igual al número destinado á las plantas cereales: hé aquí el tercer período. Australia y las Repúblicas españolas americanas en general, están en el primer período; España, Francia, Portugal, Italia, Grecia, Turquía y parte de Rusia, en el segundo. La Alemania, propiamente dicha, la Prusia, parte del Austria y parte de la Rusia, en el tercero.

III.

En Alemania encontramos ya establecida la rotación trienal, que corresponde á un estado social bastante adelantado desde la época de Carlo-Magno. En el siglo xvii el trébol procedente de Flandes y en el xviii la patata, vinieron á tomar parte en las relaciones alemanas, y el emperador José II creyó deber premiar con el título de Sr. de Kleefeld, es decir, señor del Campo de trébol al propietario Schaubart, que había introducido aquella planta en Austria. Los derechos feudales que en Alemania, como en todas partes, no dejaban á veces de ser una traba bajo el punto de vista de matar la iniciativa del payés, que no podía introducir modificación alguna en el cultivo de la tierra sin acuerdo previo del propietario, desaparecieron en 1833, siendo reemplazados por una renta en metálico convenida entre ambos; y este ha sido el golpe de gracia á la dotación trienal, puesto que no teniendo hoy obligación el partero alemán de dejar la tierra un año sin cultivo, á fin de que, con los prados naturales, se alimente el ganado del propietario, ha introducido el cuatrienal y quin-quenal, dando una extensión extraordinaria á las plantas de escarda, aumentando así extraordinariamente la cantidad de cereales producidos por unidad de superficie y el número de cabezas de ganado mantenido en la misma.

Las provincias de Posen y de Prusia son las más atrasadas en la revolución agrícola por circunstancias fáciles de comprender. La Pomerania en cambio, ha adelantado de una manera extraordinaria: en esta provincia no puede citarse ni un solo caso de rotación trienal. No solo ha aumentado la Pomerania el número de sus cabezas de ganado, sino que ha mejorado su calidad: para las ovejas ha llevado reproductores de la raza Ayr y de Dinamarca: para las vacas ha traído la raza holandesa que dá tanta leche, y ha establecido la estabulación permanente: el cerdo del país, estrecho de cuerpo y largo de patas, ha sido reemplazado por el pequeño cerdo inglés, que con la mitad del gasto se transforma en una bola de manteca.

En el Brandenburgo se han hecho esfuerzos extraordinarios para aumentar el capital de explotación; el sistema alterno de cereales con trébol ordinario, trébol encarnado, altramuces y patatas es el que está establecido por todo el país. El merino y el carnero, llamado en el país carnícano, ha reemplazado al pequeño carnero de las estepas.

La Silesia está menos adelantada, por haberse dedicado á la producción de las plantas industriales; predominando estas, los forrajes escasean, y por lo tanto escasean los abonos; así que no hay más remedio que dejar descansar la tierra de cuando en cuando.

En las provincias de Sajonia, de Westfalia y del Rhin, la rotación alterna de las recolecciones de las plantas industriales y de los forrajes ha dado pasos gigantescos; el cultivador consume cantidades fabulosas de fosfatos solubles, de guano, de sales amoniacales, etc. etc.

Todo esto ha dado por resultado que mientras á principio del siglo la tercera parte del país era un terreno inculto, hoy solo lo es la séptima parte. Ha aumentado, según veremos por los números, la masa de subsistencia y la población, y por consiguiente se ha favorecido el desarrollo de la industria bajo el doble pun-

to de vista del aumento de brazos y del aumento de consumo.

Una de las cosas en que el Gobierno prusiano ha puesto más cuidado siguiendo los esfuerzos y las indicaciones del profesor de agricultura Burger, ha sido en evitar la excesiva división de la propiedad, digo mal, en facilitar por todos los medios posibles el aglomeramiento de las parcelas que posee cada propietario por medio de un sistema llamado en el país sistema de consolidación.

Las Exposiciones de París y Londres han dado á conocer el estado de adelantamiento en que se encuentran las máquinas agrícolas. El arado romano ha desaparecido, siendo reemplazado por el bravante y el americano, pero de una construcción tan esmerada, que los que visitábamos la Exposición creíamos que las máquinas y aperos allí expuestos eran objeto de lujo, y fué necesario que el comisario imperial austriaco nos asegurara que eran los generalmente usados en el país. Según la estadística, las máquinas para trillar tiradas con caballería se cuentan por muchos miles; y la provincia que tiene menos máquinas para trillar movidas por el vapor tiene veinte; la provincia de Sajonia tiene setenta y dos.

Apenas queda un payés que siembre á mano: la sembradora tirada por una caballería es general. No solo usa la maquinaria agrícola el gran cultivador sino que la usa el pequeño cultivador, gracias al sistema de asociación; en Bittsburg, en Schweich y en otra porción de localidades, ya se ha formado una sociedad que ha comprado esos instrumentos y que los alquila á bajo precio, ya reunidos todos los cultivadores de una comarca, han comprado los instrumentos en común y los usan pagando una pequeña cantidad que sirve para la reparación de los mismos. En las provincias renanas estas asociaciones se cuentan por centenares.

Si en vez de fijarnos simplemente en la producción de la tierra nos fijamos en las industrias rurales, el adelanto no ha sido menos notable. Si el Sr. D. Pelayo de Camps tiene hoy su finca de Salt en la provincia de Gerona á la altura que la tiene, lo debe en gran parte á la instrucción de los alemanes. Cuando él, el señor D. Alberto de Quintana y yo íbamos á estudiar en la Exposición las secciones alemanas, nos decían aquellos señores: «es necesario que el agricultor no se vea nunca obligado á vender las cosechas, pues entonces siempre será pobre; es necesario que el agricultor tenga siempre medios para transformar las sustancias que no pueden conservarse en otras conservables, ó bien las que tienen poco valor en otras que tengan más; si el agricultor está preparado para esto, siempre será rico, sino siempre será pobre. Si la patata no se puede vender á buen precio como patata, se transforma en galleta, y si esta tampoco se puede vender se transforma en animales, que siempre se venden. Si la cebada no se puede vender bien como cebada se transforma en cerveza y sino en aguardiente. Si la remolacha no se puede vender bien como remolacha, se transforma en carne, y sino en azúcar, y sino en ron: en una palabra, la agricultura que está divorciada de la industria es una pobre agricultura, y no habrá más que producir al propietario lo necesario para pagar la contribución y para vivir con miseria, y al cultivador de la tierra lo absolutamente indispensable para no morir de hambre y para vivir como viven los animales irracionales; pero la agricultura unida con la industria hará rico al propietario y producirá al cultivador un pequeño capital que le permitirá pasar desahogado el último tercio de su vida.»

Fijándonos, por ejemplo, en la fabricación de azúcar y ateniéndonos á los datos publicados en la Exposición última, resulta que en el Zollverein había en 1837 ciento veinte y dos fábricas de azúcar, que consumían 25 millones de kilogramos de remolachas produciendo un millón 408.000 kilogramos de azúcar, es decir, el 5 por 100. En 1851 las fábricas se habían elevado al número de 184 que consumían 736.000.000 de kilogramos de remolachas, produciendo 53.000.000 de kilogramos de azúcar, esto es, el 7.25 por 100. En 1865 las fábricas eran 270, consumieron 2.000.000.000 de kilogramos de remolachas, produciendo 170 mi-

llones de kilos de azúcar. De estas 270 fábricas existentes en el Zollverein, 234 eran prusianas; el resto pertenecían á los otros Estados de la asociación aduanera.

Si pudiéramos entrar en comparación con los demás países, veríamos que ni en Francia ni en Bélgica, que es donde más se ha desarrollado esta industria, lo ha hecho con la rapidez con que en Prusia. Esto mismo podríamos decir de las demás industrias agrícolas.

Réstanos ahora reducir la cuestión á números, y examinar el aumento de población humana, el aumento de población animal de toda clase, las mejores condiciones en que el trabajador de la tierra vive en Prusia que en ningún otro país, y finalmente buscar cuál es la causa que ha contribuido á este gran desarrollo de aquel país, y convencidos de que es la instrucción de que gozan todos los individuos de que le componen, ver en qué consiste esta.

IV.

Si examinamos la estadística, nos encontramos con que la Prusia ha aumentado extraordinariamente su población rural desde 1816, si bien no en la misma relación en todas sus provincias. La población de las ciudades ha crecido algo más rápidamente que la de las campiñas. La población rural era en el año 1816 de 7.438.460 almas; en el año 1849 era de 11.714.285, en el año de 1860 era de 12.865.368. Desde aquella época no pueden establecerse comparaciones, ya por no haberse verificado nuevas estadísticas completas, ya por el acrecentamiento de territorio que ha tenido el país. La población de las ciudades era en 1816 de 3.088.129 y en 1860 de 5.611.132 almas. De manera, que en esos 44 años el aumento de la población ha sido en la proporción de 1.000 á 1.800 en las ciudades, y de 1.000 á 1.672 en el campo. Tomando el término medio de este aumento resulta que es el mayor de Europa. En el Almanaque estadístico de España para 1868 consta la siguiente

TABLA

DEL NÚMERO DE AÑOS NECESARIOS PARA DUPLICAR LA POBLACION EN LA MAYOR PARTE DE LOS PAISES DE EUROPA, SEGUN LOS RESULTADOS DE LOS ÚLTIMOS CENSOS PRACTICADOS EN LOS MISMOS.

Sajonia. . . . .	39 años.
Prusia. . . . .	48 "
Baden. . . . .	50 "
Nassau. . . . .	50 "
Rusia. . . . .	56 "
Noruega. . . . .	56 "
Suecia. . . . .	57 "
Inglaterra. . . . .	59 "
Dinamarca. . . . .	63 "
Grecia. . . . .	68 "
Portugal. . . . .	69 "
Bélgica. . . . .	77 "
Holanda. . . . .	90 "
Austria. . . . .	110 "
Wutemberg. . . . .	118 "
Escocia. . . . .	120 "
Baviera. . . . .	129 "
Hesse-Elector. . . . .	129 "
Italia. . . . .	136 "
Suiza. . . . .	141 "
Hannover. . . . .	162 "
Hesse-Darmstadt. . . . .	162 "
Francia. . . . .	165 "
España. . . . .	181 "
Meklemburgo-Scheverin. . . . .	301 "

Se vé, pues, por esta tabla, que la población prusiana aumenta con más rapidez que la de ningún otro país, y esto es tanto más digno de tenerse en cuenta, cuanto que, si desmenuzamos la cosa, veremos que no es la naturaleza quien favorece este aumento, sino el régimen del país. El aumento de población puede verificarse de dos modos muy diferentes. ó por los nacimientos ó por la inmigración. Si el aumento es debido á los nacimientos, entonces la cosa nada tiene de particular, es la naturaleza quien obra; pero si el aumento se debe á la inmigración, entonces la cosa es sumamente notable, pues para que los hijos de otro país se vengán á este, es necesario que encuentren mejores condiciones de vida. La Prusia, según un estado que figura en el citado Almanaque, ocupa un lugar mucho más atrasado en su aumento por los nacimientos: es decir, que su aumento real es debido á la inmigración de personas procedentes de los países comarcanos.

La tendencia de los prusianos es á que desaparezca el jornalero, propiamente

te dicho; la tendencia del Gobierno y de varias sociedades sábias es á procurar por todos los medios posibles que todo el mundo tenga intereses en el suelo; la tendencia, en fin, del Gobierno, de las sociedades sábias y de los propietarios, es que desaparezca esa masa de trabajadores ambulantes, que, como nuestros segadores, nuestros vendimiadores, etcétera, etc., ganan en épocas dadas 20 ó 30 rs. de jornal, mientras que en el resto del año se mueren de hambre, siendo en algunas comarcas una verdadera lepra para las clases acomodadas. El propietario prusiano, ya por interés propio, ya por el aliciente de los premios concedidos por las sociedades sábias ó de las franquicias concedidas por el Gobierno, procura tener sobre su tierra tantas casas como familias necesita normalmente para el cultivo; al tomar un trabajador, no toma solo su persona, sino todas las personas de la familia; les da la casa, una hectárea de tierra (más de dos mojas), la leña que necesitan para la comida y para calentarse y el pasto para una vaca ó para seis ovejas.

Mediante estas condiciones el propietario adquiere el derecho al trabajo de todos los individuos de la familia por un jornal fijo, quedando ellos en libertad de trabajar para otro propietario en los días que aquel no los necesita. Los jornales establecidos son, en las provincias de Posen, Pomerania y Prusia, 16 rs. por la siega de la hectárea de trigo; 8 rs. por la siega de la hectárea de heno; 28 rs. por secar este heno y apilarle, etc., etc.; el jornal diario para los trabajos de la tierra es de una peseta. En las provincias de Sajonia, de Westfalia y del Rhin los jornales son dobles que los indicados. Hay otras provincias en donde el jornal no es fijo; siendo estas fronterizas, afluyen á ellas los trabajadores de los otros reinos, y hacen que los jornales oscilen; en este caso, los cultivadores contratados con las condiciones antes dichas trabajan por un *silvergros* (medio real) menos diario que los jornaleros ambulantes. Los criados ganan 15 duros y las criadas 10 anuales, además de la comida y ropa limpia. Con estas condiciones, según la estadística rural de 1861, la Prusia se compone de

1.119.134 propietarios.
60.644 arrendatarios dedicados exclusivamente al cultivo, ellos y todos los individuos de su familia, formando un total de 6.149.462 individuos.
40.384 directores de explotación, mayordomos y amas de llaves rurales (no sé traducir la expresión <i>femmes de menage</i> , aplicada al campo).
500.000 criadas.
558.424 criados.
574.934 braceros.
565.704 braceras.

Lo cual hace un total de 2.239.446 personas puestas al servicio de la agricultura para trabajar materialmente.

Hay en todos estos hechos un número que todos los hombres estadísticos sin distinción juzgan favorablemente: en Francia, en España, en Italia, según he ya indicado en el artículo anterior, aumenta la población urbana, á la par que disminuye la población rural. En Francia, por ejemplo, la disminución de la población rural desde 1850 á 1860 ha sido de 749.044 habitantes, mientras que en Prusia, por el contrario, el aumento de la población rural en el mismo período ha excedido de un millón. En Francia, en Italia, en España, en Portugal, todo propietario que tiene cuatro cuartos, ya con el pretexto de educar á sus hijos, ya con el de la falta de seguridad, ya con el de facilitar una vida halagüeña á su mujer, ó ya, finalmente, con el de proporcionarse más comodidad y mayores goces, abandona sus terrenos y se viene á la ciudad; de ahí la disminución enorme de la población rural; de ahí esa antipatía cada día creciente entre el propietario y la clase proletaria; de ahí, finalmente, la decadencia de la agricultura en todos los países de la raza latina.

De nada han servido para los adelantos de la agricultura los esfuerzos hechos en España por la reina Isabel: de nada han servido en Francia esas gigantescas granjas imperiales, criadas y mantenidas por el emperador; los resultados tienen que ser nulos mientras partan de la iniciativa de uno, tres, cien individuos,

llámense emperadores, reyes, duques, condes ó marqueses; mientras que esos individuos vivan en la corte ó en las capitales y no en sus terrones. En Prusia como en Inglaterra y en Prusia mas que Inglaterra, la iniciativa para los adelantamientos de la agricultura, parte es verdad de la clase alta y de la clase media de la sociedad, pero es viviendo normalmente esa clase alta en el campo y teniendo solo sus grandes palacios en las ciudades para los casos extraordinarios; es considerado como una honra el ser propietario rural y el dedicarse á las faenas del campo, y no considerándolo ya como una mengua, como sucede en algunas provincias de España, ya como un medio de tener una renta fija sin quebraderos de cabeza como sucede en otras, con pocas aunque honrosas excepciones para las personas y para el país.

Si ha aumentado la población, no ha aumentado menos el valor de la tierra; y esta alza ha sido tan rápida que no ha podido menos de admirar á los mismos que la hacen constar en las relaciones oficiales. en el distrito de Posen el *morgen* (2.553 metros cuadrados, una cuartera próximamente) valia en 1860 40 thalers (1); en 1864 valia 60 thalers y en la comarca de Kosten y Franstadt 78 thalers. En la provincia de Prusia en el año 60 el *morgen* valia 35 thalers, actualmente vale 100 thalers en la parte alta y 120 en la baja. En Lituania se ha pasado de 30 á 60 y aun en la alta Silesia no se encuentra ya nada á 30 thalers. No cito los precios del Brandemburgo y demás provincias en donde está Berlin y las grandes ciudades, porque se comprende fácilmente que los precios han de ser mucho mas elevados.

Hay un hecho aquí muy digno de tenerse en cuenta; la contribucion territorial por inmuebles (no contan o las extraordinarias impuestas en estos últimos años á causa de las guerras) es en la antigua Prusia la tercera parte que en Francia: los 28.000.000 de hectáreas cultivables pagan diez millones de thalers, lo cual dá unos 5 rs. por hectárea.

Si ha aumentado el valor de la tierra, si el número de inmigrantes en Prusia es tan considerable, debe ser indudablemente porque haya aumentado la producción, y sabemos que para medir el aumento de producción en una comarca cualquiera es necesario contar el aumento de su ganadería, pudiendo prescindir tan solo de esta regla general en comarcas muy especiales: pues bien, el aumento de la ganadería desde 1816 hasta 1864, segun los datos presentados por la estadística en la Exposición de París, está consignado en las siguientes cifras:

	Caballos (2)	Vacuno (3)
1816	4.243.261	4.013.912
1864	4.856.623	5.793.905
Aumento	613.362	1.779.993

  

	Carneros.	Cerdos.	Cabras.
1816	8.260.396	1.494.369	143.433
1864	19.314.667	1.494.369	869.351
Aumento	11.054.271	1.747.690	725.918

Pero no solo hay que atender á el aumento numérico de las cabezas, sino que segun las tablas que acompañan á esta y que yo no publico aquí por no hacer ese trabajo demasiado extenso, el producto medio de cada animal ha aumentado en un tercio en carne, manteca y lana.

Difícil, por no decir imposible, es para un agricultor español darse cuenta de la posibilidad de llevar á cabo todos estos hechos; así es cuando yo, recién venido de la Exposición de Londres, di en el instituto agrícola catalán de San Isidro un curso comparativo de la agricultura inglesa con la española, recuerdo que se me dijo muchas veces por personas dignísimas: «O Vd. ha apreciado mal las circunstancias, ó los hombres de aquella tierra son distintivos de los de la nuestra; aquí no podemos salir de la marcha ordinaria seguida por nuestros antepasados; en el momento en que nos proponemos hacer cualquier mejora ó cualquier innovación en el sistema de cultivo seguido hasta la fecha, tenemos que empezar y luchar con el payés,» á lo cual yo contestaba y contesto: «Cómo es que no tienen que luchar con el payés, ó

(1) Un thaler vale unos 4 reales.

(2) No comprendiendo los del ejército que eran 41.750.

(3) No comprendiendo las terneras y becerros menores de 10 meses.

que si luchan vencen, Camps, Buxeres, Balaguer, Quintana y tantos otros? Porque empiezan por no mandar hacer al payés nada que no hacen ellos primeramente. Camps acaba de traer á sus fincas el arado Ransomes, de doble vertedera: inútil hubiese sido que se hubiera empeñado en que le manejase su colono; ¿de dónde le han de venir á este infeliz los conocimientos de física y mecánica necesarios para manejar ese aparato? Pero cuando vió que el Sr. de Camps enganchaba cuatro pares de yeguas; cuando vió que este señor, empuñando la esteva en una mano y las riendas en la otra aró todo un santo día, desde la mañana hasta la noche, abriendo surcos de cuatro palmos de anchura por tres de profundidad: cuando, siguiendo paso á paso durante todo ese día al pié de su señor, como el perro sigue al cazador, se enteró del manejo de todas y de cada una de las piezas, entonces se acabó su rutina y su vacilación, y al día siguiente, cuando su amo se levantó, le encontró preparando el arado, y al ir el señor de Camps á empuñar la esteva, le dijo el colono: «Basta, señor, ya sé yo arar.» Mas aun, en la excursion que yo he hecho con los alumnos del laboratorio para estudiar la trilla, se incorporó á nosotros el mayordomo del Sr. D. Juan Lleó en Almacellas, quien iba con el objeto de estudiar los arados y los estercoleros: este buen mayordomo iba tambien preocupado contra esos arados de gran potencia á los que quiere acostumbrarle su amo, pero su preocupación concluyó cuando vió á uno, y á otro, y á otro... de los labradores del Sr. de Camps arando todos con esos arados como cosa corriente. El Sr. D. Luis Balaguer llevó los arados de Howard á su posesion de Castell de Fels; enseñó á trabajar con ellos al jóven que todos hemos visto en las pruebas que se hicieron en casa Salvadó, con el objeto de que ese jóven enseñase, no solamente á los braceros de la casa, sino á todos sus convecinos: desgraciadamente ese jóven ha muerto sin enseñar á nadie. ¿Y qué tiene que hacer el Sr. Balaguer? Enseñar á otro.

Ahora bien, si suponemos que cada propietario de Cataluña tiene la instruccion necesaria para enseñar á uno de sus colonos y le enseña, tendremos anualmente millares de braceros catalanes que habrán aprendido una nueva práctica; y si suponemos que en cada pueblo de Cataluña hay un maestro que enseñe teoría, solo con que en cada año se aprovechen de una parte de su enseñanza tres ó cuatro personas, tendremos millares de catalanes que habrán dado un paso en la teoría. Hé aquí el sistema prusiano.

Si nos fijamos en la raza caballar, nos encontramos que si bien es verdad que Gobierno posee los tres grandes *haras* (remontas, de Neustadt, Graditz y Trackenen) en que hay mas de 1.300 caballos, y ocho estaciones de segundo orden, entre las cuales reunian en 1864, 1.100 caballos, hay además mas de 100 sociedades libres que tienen por su cuenta remontas de razas especiales.

Pero si la raza caballar que el Gobierno ha creído que debía tomar la iniciativa, en todos los demás animales, por el contrario, lo ha fiado todo á la iniciativa particular, y no ha tenido que arrepentirse. María Teresa en 1755, Federico II á fines del siglo pasado, como simples particulares llevaron los primeros ganados de merinos de España, y los grandes señores y las sociedades especiales han seguido el camino que les trazaron sus soberanos, si bien la raza negretti disputa la supremacía al merino. ¿Quién no recuerda aquella sala que existia en el sector alemán de la Exposición de París, en donde estaban expuestas con admirable coquetería y buen gusto las lanas alemanas en súpico, guardadas por dos hermosos carneros negretti modelados en yeso? Allí estaban las fotografías de varios carneros y ovejas del baron de Maltzah, que producen una arroba catalana de lana los machos, y la mitad las hembras, que se venden todos al precio de cuarenta á cincuenta mil reales cada uno para las cabañas de Prusia, América y Australia, y si bien este es el único que vende á estos precios fabulosos, no es raro encontrar cabañas que venden sus carneros á diez y doce mil reales cada uno.

Consideraciones análogas con respecto al ganado caballar y al ganado lanar,

podríamos hacer respecto á las otras clases de ganados: yo no las hago porque va haciéndose demasiado extenso este artículo; pero á los que deseen estudiar esta cuestion les será sumamente fácil porque abundando en Prusia las publicaciones oficiales, se repiten y comentan estos resultados en periódicos científicos y en periódicos ilustrados. Fáltame ahora para cumplir con mi propósito ocuparme de la instruccion que ha servido de palanca para producir todos estos resultados.

LUIS JUSTO Y VILLANUEVA.

(Se continuará.)

## LA FOTOGRAFIA.

### I.

Indudablemente cuando los siglos futuros juzguen la historia del mundo en el siglo XIX, han de apellidarle el siglo de las grandes victorias del espíritu humano sobre la materia inerte que como vasija de barro le aprisiona. El genio moderno, marchando siempre de conquista en conquista, ha llegado á hacer esclavos de su voluntad elementos los mas poderosos de fuerza y de acción, y con ello ha conseguido producir una revolucion pasmosa en el mundo de la ciencia y del arte. El, por medio del vapor, ha multiplicado sus fuerzas de un modo prodigioso, y triunfando de la resistencia de los elementos, ha cambiado las condiciones de la industria y del comercio, y acortando admirablemente las distancias ha mudado de faz el carácter de las relaciones internacionales. El, por medio de la electricidad, ha hecho transmitir el pensamiento con la velocidad inconcebible del rayo, y ha puesto en comunicacion los extremos mas separados del mundo. El, en fin, que como ningun genio de otra época tiende hácia lo infinito siendo amante de la inmortalidad, ha encontrado con la fotografía el medio mas á propósito para saciar ese deseo inextinguible de la raza humana.

En efecto, si el espíritu humano ha suspirado siempre por la inmortalidad, nunca como en nuestro siglo se ha observado ese sentimiento levantado que, al par que demuestra la nobleza de nuestro sér, es al revelarse en el seno de los pueblos, es al significarse en las manifestaciones de la humanidad, la palanca mas poderosa para su desarrollo y engrandecimiento; y esa tendencia hácia un ideal sublime, hácia un mundo ilimitado, en ningun tiempo ha tenido tampoco un reflejo tan vivo y adecuado como en nuestros dias por medio de la fotografía. Fáltale al hombre un recurso ingenioso para reproducir con verdad y precision las obras portentosas de su industria y hacerse admirar de todo el mundo con la copia perfecta de las pasmosas investigaciones de su ciencia y acabadas producciones de su arte; y la fotografía ha penetrado en los inmensos talleres mecánicos de Inglaterra y de Francia, y ha reconocido los Museos de Roma, Madrid y París, y ha visitado los palacios de las Exposiciones universales, y ha subido con el astrónomo á su observatorio, y ha bajado con el geólogo á sus galerías subterráneas, y ha recorrido con el viajero las heladas regiones del Polo y la abrasada zona del Ecuador, y dando á conocer al mundo el resultado de sus trabajos, ha cumplido ya en parte su mision elevada, y hace presentar las glorias que al genio se le esperan, ya poniéndole en evidencia ante el orbe, que celebrará sus conquistas, ya legando á la posteridad con su nombre el *fac simile* de su semblante en donde un día resplandecía la diadema de luz que orla la frente del sabio ó del artista.

La fotografía, pues, es una de las conquistas mas gloriosas del siglo XIX, y está llamada á realizar los destinos mas útiles y maravillosos, á producir los resultados mas dignos y sorprendentes.

### II.

Cuando hace un siglo precisamente, Scheele descubria en Suecia la propiedad del cloruro de plata de ennegrecerse á la accion de la luz, estaba él muy lejos de presentir los posteriores progresos á que habia de dar base su observacion, y los grandiosos resultados que iba á dar un nuevo arte, cuyos primeros albores acababa de iluminar.

Hombres eminentes en la ciencia se en-

cargaron de llevar á feliz término tan penoso trabajo, y Charles Chevalier en Francia y Wedwood y Davi en Inglaterra, se dedicaron con asiduidad á ensanchar los horizontes de aquel descubrimiento científico; pero nadie hasta Nicéphore Niepce, en 1837, pudo obtener resultado alguno satisfactorio. Este célebre químico francés habia obtenido ya la fijacion de una imágen inalterable á la luz sobre una lámina de cobre cubierta de plata y comunicó los resultados de su procedimiento, bastante imperfecto, para una útil é importante aplicacion á Mr. Daguerre, cuyo nombre era ya conocido por la invencion del *diorama* y que á la vez habia consagrado ya largas vigilias en aras de la solucion del problema fotográfico. La muerte no quiso que Niepce compartiera con Daguerre los laureos que á este se le esperaban, y de los cuales le pertenecian una parte no escasa, y acabó con sus dias poco tiempo despues de haber revelado á su amigo sus trabajos; mas aquel renombrado artista, uniéndolos á los que él ya tenia formados y perfeccionándolos hasta el punto de poder servir para una aplicacion inmediata, presentó á la Academia de Ciencias de París una Memoria detallada de su procedimiento, y entregada para su estudio á los célebres químicos Arago y Dumas, estos informaron luminosamente sobre ella, mereciendo la aprobacion de los académicos. Bajo tan buenos auspicios comenzó á darse á conocer el *Daguerreotipo*, habiendo sido el rey Luis Felipe uno de los primeros que quisieron aprovechar y admirar los resultados del nuevo arte, que dos años despues era conocido casi de toda Europa, y celebrado por todas las Academias del mundo científico.

Pero la fotografía, que vió la luz en el siglo XIX, muy pronto fué acariciada por las auras del progreso, que tan pasmosamente hacen desarrollar todos los descubrimientos de esta época, y á las imágenes obtenidas sobre planchas metálicas, se sucedieron las fijadas sobre láminas de vidrio y á estas las conseguidas sobre papel en 1847, última y mas importante fase de la fotografía, y cuya gloria cabe á Niepce de San Victor, nieto de Nicéphore Niepce.

A partir de esta época, la fotografía no ha hecho mas que ir perfeccionándose mas ó menos, ya en la simplificacion de los procedimientos, ya en la bondad de las imágenes obtenidas, merced á los esfuerzos constantes y asiduos trabajos de Blanquart-Evrard, Guillet-Laguet, Regnault, Laborde, Legray Baldus y otros muchos cuya enumeracion seria prolija.

Hoy dia, conocida es de todo el mundo la perfeccion á que ha llegado este arte, desvelado y aplicado maravillosamente con especialidad por las sociedades fotográficas universales de París y de Londres. Pero consistiendo el secreto de dicha perfeccion en presentar á las imágenes para su fijacion una superficie lo mas fina posible, en simplificar los procedimientos y en producir el menor gasto de materiales, la fotografía podia aun perfeccionarse mas y mas á medida que se conseguirían tales objetos. Esto es, pues, lo que al través de laboriosas fatigas ha logrado obtener un español que, sin tener mas culpa que su modestia y escasas pretensiones, no ha merecido que su nombre figurara cual debiera en la historia del arte. Nos referimos á la *lepto-fotografía*, especialidad fotográfica del Sr. Martinez Sanchez, asociado hasta ahora al Sr. Laurent, fotógrafo madrileño, y que hoy dia se halla establecido en esta capital.

La importancia de dicho sistema, y el ser un adelanto cuya gloria compete de lleno á nuestra patria, nos hace detener un momento exponiendo sucintamente sus ventajas.

En Diciembre de 1865 concluyó de perfeccionar el Sr. Martinez Sanchez su sistema de la *lepto-fotografía*, consistiendo su secreto en la formacion de un licor de cloruro de plata en cuya preparacion entra solamente el uno y medio por ciento de nitrato de dicho metal, ventaja inmensísima si se compara con el primitivo sistema, que le emplea lo menos al 10 por 100, pudiendo esta enorme cantidad de metal que ordinariamente se sus trae á la circulacion en moneda en las grandes capitales como Londres, París, Madrid, etc., llegar á influir en los centros mercantiles en donde hubiera podido

producir efectos mas útiles. Y en realidad, una hoja del papel albuminado comun consume para sensibilizarse y poder imprimir, expuesta á la luz en contacto con la negativa, cuatro gramos de nitrato de plata, al paso que por el sistema leptofotográfico queda sensible dicha hoja de papel con 75 centigramos de plata.

En cuanto á la brevedad de los procedimientos y manipulaciones, diríamos algo si no temiéramos hacerlos prolijos; pero bastará consignar para nuestro objeto, que con media hora le basta al señor Martínez Sanchez con su sistema para dar la muestra perfecta del retrato, entrando en dicho tiempo desde la preparación del negativo hasta el pegar el papel sobre la cartulina, detalle que si bien contribuye á la conservación del retrato, ya por decirlo así, no pertenece al arte de que nos ocupamos. En el procedimiento comun, sabido es que se necesitan algunas horas para conseguir la primera prueba acabada.

Pero ni la economía en los materiales, ni la brevedad del procedimiento tendrían verdadera importancia si los resultados no fueran cuando menos iguales á los mas perfectos de la fotografía conocida hasta ahora; mas el licor leptofotográfico por sus condiciones especiales se presta fácilmente para extenderse sobre cualquier superficie papel, cristal, porcelana y hasta telas de seda, lienzo, etc., y desde luego se comprenderá que siendo tenuísima la capa del licor, las tintas han de ser tanto mas finas y delicadas cuanto mas lo sea la superficie sobre que se impriman; así es que sobre el papel porcelana y sobre la porcelana misma, se obtienen resultados tan sorprendentes, que no dudamos en asegurar que la leptofotografía en manos de Disraeli ó Reutlinger fuera apurar en lo posible la fotografía prescindiendo del colorido de las imágenes; sin embargo, hemos visto retratos del sistema leptofotográfico hechos por su mismo autor y por el Sr. Laurent, y nada dejan que desear bajo el punto de vista de la perfección.

Tal es á grandes rasgos el último adelanto introducido en el arte fotográfico por un español que, no encontrando bastante protección en su país, tuvo que buscar en el extranjero quien premiase de algun modo sus pesados trabajos, como de hecho lo encontró en París, en donde se formó una sociedad á la que el Sr. Martínez Sanchez vendió hace dos años el privilegio de explotación.

El *Monitor* y otros periódicos franceses se ocuparon con elogio del invento del Sr. Martínez Sanchez, y hasta la sociedad fotográfica universal de París celebró los brillantes resultados del procedimiento leptofotográfico. En España no sabemos que la prensa ni ninguna Academia ni corporación científica se ocupara del adelanto á que nos referimos. ¡Lástima que una inercia punible por parte de nuestros Gobiernos venga á arrebatarnos las escasas glorias que una insignificante protección hace germinar en nuestro país, y que tanto su honra como su provecho hayan de ir á buscarse en el amparo que le presta la generosidad de los suelos extranjeros.

III.

A tal estado de adelantamiento ha llegado ya, pues, un arte que apenas cuenta 25 años de existencia y que puede decirse está tocando casi la cima de su perfección.

Y daríamos con esto por terminado nuestro trabajo, si no quisiéramos apuntar algo de los nuevos horizontes que aun le quedan por descubrir á la fotografía; de los dilatados campos que le restan que recorrer, de los trabajos que el porvenir le prepara, y los servicios importantes que tiene aun que prestar á la ciencia y á las artes.

Al comenzar nuestro artículo hemos hablado ligeramente de la importancia de este arte moderno y de la influencia que tiene indudablemente en la marcha del espíritu de nuestro siglo; pero entendiéndose que al considerarlo como un estímulo poderoso para el desarrollo del genio, hemos estado muy lejos de ser tan optimistas que hayamos querido anteponerle á ninguna de las artes conocidas.

La fotografía podrá ser, si se quiere, un medio poderoso para animar á un artista en su trabajo, con la esperanza de que ella ha de ser la fiel y exactísima

copiadora de sus creaciones, y que, merced á su auxilio, el mundo las admirará muy luego con toda la fuerza y energía con que agitaran su cerebro en un momento de inspiración; pero de esto, á querer encontrar en la fotografía un arte que reemplace á la pintura y al dibujo, hay una distancia inmensa. Un sentimiento mas levantado, un ideal mas sublime debe presidir á la composición de cualquier trabajo de este género, bien se trate de un cuadro de costumbres, bien de un episodio histórico, de un grupo cualquiera y hasta de un paisaje ó un retrato. No pertenecemos á esa escuela realista que pretende en el arte encontrar la simple reproducción de la naturaleza. El genio, hasta cierto punto, no sería creador si no supiera animar sus concepciones con ese no sé qué sobrenatural, con ese algo sublime, con ese *quid divinum* que forma la esencia inmortal de la inspiración.

Mas si á la fotografía no le es dado mas que calcar exactamente la naturaleza, sin embargo, puede prestar al arte servicios que aun no se han explotado bastante, y que seguramente cuando se lleguen á generalizar han de producir resultados altamente satisfactorios.

Conocida es de todo el mundo la dificultad que encuentra el arte en la copia de modelos al natural, muy particularmente en los que el hombre toma parte, pues además de ser sumamente molesto para éste, una expresión particular del semblante, una actitud estudiada de un miembro, nunca, aunque en ello haya empeño decidido, podrá encontrarse en el modelo por dos ó cuatro ó mas horas aquella inmovilidad que el artista necesita para no borrar de su imaginación la idea feliz ó concepción sublime, bajo cuya impresión está trasladando al lienzo ó al papel la obra que trata de ejecutar; la fotografía salva esta dificultad de un modo admirable, copiando con fidelidad y exactitud aquella expresión y aquella actitud y la ofrece al artista para su estudio. Es mas, creemos que, quien esté versado en estudios de este género, ha de poseer condiciones particulares de buen dibujante, porque él mejor que nadie ha de tener estudiada las líneas del dibujo, y ha de estar menos expuesto á las faltas groseras en que se suele incurrir en el trazado de las formas. Respecto á los grabados, reproduciendo esculturas y pinturas, bien puede decirse que perdieron su importancia al aparecer la fotografía, y por el tiempo será bien escaso el servicio que presten á las artes; los grabados al copiar solo pueden aproximarse mas ó menos al original, mas la fotografía nos da el *fac simile* de los objetos que se exponen delante de la máquina.

Pero en donde á la fotografía verdaderamente le queda aun un campo virgen que explotar es en el terreno de las ciencias. La astronomía y la geología ya le han utilizado, aunque no en la escala que pueden aprovecharse de ella; la zoología, la botánica y la mineralogía, no sabemos que hayan hecho uso de este adelanto moderno, y la medicina en sus anatomías *descriptiva* y *topográfica* y en su patología quirúrgica tampoco ha sabido apreciar aun las grandes ventajas que la fotografía puede reportarle. Pues qué, ¿podrán nunca los grabados finisimos sobre acero aproximarse, por mas bien ejecutados que sean, á la verdad con que la fotografía nos reproduce los objetos? ¿Podrán jamás competir con la economía con que la fotografía ofrece sus trabajos, siendo así que es tan cara la adquisición de aquellos, que esto mismo es la causa de que la mayor parte de los alumnos y aun muchos profesores tengan que privarse de buenas láminas para sus estudios?

Tememos hacernos pesados y no queremos insistir mas en nuestro propósito. Lo hemos dicho ya y lo repetimos; la fotografía es una de las grandes conquistas de nuestro siglo; la importancia que ella tiene en el progreso moderno es incalculable; los servicios que presta á las ciencias y á las artes son inmensos. El siglo del vapor y de la electricidad puede tambien llamarse sin exageración el siglo de la fotografía.

MANUEL CANDELA.

EL PAPEL.

Antes de Moisés bastaba á las antiguas civilizaciones, para conservar sus recuerdos, una li-

gera plancha metálica, una tablilla cubierta de una leve capa de cera, una hoja de palmera ó una piedra mas ó menos á propósito para el indicado objeto.

El papel debía tener su origen junto á la cuna del monoteísmo, en las orillas del Nilo, que debían proveer de él, si no con profusión, á lo menos con abundancia.

El cyperus-papyrus de la batea de Moisés entregó á la escritura sus hojuelas, que superpuestas en cruz y consolidadas por la presión y su natural adherencia, debían poner en comunicación durante veinte siglos las mas remotas edades: precioso producto que, datando de la Biblia, hubo de quedar largo tiempo circunscrito á los límites poco distantes de su suelo natal, hasta que la civilización le llevó paso á paso á la conquista del universo.

La Europa no lo conoció sino tres siglos después de la aparición del poema de Homero, unos seis siglos antes de Jesucristo.

Hasta los tiempos de Cicerón, como unos diez años antes de la era cristiana, no empieza á verse suplido en parte por el pergamino, cuya consistencia permitía confiarle á todas las manos. Sin embargo, permanece siendo bastante raro hasta fines del siglo III en que empiezan á vulgarizarse en cierto modo los monasterios para ser sustituido por otra materia, cuando del siglo XIV al XV preparaba la tipografía la mas trascendental de las revoluciones sociales.

Ya desde el siglo VI tentaba el algodón por sobreponerse al imperio del pergamino, que realmente no fué destronado sino hacia la mitad del siglo XIV por el papel fabricado con aquella materia, el lino y el cáñamo.

Estaba reservado al presente siglo extender á la paja, al esparto, á la madera, á toda especie de plantas largas, filamentosas, ligeras y sedosas, la fabricación de la pasta de papel por medio de la desagregación química. La baja creciente de los reactivos necesarios en los países mas cultos, los adelantos de la maquinaria y de todas las ciencias de aplicación á la industria, tienden á aumentar considerablemente esta clase de producción que espolean por otra parte las progresivas exigencias del mercado universal.

Mas justo es consignar en medio del rápido desarrollo que experimenta el país de la primera materia por excelencia; el país sin rival en punto á la fabricación del papel á mano, por la aptitud especial de los operarios, y por las circunstancias del clima de que disfruta; España que rivaliza en esta clase con las naciones mas adelantadas; que provee casi exclusivamente de él á las repúblicas sub-americanas, y cuyas miras tiene Génova mismo que falsificar, si quiere vender allí una hoja de papel; nuestra desheredada España tiene que presenciar impasible como le arrebatan la mas buscada, la mas preciosa materia, que se recoge en Andalucía y principalmente en nuestras limpias costas catalanas; tiene que gastar el peor papel sellado del mundo, tiene que enviar su esparto á Inglaterra si quiere utilizarlo; tiene, en fin, que ir rezagada en una industria que le es mas propia que á otra nación alguna, por falta de una protección bien entendida que le permita utilizarse, con poco coste, del trapo inferior y de las demás primeras materias, por la carestía de los productos y operaciones químicas; que le haga accesible el aprovechamiento de los numerosos saltos de agua, junto á los cuales se han formado en otros tiempos poblaciones, que hoy contribuyen grandemente al Tesoro de la nación, y que le dé en fin el empuje que necesita para volar á la altura á que está llamada por su propia naturaleza.

A los que señalan como único impulso posible el interés individual, á los que no ven otro progreso que el de la maquinaria, á los que desconocen completamente que esta no puede llegar jamás á ocupar el puesto de la inteligencia en ciertas operaciones, á los que ignoran el estado de nuestra fabricación de papel, por tener fija su vista mas en el extranjero que en su propio país, á los que viven mas bien fuera de su patria que en ella, á los que son en fin extranjeros en su propia nación, á esos extraviados y «desamantes» conciudadanos, solo tenemos una palabra que responderles, por muy sabios que sean: «estudiad.»

F. DE LA P.

IMPORTANCIA DEL DIBUJO EN LA INSTRUCCION DEL HOMBRE.

Si el hombre puede expresar sus ideas lo mismo con letras que con líneas, ó por mejor decir: si hay ideas de exclusiva expresión lineal, como hay otras de exclusiva expresión literaria, segun no puede menos de reconocerse, ¿por qué en la instrucción del hombre no ha de entrar, cuando menos en una tercera parte, la enseñanza del arte? No vemos que los establecimientos de instrucción, ya públicos, ya particulares, den á la base de esa enseñanza la importancia que merece; si en cualquier plan de instrucción vemos que se haya contado con el *dibujo lineal* y con el *de aplicación*: sin embargo, todavía la preocupación de que el dibujo no es mas que un adorno en la instrucción del hombre y que solo puede servir de pasatiempo y de recreo, continúa con sobrada fuerza en los ánimos de personas que, por otra parte, no pueden contarse entre el vulgo.

La exageración del *especialismo* en los

conocimientos humanos ha conducido á errores tan crasos, cuando menos, como el *enciclopedismo*: de manera que hombres hay, sobresalientes en determinados conocimientos, que no saben ver nada fuera del círculo en que su inteligencia se ha encerrado, quedando muchas veces privados de expresar convenientemente sus ideas por haber dejado que la inercia enmoheciese los medios de que, para ese efecto, les dotó la Naturaleza.

¡Renunciar á las facultades con que la Naturaleza nos ha dotado! Hasta puede negarse al hombre el derecho de privarse de esas facultades, como se le niega el de quitarse la vida. Las profesiones fundadas en los conocimientos abstractos tienen su parte artística de expresión, ya literaria, ya lineal; y la mayor necesidad ó conveniencia de cualquiera de esas dos expresiones que cada una de las distintas profesiones tenga, no deba ser una razón para que se dejen sin cultivo los medios que la menos necesaria requiera. Porque hay ferro-carriles, no se ha de abandonar la cria de animales de tiro; ni porque la conveniencia ó la costumbre ha dado importancia á la mano derecha, hemos de cortarnos la izquierda ó no educarla.

Por otra parte, querer limitar la especialidad á unos límites demasiado estrechos, por mas que sea consecuencia del principio económico que de la división del trabajo parte, es querer propinar los medicamentos en dosis, ya no homeopáticas, sino infinitesimales; es arrojar un grano de ácido prúsico en la mar para matar todos los peces; es querer hacer de la humanidad un conjunto de seres autómatas, á los cuales hasta negado les fuera el discurso, esa facultad que, si por un lado manifiesta la inferioridad de nuestras facultades intelectuales, por otro es un elemento eficaz de actividad que aguza y aviva el ingenio, realizándole en medio del cúmulo de vacilaciones y de dudas que en el entendimiento del hombre se agolpan agoviándole.

Si hubiésemos de encargarnos de principiar la instrucción de un niño, procederíamos de un modo especial, empleando un método de cuya eficacia casi podemos responder. Pondríamos desde luego ante la vista del educando unos carteles, en los cuales, en simultánea exhibición, apareciese el abecedario, los guarismos, las notas musicales, las líneas fundamentales y las principales figuras geométricas; y en el cartapacio que le daríamos, le haríamos trazar las líneas fundamentales y las principales figuras geométricas, las letras, los guarismos y las notas musicales. Este método puede tener algo de enciclopedismo; pero no es tan complicado como á primera vista parece, al paso que tiene fundada razón de ser.

Las facultades intelectuales y las industriales del hombre tienen un desarrollo que parte de la edad infantil, desde la edad mas tierna, cuando el corazón apenas puede contener mas que los sentimientos nacidos inmediatamente de los instintos naturales, cuando el talento está todavía virgen de toda impresión que á los conocimientos humanos pueda referirse, y cuando las fuerzas físicas están casi limitadas al sostenimiento de un peso que no exceda del que el chupador tiene. Todo lo rudimental de esos conocimientos pertenece de derecho, si así decirse puede, á aquella edad, esto es, solo en aquella edad puede minuciosa y sólidamente aprenderse; de manera que estudiando despues de la pubertad solo incorrecta y defectuosamente se aprende. Las relaciones que esa instrucción rudimental tiene con la edad infantil son las mas íntimas, cuales no lo son las que guarda la instrucción elemental y la profesional con la adolescencia y la edad juvenil; notándose en esa intimidad una gradación de mayor á menor desde las primeras edades de la vida del hombre; mas íntimas en la niñez, menos en la pubertad, menos en la juventud. Los conocimientos que deben adquirirse en la niñez no pueden adquirirse por completo en la pubertad; los que de la pubertad son propios, y no se adquieren en esta edad, se echan siempre de menos en los estudios profesionales; el que en sazón y á su debido tiempo hubiere adquirido los conocimientos rudimentales y los elementales, estará en disposición de emprender los profesionales de cualquier género que fueren. La cuestión esta en que la instrucción rudimental y la ele-

mental sepan contenerse en los límites de su esencia; pero semejante cuestión no es de este lugar. Tiempo y espacio tenemos delante de nosotros para explicar: demos al tiempo lo que es del tiempo, como al espacio lo que solo en el espacio aparece.

No hemos empleado estas últimas expresiones así, á humo de pajas, como suele decirse, sino muy intencionadamente. Ese mismo juego de palabras que acabamos de hacer, y en el cual no habrá tal vez el lector reparado, ó reparando en él no le habrá dado importancia alguna, tiene oportunidad y viene aquí de molde para dejar completamente comprobado el tema de este artículo, á saber: la importancia del dibujo en la instrucción del hombre.

Con efecto; las ideas que el hombre quiere comunicar á los demás, unas no pueden aparecer mas que en el tiempo, otras solo en el espacio aparecen. Al tiempo pertenecen las literarias; del espacio necesitan las lineales. Colocad á un letrado en la necesidad de expresar las segundas, y tendrá que acudir á un pintor, á un escultor, á un arquitecto; del propio modo que un pintor, un escultor ó un arquitecto tendrán que acudir á un letrado para expresar las primeras.

D. Mariano José de Larra (Figaro por pseudónimo), el escritor concienzudo que en achaque de crítica, especialmente literaria, muy mucho se le alcanzaba, dijo: *el saber escribir es un oficio particular que solo profesan algunos, cuando debiera constituir una parte de la educación de todos.* Nosotros, reconociendo la verdad de esa proposición, y dando mayor extensión al espíritu de ella, verteremos la frase al lenguaje que dentro del círculo del arte plástico se habla, diciendo: *que el saber dibujar debe constituir, como el saber escribir, otra parte de la educación de todos.*

Y no se diga que para dibujar se necesite un talento mas especial ó de distinta fuerza para escribir; el estilo podrá variar, el material modo de hacer podrá ser en cada hombre, distinto; la facilidad de hacer y de ver podrá ser mayor en unos que en otros; pero serán muy raras las completas incapacidades para el conocimiento de la esencia y naturaleza de la expresión lineal, con el objeto de comprender las ideas de los demás gráficamente expresadas, y apuntar cuando menos, convenientemente las propias, sobre todo si se hubiese principiado á adquirir aquel conocimiento en la edad propia y peculiar de adquirirle, cual lo hemos dejado anteriormente apuntado.

Hubo un tiempo en que las ciencias morales fueron el objeto privilegiado, si no el único, de la Universidad. La Universidad entonces no tenía otras clases ó enseñanzas que las que dirigían á las profesiones eclesiástica, del foro y medicinal; los conocimientos que á las demás profesiones convenían estaban, por decirlo así, abandonadas al cuidado particular de alguna corporación de fomento ó simplemente mercantil, que abundaba en buenos deseos, pero que carecía de medios morales y materiales para coordinar y para establecer de la manera conveniente, no hallándose tampoco el país muy dispuesto, que digamos, á admitir instituciones que tendiesen á quitarle de sus hábitos tradicionales, sobrado perpetuados entonces, cuanto sobrado inestables en los tiempos que corren.

Hoy que son conocidas las necesidades positivas de la sociedad; hoy que la actividad industrial del hombre se ha desarrollado en un grado difícil de apreciar en todo su valor; hoy que todo debe esperarse de las artes y de la ciencia aplicadas, la Universidad no debe concretar la enseñanza á las ciencias morales y á las abstractas, sino que debe conceder grande importancia al arte y á la tecnología, las cuales se dirigen á la producción de formas bellas y á los procedimientos para obtenerlas fácil y económicamente, á fin de proporcionar á la juventud de todas las clases de la sociedad conocimientos de aplicación inmediata á la producción de todo género, no de aquellos cuyos resultados son problemáticos, los cuales constituyen una instrucción perniciosa al bien estar del individuo y de la sociedad, porque no hacen mas que arrojar la perplejidad en los espíritus y un tropel de desgraciados sobre la tierra.

Mientras no veamos en las enseñanzas primera y segunda planteados los rudi-

mentos del dibujo; mientras no se establezca como asignatura indispensable la geometría, el dibujo lineal y el de aplicación, acompañado de las teorías convenientes del arte que despierten los géminos y dirijan el buen gusto artístico, la producción industrial de nuestro país carecerá del elemento de primera necesidad para ganarse un puesto en los mercados del mundo.

Cuál debe ser el carácter y la constitución de las escuelas de dibujo cuya necesidad encarecemos, es materia delicada cuanto espinosa, y que para ser tratada con la importancia que requiere necesita especial atención y detenimiento.

Con entrambas condiciones, procuraremos entrar en la materia; que no hemos de excusarnos de aventurar nuestras fuerzas por temor de un mal resultado; porque cualquiera que este sea, nunca podrá tener consecuencias negativas ni perniciosas. Lo que de suyo tiene buenas condiciones no puede producir cosa mala; ni la que la buena voluntad dirige é impulsa puede traer perjuicio.

J. MANJARRÉS.

## ÍCARO.

Extenderse, crecer, tocar las nubes  
y en el profundo abismo hundir la planta.  
(Martínez de la Rosa.)

### I.

Todo era mezquino para Alberto.

Su espíritu estaba como comprimido en la dilatada extensión del hermoso valle que le viera nacer.

Por un extraño fenómeno, el aire de libertad que respiraba se infiltró de modo tal en su alma á la par que en su cuerpo, que muy pronto halló escasa y sofocante la misma atmósfera en que vivía.

Hasta cierto punto existe una razón que justifique esta contradictoria consecuencia: las inteligencias robustas por naturaleza, que gozan desde su desarrollo de cierta elevación, se amoldan luego á lo que las rodea, sin perder por eso su carácter propio, sino mas bien exagerándolo cuando las circunstancias favorecen su inclinación. Aherrojado con los grillos de la ignorancia, no por eso el verdadero talento muere; permanece cuando mas oscurecido y estacionario; en cambio en el que, como en Alberto, influyen de cierto modo las condiciones de localidad, toma rápidamente un vuelo quizá sobrado rápido.

La grandeza en su acepción mas lata era la cualidad en el espíritu de Alberto, y apenas soltó las trabas de la infancia, se desbordó potente buscando en su desenfadada ambición, para respirar á placer, el ruido de los huracanes y no el soplo de la brisa.

Todo en la naturaleza concurría á fomentar los instintos del fogoso mancebo; el nido en que aleteaba aquella águila audaz, era un delicioso valle al que servían de marco y límite las aguas del mar por una parte y por otra una enroscada cordillera. La vegetación mostrábase allí en toda su magnificencia, luciendo sus mas ricos y preciados dones; poblados bosques, límpidos arroyuelos, atronadoras cascadas, verdes praderas, matizados vergeles, encrespadas olas, amenazadores peñascos formaban los distintos bordados de aquella lujosa alfombra, sobre la que reposaba inquieto el soñador espíritu del joven.

Alejado de todo centro de población, el valle á que hacemos referencia parecía un tranquilo oasis en el desierto de la civilización, atreviéndome á llamar desierto á lo mas poblado, porque, como ha dicho un notable escritor, tan aislado se encuentra el hombre en la soledad como perdido entre una gran multitud.

La familia de Alberto era tan distinguida por su nobleza como por su fortuna; así es que el joven se encontró en sus juveniles años muy noble y muy rico.

Hay que agregar á estas, otra circunstancia muy digna de mención; á mas de muy noble y muy rico, se encontró á los 25 años huérfano.

Su padre había ocupado una alta posición en la sociedad, no tan solo merced á las dos circunstancias indicadas, sino tambien á su talento é instrucción nada comunes; sin embargo, se ignora por qué causa, poco antes de nacer su primero y único hijo, llevöse consigo su mujer al valle en cuestión, donde sometió el niño, apenas estuvo en estado de ello, á la educación físico-intelectual que se encargó de darle su amigo el doctor German, en cuyos sábios conocimientos acertadamente confiaba.

El doctor German con un tacto esquisito, procuró desarrollar á la vez y convenientemente la dualidad que constituye el sér humano, procurando que adquiriesen tanta elasticidad los músculos como lucidez las ideas, tanto y tan recto desenvolvimiento la vida orgánica como la vida moral. Sus conocimientos eran profundos y extensos en la mas exacta significación de las frases, y pudo inculcárselos satisfactoriamente á su discípulo, porque el doctor poseía una cualidad mas notable ó difícil que la del saber; saber enseñar.

Alberto hacia rápidos progresos; su inteligencia era terreno tan idóneo, que apenas verida

la semilla, brotaba lozano y pomposo el árbol de la ciencia.

Perfeccionado su talento por la instrucción adquirió un valor notable como lo adquiere el rico metal bajo la hábil mano del cincelador que realza y aumenta extraordinariamente con el arte su valor intrínseco.

Antes de los 19 años perdió Alberto á su padre, mas aunque sentida mucho su muerte como cuestión de cariño, fué mas llevadera por la implícita paternidad que ejercía sobre él el doctor German en razón á los derechos que le concedían su triple carácter de anciano, de bueno y de sabio.

Alberto, pues, se hallaba, como hemos indicado, antes de los 25 años, poseyendo en abundancia, riqueza, libertad, juventud, paz, inteligencia, instrucción y nobleza.

Esto es, casi completos los elementos constitutivos del asiado todo que se llama felicidad.

### II.

Llegó un día en que Alberto sufrió. Su alma habia llegado á su desarrollo máximo y habia adquirido las gigantescas proporciones que hemos apuntado.

Estaba por lo tanto en los momentos decisivos del porvenir de Alberto.

Elevado por sí su espíritu se desenvolvió impetuoso y potente entre aquella bravía naturaleza.

Por eso llegó un día en que el espantable ruido de las tormentas arrulló como una suave melodía su tranquilo sueño, por eso llegó á contemplar con indiferencia cuanto de terrible y bello ostenta la naturaleza en sus mas lujosas manifestaciones.

Entonces fué cuando Alberto sufrió.

No era el hastío lo que se habia apoderado del ánimo ardiente del aprovechado discípulo del doctor German; el hastío suele ordinariamente venir tras el exceso de goces; es siempre una consecuencia, no un antecedente. Devorábase un afán singular que le hacia creer que se ahogaba en la dilatada atmósfera en que vivía; la naturaleza era campo aun estrecho para su ambiciosa mente.

La continua contemplación de sus fenómenos llegó á serle indiferente, porque, á decir verdad, la vida tranquila y vegetativa del campo es mas propia para el descanso de la borrascosa existencia de la sociedad, que para la estancia obligada del que se halla aun vírgen de tales sensaciones.

Alberto tenía, no solo talento, sino riquísima imaginación, fantasía exaltada hasta lo sumo, y tales dotes no suelen sugerir las ideas de paz é igualdad que en vida semejante son las únicas adecuadas.

En el fondo de su alma empezó á mugir sorda la tempestad que amenazaba estallar con violencia suma; en su cerebro se iniciaba la ebullición que debía concluir por rebosar y asomar impetuosa á la parte externa.

Una tarde Alberto dirigíase lentamente al punto tal vez mas pintoresco de aquel terreno, á una eminencia casi totalmente peñascosa, y desde la que los ojos podían recrearse con uno de los mayores placeres ópticos.

Hacia los cuatro puntos cardinales la naturaleza se extendía tan bella como engalanada por las manos de una coqueta de talento.

Bañaba las rocas de su base la blanquísima espuma de las olas, cuyo orgulloso empuje encontraba allí un dique superior á su potencia.

A la parte diametralmente opuesta, y como el tronco del cual á guisa de rama avanzaba esta eminencia, se extendía una larga cadena de montañas, cuyos colosales eslabones cubria y adornaba una vegetación rica y majestuosa.

Por ambos lados se extendía el valle, salpicado de blancas casitas, como una inmensa esmeralda engarzada de perlas.

El sol descendía hacia su ocaso, asomando sus últimos rayos de un fuerte color rojizo por el límite aparente del mar, y bañando el paisaje de esa luz fantástica, que será siempre la privilegiada inspiradora de esos locos sublimes que se llaman artistas, poetas ó enamorados.

Nada comparable á aquel cuadro; el pincel y la pluma serán siempre medios sobrados groseros é imperfectos para materializar y hacer visible tan magnífico espectáculo; hay en él algo que no alcanza la visualidad, pero que percibe el sentimiento y que constituye una cosa impalpable, indefinible, ideal, que en todo idioma no puede traducirse mas que por una palabra; poesía.

La esbelta figura de Alberto, colocada en lo mas alto de aquella especie de promontorio, se destacaba vigorosamente del dorado fondo del horizonte.

El joven parecía abstraído en profundas reflexiones, porque mostraba sañuda la frente y sin fijeza la mirada; su cabeza, orlada por el negro marco de sus ensortijados cabellos, se perdía casi por completo entre sus brazos cruzados.

Al ver la completa inmovilidad de aquella figura que se dibujaba sombría y enérgica, se la hubiera tomado por una estatua de mármol negro.

La mirada de Alberto se definió algun tanto, aunque adquiriendo una expresión muy singular.

Hundíase sus ojos unas veces en el límpido cristal que á sus pies bullía, y alzábanse otras hacia la azulada bóveda que se extendía sobre su cabeza, apareciendo en ellos una expresión que hemos calificado con justicia de muy singular, porque esta expresión era la del desprecio.

¿Qué habia podido conducir al joven á tan absurdo sentimiento?

Su exuberancia intelectual.

La naturaleza habia llegado á parecerle como una amante hermosísima, pero que hastiándole ya, multiplicara en vano sus encantos y en vano se adornara con sus mas lujosas galas para atraerle á su amor.

Hallaba monotonía en aquella riqueza de variaciones.

Lleno de ambicioso orgullo, rico de dotes de gran valía, era ya su poderosa inteligencia como el gas que hinchando los pliegues de un globo aerostático, le comunica terrible potencia ascensional, haciendo que pugne como desesperado por romper las ligaduras que le sujetan al suelo y elevarse con irresistible fuerza á la infinita región de los espacios.

### III.

El hidrógeno amenazaba ya romper sus envolturas, no era posible contener por mas tiempo su impulso.

Alberto lo comprendió así y por su parte no quiso emplear ningún medio que amenguase aquella fuerza cuya tendencia marcada era alzarse sobre lo que en torno habia; mas aun, debemos confesar que ayudó con su voluntad á esta potencia para hacer llegar al último límite la tensión de aquel gas comprimido.

—Maestro, empezó un día con aire resuelto y enérgico presentándose al doctor German, perdonadme si os habio con tan decisivo tono, me alejo.... no me interrumpais, prosiguió al observar un movimiento del doctor, os daré la explicación posible de mi conducta....; me ahogo en este valle, yazgo aherrojado en un calabozo, cuyas muros están formados por el mar que baña nuestras playas y la cordillera que protege nuestras llanuras; necesito otra atmósfera en la que mi inteligencia pueda nutrir abundantemente sus pulmones; por dilatado que sea el espacio en que vegeto, tiene límites siempre; esos límites, ya os lo he dicho, forman mi cárcel. La estera moral, el mundo moral es ilimitado, es infinito, y no lo dudeis, señor, á mí solo puede satisfacerme lo infinito: mi ambición navega aquí como una nave entre escollos, tropezando á cada paso, chocando á cada momento. Marcho á la sociedad, allí podré encontrar lo que aquí no existe, lo que no puede existir, variedad continua é indeterminada; las aguas allí me ofrecerán á mas de escollos, tempestades, lo sé, mas en cambio hallaré mi bajel para suarla la magnífica extensión del Océano.

Sin replicar una sola palabra, asió el maestro de la mano á su discípulo y le introdujo en su gabinete-laboratorio; dejóle allí breves instantes para volver con un lindo gilguerillo á quien dió libertad, desmenuzando antes sobre el recipiente de la máquina neumática algunas migajas de pan.

El pajarillo, familiarizado con la presencia de gentes, revoloteó durante algunos momentos por la estancia y fué, por último, á posarse picoteando las migajas.

Dejó caer el doctor la campana de cristal y el ave quedó aprisionada. Al pronto saltó despavorida, mas recordando sin duda su estancia ordinaria en el igual ó semejante recinto de una jaula, fuese lentamente tranquilizando hasta volver á picotear las migajas. Dió vuelta el doctor al manubrio y la máquina empezó á funcionar. Las alas del prisionero se agitaron con violencia, en desesperado afán chocó contra el cristal de la campana al pretender volar y salir de aquel recinto, cuya atmósfera habia ya perdido las condiciones de vitalidad, y cayó por fin inerme sobre el desmenuzado pan.

—Os engañais maestro, dijo al cabo de unos instantes Alberto que habia presenciado silencio y ceñido esta escena homicida, yo no voy á morir en el vacío.

—Es cierto, repuso el doctor, mas el vacío se formará en torno tuyo.

El joven no replicó, hizo un movimiento que el respeto impidió ser desdenoso, y aquel mismo día dispuso todos sus preparativos de viaje.

Llegó el siguiente, el marcado para partir; Alberto sufrió un invencible insomnio durante aquella noche, porque era harto empeñado y fuerte el combate que en su mente libraba para que pudiese su cuerpo disfrutar del reposo, tan solo dado á los espíritus tranquilos.

Apuntaba apenas el día, un tenue fulgor que por Oriente ascendía, anunciaba, aunque tímidamente, la próxima aparición del sol.

Alberto trepó á la cumbre donde de tan singular manera le hallamos contemplando la naturaleza; fijó sus ojos en la suave luz del matutino crepúsculo y en una inmovilidad, hija de la abstracción sin duda, permaneció esperando.

Pasó algun tiempo; súbito y como del fondo del tranquilo mar y en la línea de su aparente límite surgió un globo de fuego irradiando resplandores tales, que en vano intentaron resistirlos, pesie su tenaz empeño, los rasgados ojos del mancebo.

Los cerró deslumbrado y pasados unos instantes frunció las cejas con expresión de cólera.

Al volver á alzarlos, un objeto negro que cruzó rápido ante su vista, cortó la línea óptica en vano establecida entre el astro y él, cortando á la vez, sin duda, el hilo de sus reflexiones.

El objeto era un ave, un águila que agitaba magistrosamente sus alas á grande altura, sin que alterara su tranquilo curso, ni desviara su dirección el irresistible brillo del astro que se elevaba cada vez mas esplendente y abrasador por el límpido azul del horizonte.

El rostro de nuestro héroe varió; una sonrisa de orgullo animó sus correctas facciones, y al descender del promontorio para abandonar á poco el valle y sus encantos, dirigió á un punto invisible, pero en la dirección geográfica de la capital, una mirada tal como debió ser la del

águila al resistir sin inmutarse los deslumbradores rayos del sol.

## IV.

El esplendor que su nobleza y sus caudales daban á la figura de Alberto, hicieron de su aparición en la capital la de un nuevo astro en su poblado horizonte, y todos los telescopios de la curiosidad dirigieron á él sus objetivos, notándose, cual extraño fenómeno óptico, que en el espejo reflector la imagen acrecía ó decrecía, según las condiciones morales dominantes en el observador; la envidia lo vió demasiado pequeño, la ignorancia demasiado grande.

En corto espacio de tiempo Alberto ocupó un lugar brillante en la sociedad; á lo que su riqueza y su nombre no hubieran alcanzado, hubiera llegado él con su talento. Merced al tacto especial, tan solo concedido á las inteligencias superiores, adquirió, como nacidos en él, todos los conocimientos y estudios sociales del gran mundo, difícil y larga escala en que los primeros escalones suelen ser un lazo de la corbata ó una vuelta de wals y los últimos los más delicados y peligrosos golpes de la diplomacia.

Montó con el gusto más esquisito y suntuoso su casa y sus trenes, relaciónese con la más noble y escogida sociedad, hizo admirar por la bondad de sus caballos con las carreras, por su habilidad como jinete en los paseos; venció en destreza á los más reputados tiradores en la sala de armas, excedió en galantería á los más perfectos elegantes en los salones de baile; al propio tiempo lo esclarecido de su linaje, su profunda instrucción y el recuerdo de los notables servicios de su padre, le colocaron en una distinguida posición cerca del monarca, con lo que llegó al apogeo su reputación; había conquistado de hecho la soberanía del mundo aristocrático.

Su entidad política apareció luego al lado de su entidad social, y al crearse en ella nuevos enemigos aumentó su importancia. Promovió trabadas contiendas, y coronando su elocuencia y su osadía, la obra de su dinero y de su alcurnia, participó bien presto de los altos destinos políticos; creóse popularidad como representante de la patria, logró hacer su personalidad bastante importante para inclinarse con su peso la balanza en los negocios públicos, y ser por fin en la tribuna, en los periódicos y en los partidos lo que había llegado á ser en los salones, en los paseos y en las fiestas.

## V.

Existen en todos los grandes centros de población, en todas las capitales de notoria importancia dos edificios: grande, visible, alegre por lo general el uno; pequeño, escondido, sombrío por lo común el otro; sin embargo, sitios al parecer de tan diversa especie, tienen un punto de contacto, un objeto común: en ambos se arriesga la fortuna al azar, en ambos se expone el porvenir á la suerte; en ambos se juega. El uno, el público, el licito, se denomina *la Bolsa*; el otro, el secreto, el vedado, se apellida *el garito*; en ambos el papel tiene un lugar muy importante; acartonado y en la forma de naipes en *el garito*; adelgazado y en la forma de valores en *la Bolsa*.

En la época de nuestro relato notábase cierta languidez en este último sitio; los acontecimientos políticos, termómetro de los más importantes en este género de negocios, eran la causa, y por lo tanto observóse con cierta admiración el arriesgado atrevimiento con que Alberto expuso sus capitales al aparecer por vez primera su nombre en aquella atmósfera especial, en donde respiran en constante inquietud los ambiciosos de lucro; jamás jugadas tan atrevidas habíanse visto realizadas, y el comercio y la banca observaban con extrañeza que rayaba en admiración tamaña audacia, y no obstante la mas halagadora fortuna coronó sus empresas, y el dios *éxito* vino de nuevo á colmar de dones á su constante adorador; el cuerno de Amaltea vertió su fudo metalizado en las manos de Alberto, y este vió acrecido el caudal de sus riquezas con un aurífero arroyo que aumentó el vigor de su corriente, y como si tal golpe no bastara, la suerte siguió protegiéndole cuantas veces tentó su poderío en el moderno templo, erigido á esta diosa en su manifestación comercial y mercantil.

Aun hubo más: una noche una nueva figura vino á aumentar el cuadro que varias formaban en torno á una mesa en que, sobre el fondo verde de su tapete, se destacaban concentrando la atención naipes y monedas; la banca era muy fuerte, y Alberto, usando de una suerte siempre atrevida y valiente, obligó á que la arriesgara entera el banquero, ó en términos de juego, la *copó*; todos los circunstantes volvieron la cabeza, la escena se representaba en el garito más célebre de la corte, y que era, por tanto, el más terrible sumidero del oro.

El que á tal suerte se exponía era un jugador novel, un rostro desconocido en aquel antro, y la atención se dirigió al hombre cuya importancia duplicaba esta cualidad y lo aventurado de su golpe. Tal vez la fisonomía más imposable en los instantes transcurridos hasta aparecer la carta que había de resolver las dudas, fué la del atrevido mancebo; una exclamación singular que partió de todos los pechos y una emoción violenta que se manifestó mal de su grado en el banquero, indicaron á Alberto que había ganado.

A los pocos momentos la baraja se agitaba en sus manos y un reprimido coro de imprecaciones dejaba comprender el acierto extraordinario con que tallaba; por último, eratal el apoyo de la suerte, que rayaba en insolencia, y podíase creer que había detenido el azar su inquieto vuelo cubriendo con sus alas al venturoso joven. Un perdido-

so que había visto pasar su última moneda al deslumbrador montón que se alzaba delante de Alberto, cegado tal vez por la cólera y llevado de la desconfianza que tales sitios inspiran, osó arrojarle harto explícitamente al rostro el epíteto de fullero: una llamada de furor enrojeció el semblante de nuestro héroe y radiante de indignación, saltó sobre el insolente, que á impulsos de la energía de su contrario, cedió un instante, mas buscando entre su ropa algo que le condujera á una sangrienta victoria; en vano fué; antes de que pudiera armar su mano, los robustos brazos del mancebo lo arrojaron con tal fuerza contra una ventana, que esta cedió al empuje, y el cuerpo del vencido desapareció tras de sus puertas.

Esta manifestación de valor y de fuerza, acalló cuantos rumores pudieran haberse formado, y durante muchos días Alberto siguió ganancioso en el garito como en la Bolsa; la riqueza es el principal elemento de elevación, y la suya, creciendo de un modo fabuloso, hizo aumentar en muchos peldaños la brillante escala de su fortuna.

## VI.

En aquel mismo horizonte en que á guisa de brillante astro había aparecido Alberto, fulguraban dos estrellas, de luz propia la una, de luz reflejada la otra, y que venían á formar un nuevo sistema planetario en cuyas respectivas órbitas giraban multitud de satélites.

Seguendo estos mal de su grado las leyes astronómicas, verificaban continuo su movimiento de traslación en torno á su respectivo planeta, en virtud de la atracción que sobre ellos ejercía; pero no podían en cambio llegar nunca á él y gravitaban inmutables sin que bastaran todos sus esfuerzos á paralizar por la unión aquel movimiento.

La estrella que poseía luz propia era Amelia, la hermosísima hija del duque..., el más noble entre los nobles y en quien la antigüedad y abundancia de cartueles en su blason elevaban á un grado inapreciable los humos aristocráticos; su hija, criada en esta elevada atmósfera, había crecido rica á la par de belleza y de orgullo, y mas que una distinguida señorita de nuestros tiempos, parecía la noble heredera de un infanzon castellano; era como un recuerdo femenino de la dominadora nobleza de los tiempos medios, un retoño anacrónico de una altiva y magistosa rica-hembra. Su magnífica hermosura que supeditaba y enloquecía á la par, multiplicaba el número de sus desesperados galanes, desesperados porque ni el padre encontraba una frente azaz elevada para asentar en sus sienes la corona ducal del marido de su hija, ni esta hallaba un pecho bastante bien templado para depositar en él el inmaculado tesoro de su corazón. En cuanto á su virtud, jamás la castidad y el orgullo se adunaron tan estrecha é indestructiblemente para formarla.

La otra estrella era Coralina, la hechicera bailarina francesa, cuyos menudos pies, cuyos incantantes movimientos y cuya voluptuosa belleza, la conquistaban nutridos y frenéticos aplausos, cada noche que exhibía su encantadora figura en el palco escénico. Cotizaba en la bolsa de su camarín tan altos sus insignificantes favores y llevaba á tal punto al mismo tiempo su ambiciosa resistencia, que se había formado otro largo cortejo de pretendientes desesperanzados, cuyas continuas protestas y amorosas súplicas venían á formar la mas grata melodía para los oídos de su vanidad. La moda, el teatro y el deseo, elementos algo heterogéneos al parecer, se confundían para producir la luz á cuyo reflejo brillaba Coralina.

Habíanse puesto en juego todos los recursos conocidos para vencer la indiferencia de la una y la resistencia de la otra; todo en vano; la órbita obligada de los satélites no había reducido ni un punto la dimensión longitudinal de su radio. Aromatizada la una con el perfume de su virtud, enriquecida la otra con el esplendor de sus hojas, eran como una fragante rosa y una preciosa camelia que absorbían la atención mas profunda de todos los habitantes del florido vergel de la corte; pero aquella bellísima rosa era inaccesible por lo agudo de sus espinas, y aquella maguffica camelia era imposible por lo excesivo de su coste.

Los mas empeñados hubieron de resignarse á aspirar de lejos el aroma de la una y contemplar de cerca los encantos de la otra.

## VII.

Dos acontecimientos de índole bien distinta ocuparon un día la atención universal: unos lindísimos versos insertos en el mejor periódico literario, y dedicados á Amelia y un costosísimo ramillete de oro, esmalte y pedrería arrojado á Coralina desde un palco proscenio. En la poesía, que era una trova amorosa á la usanza antigua, la inteligencia y el sentimiento luchaban admirablemente y el lector vacilaba en adjudicar el premio á la belleza de la forma ó á la belleza del fondo; era una verdadera joya literaria. En el ramillete, figurando una caprichosa agrupación de distintas flores, batallaban también provechosamente el arte y la materia, y también causaba incertidumbre el decidirse por la riqueza del fondo ó el mérito de su forma.

Ninguna firma aparecía al pie de la composición poética ni rostro alguno respondió del soberbio ramillete lanzado á las tablas; ambos obsequios eran anónimos.

No fueron solo los literatos y los joyeros, los poetas y los artifices los que dieron lugar á la extensión que adquirieron estos hechos; toda la sociedad habló de ellos y los juicios, las presunciones, los comentarios se produjeron, variaron y tomaron proporciones fabulosas.

No pudo dejar Amelia de aperebirse de tamaño rumor, y como una mujer, por mas que sea hija del duque..., no suele hallarse exenta de curiosidad, buscó y leyó los versos, y como se hallaba muy lejos, á mas, de ser necia ó ignorante, no pudo eludir la magia de aquellas líneas ni dejar de sentir un especial reconocimiento hacia aquel incógnito autor que de tan delicada manera lisonjeaba su orgullo de dama y de mujer.

En cuanto á Coralina, intentó en balde disipar con sus rasgados ojos las tinieblas del palco en cuestión, y vióse obligada á confesar que no podía realizarse mas fino y espléndido regalo.

Un sentimiento natural, espontáneo, invencible, nació á un tiempo, aproximando así dos almas de tan distinta esencia como las de Amelia y Coralina, el deseo de conocer al respetuoso autor de aquellos obsequios. Vanamente, por medios bastante directos la una, muy indirectos la otra, procuraron satisfacerlo; nadie pudo decirlo, porque nadie lo sabía; el encargado del despacho de billetes había vendido el palco á un criado desconocido, y el director del periódico había recibido por el correo interior la poesía á que dió cabida en sus columnas.

Eran sobrado altiva Amelia y sobrado vanidosa Coralina para insistir mas, y no volvieron á ocuparse ni á pensar al parecer en el asunto; el público también, después de haberlo saboreado, triturado y digerido como acontece siempre con estos manjares arrojados á su perenne voracidad, olvidó al cabo los versos y las flores.

Sin embargo, transcurrido escaso tiempo repitiéronse dos sucesos que aunque pertenecientes á la misma especie que los referidos y provenientes quizá de la misma persona, tuvieron un carácter mas reservado y no llegaron, sobre todo uno de ellos, á adquirir tanta publicidad como los anteriores.

En Coralina, y ello era lógico, una pasión dominaba á todas, la vanidad, y aquellos días la suya habiéndose maltratada algo rudamente: otra bailarina que intentaba competir hacia tiempo con ella, estrenó una noche un traje de tisú tan rico, singular y hermoso, que atrajo la atención general y tomó las proporciones de un acontecimiento entre todo el sexo femenino de *intra* y *extra* bastidores. A pesar de sus hechizos y su popularidad, aquella noche Coralina lució de una manera secundaria y se retiró furiosa, ocultando su cólera, pero ideando en vano una venganza terrible. Lucir un traje igual ó acaso superior, hubiera sido declarar la ofensa y pretender el desquite, y el desquite supone siempre pérdida anterior; los esfuerzos individuales y colectivos de su amorosa falange fueron inútiles, y Coralina, acosada por aquella idea fija, era desgraciada.

El único sentimiento dulce quizá que había logrado brotar en el férreo corazón de la soberbia Amelia, era un cariño tal vez exagerado á las flores; aquel alma, sorda siempre á la voz del sentimiento, parecía resarcirse de su aridez prodigando su ternura á las hermosas y perfumadas hijas de Flora; su pequeño jardín, su estufa, y el mármol de su maguffica chimenea, ostentaban siempre las variedades mas raras, mas costosas y mas bellas. Sin embargo, faltaba á su colección el *Rhododendro del Himalaya*, preciosa planta de agrupadas flores, cuya corola la forman grandes pétalos que, de rojo carmesí en la parte superior, vienen á tomar junto al cáliz una tinta clara moteada de puntos oscuros; planta á la sazón costosísima y de la que solo se conocía un ejemplar perteneciente al jardín real. Harto comprendía la hermosa dama que no era posible adquirirla de allí, y esta primacía, única en su género que se ejercía sobre ella, la inquietaba hasta promover una secreta y progresiva cólera, fenómeno moral no tan extraño como aparece á primera vista, aun en almas de tan enérgica constitución.

## VIII.

Una mañana, si el autor de los nuevos misterios que vamos á consignar, hubiera gozado del inestimable don de la obicuidad, hubiera escuchado dos gritos de alegre sorpresa que casualmente lanzaban á la misma hora desde su lujoso y elegante lecho Coralina en su casa y Amelia en su palacio.

La primera veía resplandecer á sus pies, tapizando el suelo de su precioso retrete, una riquísima alfombra de brocado igual en valor, en colores y en dibujo al vestido que con tanto éxito estrenara su colega y rival en aquella noche aciaga para su amor propio.

Esta galantería, cuyo origen no pudo sustraer al increíble sigilo de sus criados, era de valía como solo una mujer, y mujer cuya existencia moral es la vanidad, podría comprender y apreciar; en aquellos momentos hubiera la hermosa bailarina caído sin vacilar en los brazos del obsequioso incógnito.

Aquel regalo, no solo por su lujo y belleza era de un valor intrínseco notable, sino que colocaba á Coralina en la mas halagadora posición, hundiendo de una manera terrible y completa á su momentánea vencedora; por medio de él nuestra artista pod á hacer ver á todo el mundo que usaba como alfombra la tela que en un vestido había causado la general admiración, y pisoteaba doblemente, y á su sabor, el orgullo de su enemiga y el brocado de su traje.

Coralina manifestó clara y públicamente su deseo de conocer al oculto galán, pero sus manifestaciones no alcanzaron el menor resultado.

En cuanto á Amelia, érale harto justificada aquella explosión de contento que rompía la ordinaria altivez de su carácter; en el suelo y frente á su lecho se alzaban en una triple y caprichosa maceta de porcelana *Sevres*, no tan

solo el costoso y anhelado *Rhododendro*, luciendo majestuosamente sus flores, sino otras dos plantas de hermosísima florescencia, completamente exóticas, y que tan solo los conocimientos en floricultura, nada comunes en Amelia, podían estimar en todo su precio. La una era de flor campanula que pendía graciosamente de su tallo ostentando sus cinco hojas exteriores de un bello color rojo, y sus cinco hojuelas interiores de una tinta mas subida que parecían proteger al cáliz, del que con cierta languidez colgaban sus finos estambres y su largo pistilo, se apellida *Azalea*.

La otra, conocida con el nombre de *Gigante de las batallas*, era una lindísima rosa que á un brillante y encendido color unía el perfume mas esquisito, y cuya primera aclimatación parece que tuvo lugar en Bélgica.

Las megillas de la noble joven adquirieron las rojas tintas de la rosa holandesa, y su rostro aparecía radiante de placer; no era tan solo dueña de aquel precioso arbusto que únicamente cultivara el jardín real, sino que poseía á mas dos ejemplares completamente nuevos, de costosísima y casi imposible adquisición, y que daban á su pequeña colección botánica una importancia superior á la del soberano; tocábale á su vez ser envidiada, y ser envidiada por el mismo monarca. Aquellos lindos vegetales realizaban la mas dulce ilusión del imponderable orgullo de la hermosa Amelia; á presentarse en aquel momento el ingenioso causante de su gozo, es seguro que no hubiera resistido al deseo de darle á besar su mano como la daría á un antiguo paladín ó caballero la adorada señora de sus pensamientos. También por medio de amenazas y de dádivas, intentó saber Amelia de su servidumbre la persona que así penetraba con su inteligencia en su alma y con sus obsequios en su aposento; despidió á los criados que, tal vez con razon, le parecían sospechosos; mas los domésticos abandonaron su morada sin pronunciar una palabra; á estarlo, se hallaban perfectamente sobornados.

La curiosidad había ya tomado un nuevo carácter, que ni sabemos ni nos atrevemos á calificar, porque no conocemos una palabra que la exprese con acierto sin exagerarla ó disminuirla, y por segunda vez este nuevo sentimiento se había hecho común á la dama y á la bailarina; el misterio irritaba el impetuoso orgullo de la una y el tenaz capricho de la otra, y esta idea iba fijándose quizá demasiado en sus cerebros respectivos. Un astro opaco, impenetrable había cruzado la órbita de las dos estrellas.

Brilló por fin el sol, cuya hermosa luz debía disipar todas las nieblas y alumbrar clara y espléndidamente aquella violenta situación, mas fué su fulgor tan intenso que con acción potente é irresistible, iluminando hasta lo mas recóndito del cerrado corazón de Amelia, inoculó su ardiente fuego en el que tan frívolo latiera en Coralina.

Una mañana también, mas no ya sobre el pavimento, sino junto á su cabecera, hallaron cada una un billete; al de Amelia acompañaba una modesta y sencilla rosa blanca, al de Coralina un aro de oro conteniendo todas las llaves que en su casa conducían hasta su dormitorio. El primero estaba concebido en los siguientes precisos términos:

«Amelia: Vuestra inapreciable mano á todos negada, como sabeis, me ha sido concedida por vuestro padre, enorgulleciéndome con semejante honra, mas aun que al excitar vuestra atención con mis versos ó con mis flores; yo, que al parecer he alcanzado cierto lauro á los pies del público por los unos y á vuestros propios ojos por las otras, os envío ahora esa pobre rosa, exacto emblema de mi amor tímido y puro; sabed, no obstante, que sin que os inquiete la autoridad paterna podéis á vuestro arbitrio colocarla sobre el corazón ó deshojarla.

Alberto de....

El contenido de la segunda, no menos conciso, era el siguiente:

«Coralina: Comprenderéis que nada ofrece dificultades á quien ha sabido hacerlos de oro y pedrería las flores que os arrojaban á las tablas y convertir en alfombra de vuestros pies el mas rico traje con que una rival audáz intentó igualaros; sin embargo, deposito en vuestras manos las llaves que tanto poder me concedían, porque la que yo ardentemente deseo es la preciosa y codiciada llave de vuestro albedrío.

Alberto de....

Antes de ocho días Amelia y Coralina amaban á Alberto.

Quien había llevado á tan colosal altura su valer en todas sus manifestaciones, participaba al doctor German su situación en la siguiente lacónica y singular misiva:

«Maestro, ya tengo algo.»

## IX.

Es vano empeño pretender atajar la fuerza de un torrente desbordado; cuantos diques se alceen en su carrera serán juguete de su ímpetu terrible, y sus aguas, destrozando toda valla, extenderán por donde quiera su poderoso manto; pero encauzado al fin, va á morir y perderse en el insondable abismo de los mares.

Alberto, al asegurarlo á su maestro, decía la verdad, á él solo podía satisfacerle lo infinito; había arribado á la cumbre de la elevada y escabrosa montaña de la fortuna, y desde aquella cúspide que ya se perdía entre las nubes, miró sin que un vértigo le cegara; la multitud que bullía á sus plantas y á la que la distancia apenas le permitía distinguir; pero aun ansiaba mas, no le era posible correr é intentó volar, ya no le era suficiente el suelo y se lanzó al espacio, no le bastaban los pies y apeló á las alas.

Veamos el plan de Alberto, examinemos estas alas con que intentaba alzarse sobre todo y sobre todos; la simple concepción de sus gigantes proporciones hubiera aturrido el espíritu más audaz; pero el alma de Alberto era una de esas creaciones terribles y extraordinarias para quienes la epopeya es el romance de la vida común. Hé aquí lo que se proponía: por medio de una vasta conspiración, hábil y enérgicamente tramada, poner su planta en el solío real y ceñir á su altiva sien la corona del poder omnímodo; contando con este resultado jugar á la Bolsa la mitad de su colosal fortuna con un éxito que conocía de antemano, y arriesgar entera la otra mitad al azar de los naipes contra la de un conde ruso célebre por sus riquezas y su afición al juego; lanzar al público un libro sabio y brillantemente escrito, que era á la par un programa y un nuevo sistema de filosofía, y hacer, por último, de Amelia su querida y de Coralina su esclava.

Dadas las dimensiones morales de su ambición, el proyecto era lógico; con él llegaba á la suprema jefatura, con él pronunciaba la última palabra del poder; con él se alzaba sobre todo y sobre todos.

Las materias ígneas y explosivas de aquel tremendo suceso se hallaban, aunque invisibles, preparadas, y la ambición de Alberto estallaría en breve como el inflamado cráter de un volcán, cubriendo y borrando con sus cenizas todas las creaciones del poderío y la riqueza, como borró en los pasados tiempos la ardiente lava del Vesubio las soberbias edificaciones de Pompeya y del Herculano.

El insaciable mancebo tenía admirablemente forjada la cadena de sus propósitos; y un día la sociedad supo estremecida la volcánica ruptura de entre cuyas encendidas llamas debía surgir magnífica y potente la figura de Alberto. Mas tan alta empresa no tocó su término; Alberto fué vencido, las heladas aguas de la adversidad extinguieron las abrasadoras entrañas del cráter.

El mas insignificante eslabón de la cadena se rompió, desmenuzando los demás anillos, y la conjuración fué descubierta; esta noticia, trasladada á la Bolsa, le hizo perder sus fondos; al jugar con el noble moscovita, la fortuna se le declaró enemiga y perdió el resto de su riqueza; el libro era muy bueno, sobrado bueno, y como no pudo ser comprendido, fué relegado primero y anatematizado despues; en Amelia, el amor no excluía la virtud, y aunque había entregado su alma, supo recojerla al defender su cuerpo; en cuanto á Coralina, marchóse con el conde ruso.

Alberto no lo previó, no lo pudo prever todo, y por eso no contó en la política con los traidores, en el juego con la suerte, en la ciencia con los ignorantes y con el temperamento en la mujer; por eso la explosión volcánica que había de elevarle tanto, le arrojó con despiadada violencia, cayendo al negro y horrible abismo que se habría al pié de la montaña en cuya cumbre se juzgara aun poco elevado.

## X.

Era un día de invierno desagradable, desconsolador, sombrío; una capa gris, triste y pesada envolvía el horizonte, y ni siquiera el pavor de la tempestad venía á alterar aquella calma glacial parecida al sopor de la naturaleza, á la suspensión de la vida.

Por tercera vez los bellos contornos de Alberto se elevaban en el promontorio de su valle natal; mas por esta no irradiaba de su semblante la luz del orgullo y la osadía, sino que retrataban su palidez y desencajadas facciones las densas tinieblas de su alma; sin duda había escapado á los estragos de la tormenta por él mismo promovida y con la mas horrible desesperación, marcada en todo su sér posaba sus hundidos ojos en el mar con una fijeza y una expresión espantosas.

A poco avanzó un paso mas é inclinó su cuerpo; pero un ligero ruido que sonó cercano, detuvo su acción; un águila alzaba su vuelo á corta distancia y ascendía batiendo magnuestosamente sus alas en la dirección de su zénit.

Una conmoción eléctrica pareció sacudir todos los miembros del mancebo; con la vista semejaba querer devorar la reina de las aves y su rostro se contrajo bajo la doble influencia de la rabia y la amargura.

El ave ganaba terreno lentamente; de pronto sonó una detonación, lanzó el águila un quejido, vaciló y cayó muerta al fin con la rapidez de una bala.

Una carcajada insensata, horrorosa, que helaba la sangre en las venas, y que jamás podrá explicar la pluma, ni reproducir la voz, se escapó de la garganta de Alberto; su postrera vibración se extinguió de golpe: habíase precipitado de cabeza en el mar.

Al siguiente día algunos aldeanos conducían su cadáver ante el doctor German, y éste, que sabedor de la dramática historia de su discípulo, comprendía por tales antecedentes el suicidio causa de su muerte, se entregaba á un dolor imponderable pero mudo.

Varios de los antiguos compañeros de Alberto en cuya sencilla existencia no cabía el conocimiento de tal tejido de acontecimientos, y que atribuían á un incidente desgraciado, pero casual, el origen de aquella desventura se atrevieron al cabo de un rato á preguntar aflijidos:

—¿Sabéis, señor, por que ha caído Alberto?

Y el doctor, respondiendo mas bien á sus propias reflexiones, murmuró en tono profundo:

—Por volar muy alto.

LUIS ALFONSO.

## ALÍ-BEY EL ABBASSÍ.

(Continuación)

## VI.

Al día siguiente de la llegada del sultan, hallándose Alí-Bey en su casa con una reunión de unas veinte personas, anuncióle un mensaje del sultan. Hizo entrar al enviado, que era el primer astrónomo y astrólogo de la corte, el cual se presentó manifestando el mas profundo respeto, y poniéndole en las manos un magnífico *khaik* de parte del sultan, le dijo, que él, Sidi Ginnan, tenía el honor de haber sido nombrado por S. M. para acompañarle á palacio todos los viernes.

Alí-Bey, despues de besar el *khaik* y ponerlo sobre su cabeza, segun costumbre, le dejó sobre un almohadon y recibió los cumplimientos de todos los circunstantes.

Sirvióse el té, y despues de media hora de conversacion, Sidi Ginnan le pidió si podria hablarle una palabra en particular. Alí-Bey le condujo á otra sala con un escribano ó secretario que había traído consigo.

Luego que se sentaron, comenzó á hacerle diferentes preguntas sobre su edad, patria, nombre y lugar donde había estudiado, pidiéndole despues que le resolviese diferentes problemas astronómicos.

Estaba muy lejos de gustarle á Alí-Bey semejante conversacion porque ignoraba su objeto; así es que dió sus respuestas con alguna severidad, lo cual no impidió que el secretario las trasladase. Alí-Bey resolvió los problemas y añadió las dos predicciones de dos próximos eclipses de sol y luna, cuyas fechas y horas anotó tambien el escribiente. Despues de esto los despedió, haciéndoles un regalo á cada uno.

Sidi Ginnan volvió el viernes por Alí-Bey, y montando este á caballo, pasaron á la mezquita de palacio, donde habiéndole hecho sentar Sidi Ginnan, le dejó solo. Una hora despues apareció el sultan en la tribuna donde rezaba ordinariamente la oracion de los viernes sin ser visto del pueblo. Concluido el rezo, partió sin ni siquiera haberle visto Alí-Bey.

No bien había salido, cuando Sidi Ginnan abrió la puerta de la tribuna, llamó al príncipe abbasida, le hizo entrar, y habiendo cerrado la puerta, le acarició mucho enseñándole el sitio donde acostumbraba el sultan á hacer oracion, asegurándole que todo se lo había contado, que le había participado su anuncio de los eclipses, que el sultan le había respondido que quedaba satisfecho, y que le había dado orden de acompañarle todos los viernes á la mezquita como lo había hecho en aquel día.

Alí-Bey conoció al momento la mala fe de aquel hombre, y le respondió con sequedad:

—Muy bien, pero me es indiferente venir aquí á hacer mi oracion, ó hacerla en cualquiera otra mezquita.

Sidi Ginnan, embarazado, procuraba disimular su intriga.

Condujo al príncipe á la calle por una puerta interior de palacio diciéndole misteriosamente:

—Salimos por aquí, porque como todo el mundo sabe que el sultan te ha llamado, advertirán mas pronto las señales de distincion que te concede.

Pero Alí-Bey, indignado de la felonía de semejante hombre, replicó con acrimonia:

—Tanto se me dá salir por aquí como por otra puerta.

Y montando al instante á caballo, partió con sus criados.

Sidi Ginnan montó igualmente en su mula, y corriendo para alcanzar á Alí-Bey, se puso á su lado, y le preguntó si gustaba dar un paseo, á lo cual el príncipe le contestó que no con aspezeza. Sin decirse mas palabra llegaron á la casa de Alí-Bey, despidiéndose Sidi Ginnan á la puerta.

El príncipe abbasida, conociendo la fuerza de su influencia, como tambien los motivos de la conducta de Sidi Ginnan, creyó indispensable dar un golpe que produjese su efecto en el público. Quiso, como vulgarmente se dice, jugar el todo por el todo, y encumbrarse ó perderse para siempre.

Tomó pues la pluma en el acto y pasó un escrito á Muley Abduslem, demostrándole la injusticia de aquella especie de menosprecio de que acababa de ser víctima, pues él nada había pretendido, y el sultan, por el contrario, no le había enviado á llamar sino para desairarle.

«Por esta razon, concluía, salgo inmediatamente para Argel.»

Bien presumía Alí-Bey al hacer esto. Se había ya formado un verdadero partido, y todos sus amigos, al saber su resolución, se alarmaron y trataron por todos medios de calmarle y detenerle. Tuvo entonces lugar de asegurarse que realmente su afecto había echado hondas raíces entre aquellas gentes.

Al día siguiente, Muley Abduslem, que le quería entrañablemente, le envió un recado suplicándole que pasase á verle. Acudió Alí á su invitacion, y Muley le dijo que había estado en palacio y hablado al sultan de su negocio, que este se hallaba en extremo irritado contra Ginnan, que bien veía era hombre de mal corazon, que el sultan, al dar la orden de conducir á Alí todos los viernes á palacio, no quería decir que le dejaran en la mezquita, sino que le introdujesen en él para verle y hablarle, que esto era lo que debía hacer todos los viernes, y que podría suceder que Ginnan y algunos otros tuviesen que arrepentirse. Acabó diciendo que iba á dar orden para arrestar á aquel miserable.

Al regresar á su casa á participar su triunfo

á sus amigos, celebráronle estos con grandes demostraciones; pero uno de ellos, con semblante bañado por la tristeza, le dijo:

—Temo, príncipe, que tu sobrada bondad le haya hecho cometer una falta.

—¿Cuál? preguntó Alí-Bey.

—La de haber comunicado al traidor Ginnan los días y horas en que han de suceder los efectos de sol y luna.

—¿Por qué?

—Porque no contento con no haber dicho nada de tí y de la obligacion que te tiene en el particular, ha presentado al sultan tu trabajo y se ha hecho pasar por autor de él.

Alí-Bey se sonrió diciendo:

—¡Pobre hombre! Me da lástima.

—¿Por qué?

—Porque ni él ni nadie conoce en Fez los días y horas de los eclipses sino yo.

—¿Cómo! ¿Pues no se lo has dicho todo y él lo ha escrito?

—No; desde un principio conocí al hombre con quien trataba: por ello en cuanto á la parte astronómica no le dije verdad en cosa alguna y de consiguiente los pronósticos que ha dado son falsos.

Al oír esto, todos se abalanzaron á él, le besaban las manos, le abrazaban y le levantaban en brazos proclamándole hombre superior á todos los hombres.

Dos días despues, el sultan envió á llamar á Alí-Bey, y este le encontró en la casita de madera del tercer patio de su palacio. Al instante que entró, le invitó á sentarse en un almohadon á su lado, y entre otras preguntas que le hizo, fué una de ellas si le gustaba aquel país y si el clima le probaba bien. Luego, llamándole hijo suyo y dándole otros títulos honrosos, añadió repetidas veces que era su padre.

Quiso el príncipe abbasida besarle la mano, pero el sultan le presentó la palma como á sus propios hijos. En seguida, quitándose su propio albornoz, se lo puso por su mano, repitiéndole que podía ir á verle siempre que gustase, no fijándole día ni hora porque no trataba de causarle la menor incomodidad.

Hacia ya rato que duraba su conversacion, cuando el sultan viendo que era la hora del rezo, se levantó para pasar á la mezquita, repitiendo á Alí que era su hijo y diciéndole que le acompañase. Todo esto hubo de pasar en presencia de muchas personas, y entre otras, en la del muftí ó principal iman del sultan. Este personaje, tomando al príncipe abbasida por la mano, le condujo á la mezquita que estaba llena de gente, y no le soltó hasta que se hubo sentado.

Alí-Bey, entrando en la mezquita con toda aquella comitiva, y sobre todo revestido del albornoz del sultan sobre el suyo, atrajo sobre él las miradas de toda la asamblea. Salio al concluirse la oracion; todos cuantos podían alcanzarle, le besaban el hombro ó la extremidad de su vestido. Dió limosnas á la puerta de la mezquita, segun costumbre, y la multitud le colmó de bendiciones uniendo su nombre al de Muley Soliman.

En seguida montó á caballo y volvió á su casa enteramente satisfecho, pues la reparacion de su injuria había sido pública y sobre todo ruidosa. Cumplimentóle todo el mundo. Ya no se trató entonces de partir á Argel y continuó visitando al sultan y haciendo la oracion con él en la tribuna.

## VII.

No contaremos todas las aventuras que sucedieron á nuestro héroe. Seria hacer esta relacion interminable. Bastará decir que fué ganando poco á poco el favor del soberano de Marruecos, adquiriendo tal concepto por sus conocimientos astronómicos, por sus curas maravillosas, y lo que era mas para Muley, por su profunda inteligencia de los textos y de la ciencia arcaica del libro de la ley, que formó empeño en conservarle en sus Estados.

Su reputacion de ilustre y de sabio se fué extendiendo por todo el imperio, y como es posible desarraigar del espíritu de aquellas gentes la idea de que el que sabe hacer una observacion ó cálculo astronómico, ha de ser por fuerza astrólogo, saber la historia de cada uno y decirle la buena ventura, todos los días encontraban personas que le rogaban les hiciese descubrir las cosas perdidas ó robadas; otras que hallándose enfermas iban á pedirle les resituyese la salud; y otras, en fin, que no querían de él mas que un *flus* ó moneda pequeña, para conservarla como un don precioso en memoria suya, creyendo que esto había de darle suerte.

A fin de complacer al sultan se entretuvo en hacer un calendario para los cuatro meses que terminaban el año árabe, y lo compuso indicando la correspondencia de las datas con el año solar, los días de la semana, del mes y de la luna, la longitud y declinacion del sol en Fez en punto de medio día, la hora de su salida y puesta en el mismo lugar, la del paso de la luna por el meridiano, la diferencia del tiempo medio al verdadero, las fases y otros puntos lunares y los fenómenos mas notables de otros planetas. Como era precisamente la época en que habían de suceder los dos eclipses de sol y luna, el almanaque se hizo mucho mas interesante por el pronóstico de dichos fenómenos, cuya descripcion hizo completamente, añadiendo las figuras que debían presentar. Al fin puso otros dibujos que presentaban, el uno la grandezza de los planetas con relacion al sol, el otro el sistema solar con todos sus nuevos descubrimientos.

Al presentar este almanaque quedó asombrado el sultan lo mismo que todos los grandes de su corte, y pudieron convencerse de cuan pequeños eran, al lado de Alí-Bey, los que repre-

sentaban en Fez el papel de sabios no sabiendo nada.

Una vez publicados los días y circunstancias de los eclipses, en poco tiempo llegaron á noticia de toda la ciudad. El eclipse de luna fué poco notado del pueblo porque el cielo estaba cubierto de nubes y llovió un poco, pero en cambio el eclipse de sol, que tuvo lugar del modo y en la forma prevista por Alí-Bey, causó un desorden espantoso. El cielo se hallaba perfectamente limpio, era á medio día, y de repente se oscureció el sol casi del todo, quedando apenas descubierto medio dedo del disco. Los habitantes corrían por las calles como locos dando gritos; los terrados estaban llenos de gente y todo el mundo acudia á la casa de Alí-Bey, como un refugio, hallándose tan atestada, que era imposible dar un paso desde la puerta hasta lo mas alto.

Nuestro héroe llegó á tener tal intimidad con el sultan, que este no podía pasarse sin él, y habiendo emprendido un viaje á Marruecos, le invitó á seguirle á dicha ciudad.

En su consecuencia, pues, Alí-Bey dejó Fez y marchó en seguimiento del sultan. El día que salió de la ciudad, era inmensa la muchedumbre que se agolpaba á su paso para despedirle y bendecirle. Todos los personajes de Fez le acompañaron hasta una legua de distancia, siguiéndole una gran muchedumbre. Alí-Bey se marchó dejando en Fez una memoria eterna y un núcleo de partidarios dispuestos á todo por él.

Durante su viaje enriqueció su coleccion de historia natural, pero no como él hubiera querido, y como hubiera podido, segun se desprende de estas líneas que se leen en sus Memorias:

«Mis amigos de Fez, dice, no ignoran mi gusto por las colecciones de historia natural, y saben cuanto atractivo tiene para el alma sensible á las bellezas de la naturaleza, pero los salvajes que me rodeaban no eran capaces de comprenderlo. Yo me hubiera guardado bien de desplegar delante de ellos lo que condenan en los europeos que viajan por su país; es decir, el amor á las investigaciones, el ardor por las ciencias, y el celo por la dilatacion de su dominio con el descubrimiento de nuevos individuos.

Semejante gusto y liberalidad de opinion, son del todo extranjerías á la ociosa gravedad que debe caracterizar á un príncipe de mi santa religion. Este modo de pensar puede causar perjuicios y producir casi siempre fatales consecuencias. Véme, pues, obligado á sacrificar mis inclinaciones á la preocupacion de la gente de mi séquito, y renunciar á las riquezas de un terreno que me brinda con millones de plantas; solo cogí una docena con aire distraído y de indiferencia, de modo que no pudiese alarmar su crasa ignorancia y estupidez.»

El príncipe abbasida viajaba con una numerosa caravana compuesta de sus gentes y de los soldados que les escoltaban. En el camino salieron al encuentro muchos árabes de los aduanas vecinos, ya para cumplimentarle ó para convidarle á que se quedase, ya para pedirle oraciones. Por todas partes fué recibido con las mayores atenciones, en cumplimiento de las órdenes que se habían recibido del sultan; y en Rabat, donde se detuvo dos ó tres días, fué tratado como el sultan mismo, alojándole en la alcazaba y siendo objeto de los mayores consideraciones.

La llegada de Alí-Bey á Marruecos causó la mas viva alegría al sultan lo mismo que á Muley Abduslem y demás amigos que tenía en la corte. Apenas la supo el sultan le envió en prueba de su afecto la provision de leche de su propia mesa, y otro tanto hizo Muley Abduslem.

El emperador guardaba una sorpresa á nuestro héroe. Hallábase un día descansando en su alojamiento, cuando se presentó uno de los ministros del imperio, portador de un *firman*, por el cual el sultan hacia donacion absoluta á Alí-Bey de su casa de recreo, llamada Semelalia, con bienes raíces que consistían en tierras, palmeras, olivares, huertas, etc., y una casa grande en la ciudad, conocida con el nombre de Sidi Benhamed Duqueli.

El castillo y plantaciones de Semelalia habían sido comenzados por el sultan Sidi Mohamet, padre de Muley Soliman, que había fijado allí su residencia. Hizo plantar las mas bellas y mejores especies de árboles frutales, y adornó la posesion con deliciosos jardines. Grande abundancia de agua, que llegaba del Atlas por un conducto magnífico, aumenta el encanto de aquella habitacion, que tenía mas de media legua de terreno, cercado todo de altas murallas; las grandes posesiones y las palmeras se hallaban fuera de la cerca general, y por la parte de dentro, cada jardin de recreo, cada huerto ó plantacion de olivos tenían su cerca particular. Era un sitio régio.

Por lo que toca á la casa de la ciudad, era tambien grande y magnífica. Habíale hecho construir para habitarla Benhamed Duqueli, ministro favorito que gobernó el imperio durante largo tiempo. Parte de ella y el baño eran de una arquitectura regular y bella; pero lo demás, aunque muy capaz, estaba muy lejos de corresponder.

No se limitó á esto la libertad y grandezza del sultan. Alí-Bey había llegado con respecto á él hasta el grado mayor de intimidad que se puede tener con un soberano.

Poco tiempo despues del regalo de la posesion de Semelalia y de la casa Duqueli, el sultan le hizo saber que iba á enviarle dos mujeres de su harem.

Alí-Bey había manifestado varias veces que estaba resuelto á no tomar ninguna mujer sino despues de cumplida su peregrinacion á la casa de Dios, y por lo mismo trató de sostener su pa-

labra, aun á pique de desagradar al sultan. Rehusó, pues, el presente, pero las mujeres ya habian salido del harem imperial, á donde era imposible el volver, y el buen Muley Abduslem se encargó de tenerlas en su casa.

Este temia hablar al emperador de la negativa de Alf-Bey y tambien á este. Toda la corte tenia fijos los ojos en ellos, deseando saber el fin de aquel gran negocio; cada uno cuchicheaba á la oreja de su vecino, pero nadie se atrevió á explicarse abiertamente sobre el particular, y Alf continuaba yendo á la corte como si tal cosa sucediera.

Sin embargo, no pudiendo Muley Abduslem soportar por mas tiempo situación tan embarazosa y para él tan crítica, decidió romper el silencio y fué el primero en hablar de ello á Alf. Este se paró tras de la rigidez de sus principios é invocó el voto que tenia hecho.

Muley Abduslem, que se hallaba entre él y el sultan, manifestaba la mayor agitación. Algunas lágrimas se escaparon de sus ojos cerrados á la luz del dia; y el príncipe abbasida, á quien la situación peligrosa á que por culpa suya se hallaba reducido aquel respetable príncipe, conmovia mas que ningun peligro de cuantos pudieran á él amenazarle, se levantó, y tomándole la mano, le dijo:

—En fin, Muley Abduslem, me consta cuánto me estimas; puedes conocer el fondo de mi corazón y leer hasta mis secretos pensamientos, indícame, pues, la conducta que he de observar, dime qué quieres que haga y lo cumpliré, pero mífralo y reflexiona antes.

Muley tomó la mano de Alf, la puso sobre su corazón, y después de algunos momentos de silencio, dijo casi balbuciente:

—Que lleven las mujeres á tu casa.

Alf-Bey calló.

Las mujeres regaladas por el sultan eran una blanca llamada Fatima-Mohana y una negra llamada Tigmu.

El príncipe abbasida recibió á las mujeres, que llevó aquella noche á su casa la directora del harem de Muley Abduslem, pero se presentaron ante él cubiertas, y dirigiéndose á Fátima, le dijo:

—Te estimo, pero circunstancias particulares me impiden verte y hablarte. Deseo que el velo que te cubre no se aparte jamás para mí; todo cuanto hallarás en tu habitación es tuyo, lo mismo que las joyas guardadas en una caja de la que aquí te doy la llave. Confío que protegerás á Tigmu y pídemelo que te haga falta por conducto de cualquiera de mis sirvientes. Tú y yo, Fátima, no debemos hablarlos mas.

Si quedó asombrada la corte de Marruecos de haber Alf-Bey rechazado las mujeres, no lo quedó menos del recibimiento que tuvieron. Era imposible mantener la cosa secreta á causa de los criados y personas de la casa. Así es que en menos de veinticuatro horas supo toda la ciudad hasta las circunstancias mas pequeñas del suceso.

Y esto que Fátima era un prodigio de hermosura. Un negro la vió un dia al salir del baño, y contó que era un portento de gracia y de belleza. No se daban razon de que así despreciase Alf-Bey el tesoro que en su casa propia tenia.

Nuestro héroe continuó visitando al sultan y á Muley Abduslem como si nada hubiera sucedido, porque entre los musulmanes es regla de cortesía no hablar jamás de las mujeres.

Después de el sultan partir para Mequinez, y deseando hacer agradable á su huésped la morada en el imperio, resolvió que pasase á Suera ó Mogador á una partida de placer, ordenando en consecuencia que los tres bajás de las provincias de Hahha, Scherma y Sus se reuniesen en Mogador con sus tropas para mejor honrarle.

Vamos á dar breve cuenta de esta expedición.

### VIII.

Conforme á las intenciones del sultan, Alf-Bey salió de Marruecos, componiéndose su campo de cinco tiendas: la suya, otra para sus familias, otra para la cocina, otra para los criados, y la última para su guardia, que la formaban un cabo y cuatro soldados negros de la guardia de caballería del sultan.

Llegado á la ciudad de Suera, que en los mapas se conoce con el nombre de Mogador, encontró ya allí á los tres bajás de Hahha, de Scherma y de Sus, que ya le estaban esperando con sus tropas. Diéronle con estas el espectáculo de corridas de caballos y escaramuzas, en las cuales figuraban sus combatientes, jugando las armas, gastando mucha pólvora y metiendo mucho ruido.

Un dia llevaron á Alf-Bey á un castillo del sultan situado en las montañas en medio del bosque, donde se le sirvió una gran comida.

Volvió de la expedición rodeado de soldados de caballería y otra gente que se entregaba por el camino á carreras y escaramuzas para demostrar su regocijo.

Concluidas las diversiones con que se obscurió al príncipe abbasida, de las que tambien participó el pueblo de Mogador, regresó á Marruecos con una escolta de quince caballos, mandada por un oficial. Entonces fué cuando Alf-Bey comenzó á servirse del quitasol privilegiado reservado al sultan, á sus hijos y hermanos, y prohibido á todos los demás.

Nuestro héroe se volvió por el mismo camino por donde habia ido al Mogador, y como siempre le precedía su nombre y reputación, todos los habitantes de los aduares inmediatos al camino salian en ceremonia á recibirle. Los primeros eran los soldados de caballería colocados en hilera, que le pagaban el saludo con una reverencia y al grito simultáneo de *Allah iebark ómor Sidina* (Dios bendiga la vida de Nuestro

Señor). Venían luego los viejos y los muchachos y le saludaban presentándole un jarro de leche.

Todos le instaban para que se quedase en su país. Las mujeres, detrás de las tiendas ó las rocas, hacían resonar los ecos con sus gritos agudos de aplauso. Como á cada instante se repetían dichos saludos, porque los habitantes acudían de largas distancias, no hay necesidad de decir que le era imposible á Alf-Bey acceder á todas las invitaciones. Pedíanle entonces una oración, levantaban todos las manos; él la rezaba, y ellos manifestaban su reconocimiento corriendo los caballos y disparando sus escopetas.

Al llegar al paraje donde debía pasar la noche, después de las mismas ceremonias y estando ya acampado, todos los notables de la tribu ó aduar acudían segunda vez, precedidos del scheik y de los principales, que de dos en dos llevaban un grueso carnero por los cuernos y se lo presentaban, mientras otros le hacían presentes de alcuzcuz, cebada, gallinas, frutas, etcétera, entregándole á su mayordomo.

Así fué, obsequiado y festejado por todos, como Alf-Bey volvió á Marruecos.

### IX.

Ha llegado ya el caso de decir algo de la misión particular que condujo al interior del Africa á nuestro intrépido paisano.

Badía, que con el nombre de Alf-Bey nos ha dejado unas Memorias muy curiosas acerca de sus viajes científicos, no dice una palabra del asunto político. Debemos, pues, atenemos á lo que cuenta el príncipe de la Paz y á lo que dicen M. Bausset y el Sr. Mesoneros Romanos que de ello han hablado.

Ya hemos visto cómo nuestro Badía ó Alf-Bey supo conquistar las simpatías del sultan. Llegó á ser tal el ascendiente que tomó sobre éste, que no solo le trataba como amigo y hermano, no solo le consultaba en todas ocasiones y en los negocios mas árduos, no solo, como ya sabemos, le colmaba de regalos verdaderamente rícos, llegando hasta á enviarle mujeres de su harem imperial, sino que descansaba absolutamente en él todo el peso de la corona.

Al propio tiempo, el pueblo y los magnates del imperio—que odiaban en general al despótico y estúpido Muley Soliman—favorecían con sus simpatías y con su obediencia casi idolátrica al príncipe Alf-Bey, hasta el extremo de llegar á formarse un partido poderoso para exaltarle al trono y deshacerse del aborrecido Muley.

Por poco que Badía hubiese querido, sus partidarios le hubieran hecho emperador de Marruecos.

Por otro lado, alzábse en el interior del imperio otra formidable facción, siempre en contra del sultan reinante, y á favor de Heschan, hijo de Achmet, y uno de los príncipes de sangre imperial; nuestro intrépido Alf-Bey se hallaba en la situación mas crítica y comprometida en presencia de ambas banderías, y representando además la suya propia, y todo ello teniendo que contar reservadamente con el Gobierno español.

Su perspicacia y talento superiores le sacaron siempre de apuros.

Ante todas cosas, y según el primer propósito de su viaje convenido entre él y Godoy, exploró la voluntad del sultan reinante sobre la realización de la alianza con España y la extensión de sus relaciones mercantiles; pero ni todo el favor ni el gran ascendiente que Badía se habia ganado sobre el crédulo y devoto emperador, alcanzaron á persuadirle que buscarse nuestra amistad. El austero fanatismo de Muley le hacia mirar como grave pecado toda especie de liga con infieles. Su ojeriza era todavía mas fuerte por lo tocante á los españoles, pues los antiguos odios nacionales se juntaban al sentimiento religioso.

La intención decidida de Muley, luego que hubiese logrado sosegar ó rechazar á los rebeldes que agitaban sus provincias del Atlas, era hacer la guerra á España, soltar, como él decía, sus perros contra ella en los dos mares, y dejar libertad á sus vasallos para atacar nuestros presidios.

[Singular y peregrina situación la de Badía! —Lejos de buscar amigos y socorros en España—le decía el emperador—nada llenaría mi alma de contento como ver cumplida en nuestros dias la divina promesa que á este imperio le está hecha de recobrar la España, aunque otro fuese el elegido para tan santa obra, y mas que para esto fuese necesario cederle mi corona. Discurre mas bien medios de apresurar los tiempos buscando amigos y aliados en nuestras viejas razas; ponte tú á su cabeza, haz revivir la gloria de nuestros mayores, tú, que al pasar por aquellas tierras, has debido sentir hervir tu sangre é inflamarse tu corazón al ver los monumentos y vestigios que allí quedan de su esplendor antiguo. Los que, tan mal aconsejados de nuestra propia estirpe, quieren dividir mis reinos, encontrarían mejor empleo en hacer la guerra á los cristianos. Tu voz podría atraerlos y acabar esta guerra impía que me hacea, mejor por tus consejos que por conciertos y alianzas con príncipes infieles. Llama al Africa y al Asia para la grande empresa cuyo fundamento es este imperio, y que los hermosos reinos de Granada, Sevilla y Córdoba, vuelvan á ser nuestros.

Tal concepto tenia Muley de los talentos de su huésped y á tal punto poseía este su perfecta confianza.

Dueño así de extender sus relaciones y de entenderse y concertarse con quien le conviniera, se avisó con Heschan el pretendiente, y sin manifestar quién era, siempre sosteniendo su papel de príncipe abbasida y diciéndole que

habia viajado por España para cumplir un voto, le propuso su intervención con el Gobierno español, para buscarle ayuda y coronarlo. En cuanto á condiciones, dejando á Heschan que se explicase él mismo, llegó este á prometerle por ceñirse la corona de Marruecos, la cesion de Fez entera. España debía, pues, adquirir por medio de este tratado, Tetuan, Tánger, Larache, los dos Salé, nuevo y viejo, y todo el rico territorio de aquel reino, el mas civilizado del imperio.

Según las observaciones de Badía, las fuerzas de Muley, si habia de hacer frente á los españoles, consistían solo en diez mil hombres, los mas de ellos esclavos; y aunque en caso de guerra todos los moros son soldados, no habia temor de que se alzaran por un hombre que estaba aborrecido, mucho mas no siendo nuestra entrada sino en clase de aliados y á favor de otro schérif que gozaba de un gran crédito. Toda la parte litoral oprimida y vejada por Muley en los negocios de comercio, lejos de acudirle, hubiera peleado en contra suya. Nuestro dominio mismo, según Badía manifestó á Godoy, en vez de disgustar á aquellos moros industriales, les debía ser grato y preferible, respetada su religion, introduciéndose nuestras leyes en materia de propiedad que allí no tenia nadie, y toda entera libertad á su comercio. Aun parece que habia algunos de aquellos pueblos que referían por tradición haber sido mas felices cuando se hallaron gobernados por portugueses ó españoles.

El príncipe de la Paz, al recibir las noticias y observaciones de Badía, pesó todas las circunstancias de la empresa, y según parece, quiso asegurarse de la corteza de aquellas cosas. A este fin, cuando fué tiempo, puso en el secreto de aquella tentativa á un hombre tan leal y activo como sagaz y cuerdo, que era el cónsul del Mogador D. Antonio Rodriguez Sanchez. Ofrecióle á este tanta parte en la fortuna y en la gloria que podrian traer aquellos sucesos para España, como de vituperio si se empeñase un lance desastroso.

Rodriguez afirmó á Godoy que las operaciones de Badía eran ciertas y seguras, que todo estaba calculado con buen pulso, y que vistas las circunstancias del país, el carácter de las personas que mediaban, y las disposiciones de los ánimos, el buen éxito de la empresa parecia indudable, cuanto en operaciones de esta clase se podia juzgar con menos riesgo de engañarse.

Añadia además de esto que no seria imposible que el imperio de Marruecos quedase todo por España, si se diese anchura á Badía para aprovechar cualquier evento favorable á este designio, por mas raro y singular que pareciese el modo de cumplirlo, porque existia un partido que querria darle la corona, medio cierto por el cual, dueño que llegase á ser de aquel imperio, lo podia añadir á la corona de Castilla haciéndole ocupar por las tropas españolas, y estableciéndose despues un virey moro á la manera de los príncipes mediatos del imperio anglo-indio.

Todavía, despues de esto, para mas asegurarse, hizo Godoy partir á los mismos lugares para que se informase por sí propio, al coronel D. Francisco Amorós, oficial que era entonces de la secretaría de Estado y del despacho de la Guerra, su agente único desde un principio en el asunto de Marruecos, y á quien tenia encargada la correspondencia con Badía y Rodriguez. Vuelto Amorós, no tan solo confirmó al príncipe de la Paz la verdad de los hechos, y la exactitud de los informes recibidos, sino que además le demostró la urgencia de poner mano á aquella obra, sin dejar que se entibiasen ó que pudieran desmayar en su propósito los que estaban ya dispuestos para dar el gran golpe en cuanto fuesen recibidos los auxilios.

Entonces fué cuando el príncipe de la Paz escribió al marqués de la Solana la siguiente carta, que se ha conservado, gracias al citado M. Bausset:

«Aranjuez 17 de Junio de 1804.

«En mi última carta dije á V. E. que bien pronto le daría á conocer todo lo que convenia preparar para el feliz éxito de la empresa de Africa y para asegurar el resultado con la precisión y exactitud mas rigurosas.

«Las noticias que recibo de nuestro viajero (Badía) exigen que prontamente nos pongamos en disposicion de enviarla secretamente todos los socorros que juzga él necesarios para llenar felizmente la mision de que está encargado. Es preciso que al primer aviso que dé, se halle todo dispuesto para ser desembarcado en la costa de Africa y en el punto que él mismo designe.

«Antes que esta expedición parta para su destino, creo útil y conveniente dar á V. E. una idea exacta de las circunstancias en las cuales vamos á entrar y generalmente de todos los esfuerzos que son precisos hacer para triunfar.

«Muley Soliman, actual emperador de Marruecos, es un hombre tan estúpido y tan supersticioso, que es preciso asombrarse de que se halle aun en el trono en vista de lo que le aborrecen sus súbditos, los cuales esperan con impaciencia el momento de verse libres de él. Tan cobarde como cruel, manchado con todos los vicios, no tiene ninguna de esas nobles cualidades que se notan en nuestro jóven viajero. Muley Soliman se parece al indolente monarca de Méjico, mientras que nuestro jóven Español tiene toda la energía y el valor de Cortés. Aprecia él mismo tan bien su posicion y la de Soliman, que me envia á decir que tiene entre sus manos á otro Molezuma.

«Los hijos se parecen al padre, y ninguno de ellos tiene las cualidades necesarias para reinar á satisfacción de los habitantes de Marruecos.

El mayor está proscrito y desterrado; el segundo es un despreciado y detestado por toda la nacion, aun cuando sea el objeto de las preferencias de su padre; los otros son aborrecidos ó están desterrados. El único competidor de un poco de importancia y que ha anunciado pretensiones á la corona, es el pachá del Mogador, Muley Abdelmeleck. Algunas circunstancias felices para él parecían favorecer su ambicion y ser contradictorias á mis proyectos. De desear hubiera sido que el Gobierno del Mogador, que cuenta grandes establecimientos marítimos, se hubiese encontrado entre las manos de un hombre bueno recomendable y de pretensiones menos elevadas: sin embargo, nuestro nuevo Cortés no parece temerle.

«Ahora que V. E. conoce la situación de toda esa familia, debe ver que todo concurre á favorecer nuestro plan, y le parecerá, como á mí, natural y en el orden de las cosas que el ingenio, la habilidad, la inteligencia y el carácter de nuestro viajero le hayan adquirido tal ascendiente sobre esas almas vulgares, y una tal preponderancia, que no fuera extraño llegase á obrar una gran revolución, hasta sin el socorro de un aparato de fuerza militar, sin choque y sin estrépito. De todos modos, él estará pronto á rechazar la fuerza con la fuerza si las circunstancias lo exigen.

«En cuanto á los ministros y á los primeros personajes del Estado, es inútil hablar de ellos. Es una clase llena de ambicion, de ignorancia, de avaricia, de baja y de cobardía.

«El vice-cónsul del rey en Mogador D. Antonio Rodriguez Sanchez ha recibido la orden de favorecer con todo su poder las excursiones científicas de nuestro jóven sabio, y se le ha dado á entender que seria posible que esas excursiones cambiasen de objeto; se le ha prometido recompensarle hidalgamente si contribuye á hacer salir airoso en sus proyectos al viajero. Este vice-cónsul es jóven, activo, disimulado y discreto, de una figura agradable, y no está casado. Los moros y los indígenas le aman mucho, y no podiamos encontrar un hombre de un carácter mas apropiado y mas conveniente para la ejecucion de las órdenes de que debe encargarsele.

«El cónsul de S. M., D. N. Salomon, ha dirigido muy bien la introduccion del viajero así como su correspondencia, ha sabido allanar igualmente todos los embarazos de ese primer momento, y ha dado prueba de inteligencia y cordura. Podria sin embargo no ser el mismo si llegaba á saber que las operaciones científicas podian convertirse en militares. Hay muchas mujeres en su casa, está dominado por ellas, su comercio habitual ha debilitado singularmente su carácter, y seria poco á propósito para secundarnos. Este cónsul por lo demás tiene grandes relaciones con todos los negociantes del imperio de Marruecos, y si llegaba á tener el mas temer de ver su fortuna comprometida, no hay ninguna dada que empezaria por esconder sus capitales y salvar lo que pudiese, cosa que necesariamente daría la alarma á los moros y á los otros cónsules extranjeros.

«Bastaria esto para echar por tierra todo nuestro plan: la máxima mas verdadera en política es la de que no es preciso conceder á cualquiera mas confianza de la que pueda merecer. Por esto se ha guardado reserva con ese cónsul. Proseguiremos obrando así con él hasta el momento en que circunstancias imprevistas exigieran que fuese puesto en el secreto por tenerse necesidad de sus servicios.

«De todas maneras, será prudente asegurar la retirada y no abandonar á los españoles que pudieran encontrarse en Marruecos ó en Tánger, en el caso de que V. E. recibiese aviso antes que yo de un peligro inminente. A este fin será preciso que V. E. prepare secretamente las embarcaciones necesarias y tenga dispuestas en la bahía de Tánger buques de Algeciras, de San Lúcar y de Cádiz, como asimismo algunos de esos faluchos que se emplean para el comercio de Tánger y de Gibraltar.

«Despues de haber dado á conocer el carácter de las personas que deben aparecer en esa gran escena, es preciso que dé á V. E. una idea de algunos otros puntos que son bastante importantes.

«V. E. participará de la opinion del viajero respecto á que la guarnicion de Ceuta debe ser progresivamente aumentada, de manera que reuna una fuerza disponible de nueve á diez mil hombres, los cuales podrian acampar bajo los muros de la ciudad, cuando fuese llegado el momento de obrar, con el pretexto de ejercitarles y hacerles maniobrar en sus líneas solamente. Esta demostracion bastaría por sí sola para atraer sobre aquel punto la atencion de los moros. Estas tropas no deberian obrar hostilmente sino cuando su jefe hubiese recibido el aviso de Alf-Bey. No le faltarán á V. E. buenas razones para disfrazar y explicar ese grande aumento de tropas en Ceuta. Puede entre otras cosas decirse que han sido enviadas allí para contener el gran número de presidiarios que abundan en aquella poblacion.

«Tambien podria decir V. E., para impedir las observaciones de las potencias extranjeras, de los habitantes de Marruecos, y hasta de los españoles, que las turbaciones interiores que existen en el imperio vecino habian hecho coacibir temores á V. E. por la fuerza de Ceuta, una de las mas importantes de su mando, y que se ha reforzado su guarnicion para preservarla de todo golpe de mano y ponerla en estado de sostener un sitio.

«Vamos ahora á las demandas de Alf-Bey.

1.º Veinte y cuatro artilleros y dos oficiales.

2.º Tres ingenieros y dos zapadores.

3.ª »Algunos físicos con sus instrumentos y una farmacia de campaña.

4.ª »Algunas piezas de campaña de diferentes calibres con todo lo necesario.

5.ª »Dos mil fusiles y municiones.

6.ª »Cuatro mil bayonetas.

7.ª »Mil pares de pistolas.

Los cuatro últimos artículos son los que mas precisan. Es preciso prepararlos lo mas pronto y secretamente que sea posible. A este fin, tomará V. E. de los arsenales de Cádiz ó de los almacenes de la marina el número pedido de fusiles, bayonetas ó pistolas, sea de nuestras fabricas, sea de las extranjeras. Será preciso escoger lo mejor que haya para que la humedad no los altere en el caso en que sea preciso enterarlos en alguna playa luego de su desembarco.

En cuanto á los proyectiles y los cañones, cuyo número no está determinado lo mismo que su calibre, lo dejo enteramente al cuidado de V. E. ya sea por lo tocante á su transporte, ya por lo tocante á las precauciones que deben tomarse para disimularlos y hacerles tomar la apariencia de armamentos de comercio. Las órdenes que envío al comandante de la isla de León, de las cuales mando copia adjunta, facilitarán á V. E. los medios y le pondrán en estado de efectuar con reserva, y en el momento favorable, el transporte de todo este material.

Por lo que toca á los oficiales, ingenieros, zapadores y artilleros que se piden, no creo que sean necesarios muchos. Oficiales de esta clase no cambian fácilmente de sitio sin inspirar sospechas, siendo en gran número. La naturaleza de sus servicios exige por lo demás que sean iniciados algun tanto en el secreto de los trabajos que se les impone, y un secreto es tanto menos guardado cuanto mas se reparte. Ya tendremos tiempo de pensar en esto lo propio que en los físicos.

Fijémosnos solo en la actualidad en establecer una correspondencia segura y seguida con Mogador y en asegurar, para un caso desgraciado, la retirada del vice-cónsul y de los demás españoles. Para esto nos basta un solo buque, y no se podría enviar una flota porque se oponen á ello multitud de razones. Ha hecho V. E. muy bien en haber entregado sus últimos despachos á un piloto de confianza encargándole que no los dejara mas que en manos de la persona á quien van dirigidos. La marina real tiene en el departamento de V. E. dos pequeños buques que podrían ser utilizados para la correspondencia, pero como su armamento es militar, lo propio que el de los otros buques de la armada, es preciso valerse de ellos con prudencia y no emplearlos mas que en el último extremo y en el caso en que los buques encargados de los despachos tardasen de demasiado en venir ó bien en el caso en que hubiesen de llevar objetos solicitados con toda premura por el viajero. Será preciso darle parte de todas estas disposiciones para su gobierno particular.

Renuevo á V. E. las seguridades que ya le tengo dadas de toda mi confianza para con su persona, y de la satisfacción que experimento viéndole en tan buenas disposiciones para el éxito de nuestra empresa.

Envié á V. E. copia de un aviso que el viajero me ha hecho pasar hace algun tiempo, á fin de que V. E. pueda valerse en el caso de ser necesario.

#### «El príncipe de la Paz.»

Este interesante documento, que hemos traducido de las Memorias de M. Bausset, nos pone en el caso de poder apreciar la situación en que se hallaba nuestro viajero, como le llama el príncipe de la Paz, y del estado en que se encontraban los trabajos. Lástima que no poseamos mas noticias que las que nos puede proporcionar este documento y algunas otras pocas comunicaciones de escasa importancia que mediaron entre el mismo príncipe de la Paz y el marqués de la Solana. La correspondencia de Badia con el príncipe de la Paz se perdió desgraciadamente, y aun los documentos citados se han conservado, porque M. Bausset, que pudo recoger copia, los tradujo al francés insertándolos en sus Memorias.

Todo estaba, pues, dispuesto. Alf-Bey, que se había entendido con los jefes de los bandos, y que cada día gozaba de mas favor y crédito en la corte de Marruecos, se hallaba pronto á obrar.

En aquel entonces un acontecimiento inesperado vino de pronto á echar por tierra tan temerario y gigantesco designio.

Dejemos que lo cuente quien solo podía contarle, el mismo príncipe de la Paz.

Hé aquí una página de sus Memorias referente á este asunto:

«Ninguna de estas cosas, dice hablando de los preparativos, se había hecho ni se hacia sin las órdenes del rey. Cuando envié mis instrucciones por extenso al marqués de la Solana, me pareció debido mostrárselas primero á Carlos IV; pero S. M. me dijo que podía enviarlas, y que despues, cuando se hallase mas despacio, tendría contento en verlas, juntamente con un resumen bien circunstanciado que tenia pedido de la correspondencia de Badia. El resumen estaba ya extendido, y justamente aquella misma noche me mandó se lo leyese. Entre las cartas de Badia se encontraba el anuncio de la donación de Semelalia y demás gracias y favores que el emperador marroquí le había hecho, junto con el diseño de aquella posesion y un traslado del firman que la pasaba á su dominio.

Y hé aquí cuando llegué á esta parte del resumen y desdoblé el diseño, noté en S. M. una señal como de horror, tras la cual, despues de

haber leído por sí mismo aquel diploma, me dijo estas palabras:

«No, en mis dias no será esto. Yo he aprobado la guerra porque es justa y provechosa á mis vasallos. He aprobado tambien que antes de hacerse vaya un explorador, porque esto se acostumbra y es forzoso algunas veces para emprenderla con acierto; pero jamás consentiré que la hospitalidad se vuelva en daño y perdida del mundo seria yo responsable de tal hecho, siendo un agente mio quien habria obrado de esta suerte. La culpa es de Badia, que debió quedarse libre y no aceptar estos favores... A Badia que se vaya y que prosiga sus viajes; otro hombre de mas juicio y de mas peso se podrá encargar de semejante negocio.

Tal era Carlos IV, en cuyas relaciones diplomáticas no habrá sobre la tierra príncipe ni Gobierno que le pueda echar en rostro ni una sombra de doblez ó dolo.

«Pero, señor, le dije al rey; tiene que costar mas deshacer lo que está hecho, que llevarlo adelante. Hay además personas, y algunas de estas españolas, que podrán pagar con su cabeza si se vuelve un paso atrás de lo que está ya andado.

«Si los comprometidos, dijo el rey, son vasallos míos, escribirles que se vengan al instante. Si son moros, no es cuenta mia; pero se podrá avisarles.

«¿Quién de ellos, insté aun, volveria á fiarse de nosotros, ni querria concertarse con otro que Badia? Nadie podria tener sus relaciones; de él se fia porque lo creen un moro y un gran príncipe. El tiene en su favor los mismos jefes de la guardia; muchos gobernadores y bajas... nadie podria suplirle.

«Y bien, repuso el rey, dejemos esos medios y empréndase la guerra por sus caminos naturales, si Muley no se aviene con nosotros.

«En vano fué representar á Carlos IV las ventajas incalculables que podrian traernos aquellas posesiones, arbitrios y los recursos permanentes que adquiririan en la region del Africa nuestras industrias y comercios, las aclimataciones ricas que allí podrian hacerse en abundancia de los mas preciosos frutos de los trópicos, el suplemento que esto haria á las riquezas de la América, suplemento tan necesario, ya fuese que las guerras interrumpiesen los negocios en aquellos países lejanos, ó ya que estos se alzasen algun dia y adquiriesen su independencia como la América del Norte; el dominio que nos darian aquellos puertos sobre las bocas del Estrecho, frente por frente de los nuestros y á tan corta distancia; la importancia que tomara nuestra amistad con las demás naciones comerciantes teniendo aquel dominio, el respeto que por tal modo podria imponerse á la Inglaterra, el aliento y espíritu de gloria que cobraría la España, conquistada aquellas tierras deliciosas contra sus enemigos naturales que lo fueron tantos siglos, el aumento de fuerzas que se podria añadir á nuestro ejército con escuadrones berberiscos, la necesidad de agrandarnos y de buscar nuestros equilibrios con la Francia por cuantos medios fuesen dables; tantas y tantas cosas como estas que yo dije y me inspiraba con vehemencia mi deseo de ver cumplida aquella empresa.

«Todo es verdad, respondió el rey, todo cuanto tú quieres y me dices, lo quisiera yo igualmente, mas mi conciencia no se aviene ni podria avenirse con los medios, *Non sunt facienda mala ut inde veniant bona.*

«Gran principio, verdaderísimo, me atreví yo á decir por último argumento, si lo observasen todos; pero en política dañoso, si es uno solo el que lo observa.

«Obrando rectamente, Dios estará conmigo, dijo el rey.

«Pero el correo ha partido con la instrucción, dije yo todavía. V. M. lo había mandado.

«Yo lo desmando ahora, dijo el rey; despáchese un alcance.

«Aquella noche entera fué pasada en vela para deshacer cuanto había hecho y deshacerlo para siempre.»

No debe haber desagradado á nuestros lectores que hayamos trasladado la narración del príncipe de la Paz. Es el único documento oficial que nos queda para saber el verdadero móvil que dió lugar á que se destruyera el edificio con tanta habilidad como peligro levantado por nuestro paisano Badia.

Grande fué el compromiso de este que se hallaba ya á la mitad del camino peligroso donde se había adelantado algo imprudentemente quizá, pero su admirable sagacidad, su presencia de espíritu, y los grandes recursos de su ingenio hallaron medios de sacarle de aquel apuro. Contentó á los jurados con esperanzas y promesas y les fué manteniendo con buenas razones, hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese, y abandonó la corte marroquí bajo el pretexto de su peregrinación á la Meca, conforme los preceptos del Alcorán.

Le seguiremos tambien en este viaje tan inmenso como interesante al través de las regiones berberiscas, la Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia y la Turquía, y veremos como Badia supo desplegar en mil ocasiones, las mas interesantes y peligrosas, la serenidad de su ánimo, su valor indomable, y la prodigiosa multitud y profundidad de sus conocimientos.

La historia de Badia parece una novela, y sin embargo nada mas cierto.

«Recibido con entusiasmo y veneración por los pueblos mas civilizados del Asia y Africa, por las tribus errantes de los desiertos, por los bajás soberanos de Trípoli, de Acre, del Cairo y de la Meca; consultado por los doctores de las

diversas sectas del islamismo, reverenciado como un sér casi sobrenatural á causa de su carácter enérgico y sublime, de sus predicciones astronómicas, de sus curas asombrosas, y del magnífico tren oriental de su comitiva, abrieronse á su insaciable investigación los lugares mas sagrados, aquellos en que ningun cristiano ha podido penetrar jamás; pudo presenciar y tomar parte principal en todas las ceremonias mas recónditas del islamismo; y recorrer, en fin, el velo espeso que hasta entonces había tenido encubierta la fisonomía y costumbres de la moderna sociedad musulmana (1).»

Esto con respecto á Badia, á quien, segun hemos dicho, vamos á seguir en su interesantísimo viaje, que perdió ya todo su carácter político.

Por lo que toca á Muley Soliman, nos adelantaremos á decir que al fin, años despues, dividido en bandos su imperio, se vió obligado á desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderraman, sobrino suyo, sin que ninguno de sus hijos pudiera haberla.

En cuanto á Sidi Heshan, fundó un Estado independiente con las conquistas que había hecho sobre Sus y otras provincias inmediatas.

La ocacion malograda era segura.

Ni Badia ni Godoy se habían engañado.

#### X.

Destruído el objeto político, sabedor de que no podía contar con el Gobierno español, abandonado en mitad del camino por quien á emprenderle le había comprometido, Badia ó Alf-Bey, se vió, segun ya hemos dicho, en una amarga y apuradísima situación.

No tuvo mas recursos que contentar con esperanzas á unos, con promesas á otros, y gracias á su prudencia y habilidad, pudo conseguir que ninguno le vendiera.

Entonces, como que lo que mas importaba para él era salir de Marruecos, anunció que iba á partir para su anunciada peregrinación á la Meca, viaje que hizo pasar quizá como un pretexto á los ojos de sus partidarios para que guardaran el secreto de la conspiración.

Al anunciar su marcha, tuvo sobre el particular algunas disensiones con el sultan y Muley Abduslem, quienes se empeñaban en disuadirle de tan pesado viaje. Bien lejos estaban ellos de sospechar el motivo de tan repentina marcha.

Muley Abduslem le decia para disuadirle que tampoco el sultan había hecho aquella peregrinación, que la religión no exigía se realizase personalmente, que podria pagar el viaje á un peregrino, y de este modo tendria igual mérito á los ojos de la Divinidad. El sultan, particularmente, que deseaba de todas veras retenerle consigo, se presentó un dia en su casa acompañado de su hermano Muley Abduslem, de su primo Muley Abdelmeleek y de toda su corte, favor insigne que jamás había concedido á nadie. Entró á las nueve de la mañana y no se retiró hasta las cinco de la tarde, segun cuenta el mismo Alf-Bey, el cual le hizo servir una comida á su llegada y otra cuando salió.

El sultan, que queria darle pruebas de su afecto é ilimitada confianza, comió en ambos banquetes, tomó café, té y limonada diferentes veces, escribió y rubricó las órdenes del dia sobre el propio escritorio de Badia, tratóle como á un hermano querido, y, finalmente, al salir, seis de sus criados le presentaron en su nombre dos soberbios tapices.

Apenas acompañaron al sultan á su palacio, casi todos los oficiales volvieron otra vez á casa de Alf-Bey para cumplimentarle y renovar sus instancias al objeto de detenerle, haciéndole las mas lisonjeras insinuaciones sobre su suerte futura, si consentía en quedarse. Alf-Bey, empero, permaneció inflexible y fijó la época de su partida para pocos dias despues.

Llegó el momento de dar el último adiós al sultan. Renovó éste sus instancias, repitiéndole mil veces que reflexionase las fatigas y peligros que le aguardaban en tan largo y penoso viaje, pero nada pudo conseguir. Al separarse, le abrazó con las lágrimas en los ojos, regalándole una tienda magnífica de tela encarnada con franjas de seda. Antes de enviársela, hizo armar en su presencia, y entonces entraron doce fakihis y rezaron algunas oraciones que debian atraerle las gracias del cielo y dicha constante en el viaje. El sultan añadió á aquel presente varios odres para poner agua, objeto esencial para aquel camino.

Luego que Alf-Bey llegó á su casa, envió á decir á Fátima Mohhana que se cubriese, porque deseaba hablarla.

Estando preparada para recibirle, pasó Alf-Bey á su habitación acompañado de toda su gente, y le dijo:

«Mohhana, hallándome á punto de marchar para Levante, no te abandonaré si quieres seguirme, pero si gustas quedarte, eres libre de hacerlo.

La hermosa Mohhana, á través del tupido velo que la ocultaba, fijó sus ojos en Alf-Bey, y con una voz dulce como el tañido de un arpa, le contestó:

«Quiero seguir á mi señor.

«Volvió él á insistir.

«Repara bien en lo que dices, pues no es cosa para hecha dos veces.

La hermosa tapada bajó la cabeza como para manifestar que estaba decidida.

«¿Insistes en seguirme? preguntóla Alf-Bey. Mohhana, con un acento que manifestaba una firme resolución,

«Si señor, le contestó, te seguiré por todo el mundo hasta la muerte, do quiera que vayas, tu compañera inseparable siempre.

(1) Mesonero Romanos.

Había algo de afectuoso al par que enérgico en la voz de Mohhana. Parecia hablar con el corazón. Alf-Bey no pudo menos de conmovérsele al ver el efecto de aquella mujer, que era suya, y á quien ni siquiera conocia aun, y volviéndose á los que le rodeaban, les dijo:

«Ya oís las palabras que Fátima Mohhana acaba de proferir, y sois testigos de su resolución.»

Enseguida, dirigiéndose á la para él hermosa desconocida,

«Eres, le dijo, mujer apreciable, me tienes afecto y te protegeré: disponte para marchar. Adios.

Mohhana, á quien parece que aquella orden llenó de júbilo, se abalanzó entonces á Alf-Bey, y antes que este hubiese podido impedirlo, le tomó la mano, y levantándose algo el velo aplicó en ella un beso. Al contacto de los labios de Mohhana, sintió Alf-Bey como si le aplicaran en su mano un botón de fuego.

Luego que hubo salido de su habitación, dió orden de construir para Mohhana una especie de litera, llamada en el país *darbucco*, perfectamente cerrada por todos lados, la cual se colocaba sobre una mula ó camello, y era la que usaban las mujeres de distincion. Respecto á Tigmu no hubo tanta ceremonia, pues podia examinar envuelta en su khaiik ó albornuz. Destinó tambien para entrambas una gran tienda, donde nadie podia verlas ni incomodarlas.

Dispuesto ya todo, nuestro viajero salió de la ciudad de Marruecos dirigiéndose á Fez por el mismo camino que había emprendida á la ida.

En Fez se detuvo bastante tiempo, tres meses ó mas, y aunque él no explica el objeto de su detencion, bien pudiera ser que fuera para acallar las sospechas que pudieran tener sus cómplices en el plan trazado y darles garantías.

VÍCTOR BALAGUER.

(Se concluirá.)

A....

Un suspiro y un suspiro,  
una brisa perfumada,  
un juramento y un beso,  
una noche de mi patria,  
vivirán en mi memoria  
como vive la esperanza,  
llenarán todos mis sueños,  
secarán todas mis lágrimas.  
No han de morir cuando muera  
el pecho que los gozara,  
que al cielo han de remontarse  
con el ángel de mi guarda.  
Aquel canto que se oía  
entre la verde enramada,  
del ruiseñor que, no viéndote,  
por no mirarte lloraba;  
aquellas ligeras horas  
que tan rápidas volaban,  
temiendo que las robasen  
recuerdos de tus palabras;  
aquella pálida luna  
por verte tan bella pálida,  
aquella tranquila noche  
de la bóveda estrellada;  
para olvidarse, bien mio,  
no hallan olvido las almas  
que, si acaban de gozarse,  
de recordarse no acaban.  
Vivieron para la tierra  
en horas cortas y rápidas,  
mas su tumba es tu memoria  
y su perfume mis cántigas.  
Mal haya quien no las quiere,  
mal haya quien no las ama,  
y, mientras haya quien cante,  
quien no las cante mal haya.

ANTONIO LLABERÍA.

#### EL ARROYO.

(TRADUCCION DE GOETHE.)

A tu orilla, ¡oh! arroyuelo  
trasparente  
y cual plata reluciente,  
me complace meditar.  
Tu siempre adelante marchas:  
¿de dónde vienes?  
nunca tu curso detienes:  
arroyuelo, ¿dónde vas?  
Del seno de oscuras rocas  
he salido,  
por valle ameno y florido  
hasta aquí me deslicé,  
y siempre floté en mis aguas  
la faz santa  
del cielo azul que me encanta  
y me inspira eterna fe.  
Por ella feliz me siento  
y tranquilo,  
de mi vida sigo el hilo  
á dónde voy sin curar:  
que me digo á todas horas,  
confiado:  
«Quien del monte me ha sacado  
mi camino trillaré.»

PABLO BOSCH.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA.  
á cargo de José Cayetano Conde.  
Floridablanca, 5.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C<sup>a</sup>; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de **DELANGRENIER**, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifóidea y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar enfermedades de ojos ni Jaquecas.

**TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN**  
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1<sup>a</sup> CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS  
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 10 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C<sup>a</sup>.

## IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espareidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

## BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

### NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE afiné DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fabrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 59.  
Depósito en casa de los principales peladores y perfumadores del mundo.  
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

## VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

### CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE GOTTE

PURGATIF LE ROY SELON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial: Los Individuos resacillados nos honran suscripciones, onces.

Signoret  
DOCTEUR-MÉDECIN  
ET PHARMACIEN

## ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan al ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Servais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina, real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeños y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Herpes, abscesos, goma, marasma, catarrros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asmas nerviosos, úlceras, sarna dejenado, reumatismo, hipocóndrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto.

Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios. Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Servais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificacion, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Servais.

## PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible

en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis Gastralgias Agruras Nauseas Erucios Opcion Pilitas Gases Jaqueca Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succ, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA MERCERIA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaíso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaíso (Chile.)

## JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1<sup>a</sup> clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarrros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de vox, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>a</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Caire.

Depósitos: en Habana, Lertiverend; Reyes; Fernandez y C<sup>a</sup>; Sara y C<sup>a</sup>; — en Méjico, E. van Wingen y C<sup>a</sup>; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C<sup>a</sup>; Braun y C<sup>a</sup>; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garatecocha; Lascasas; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaíso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>a</sup>; — en Guayaquil, Gault; Calvo y C<sup>a</sup>; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

## GRAGEAS DE GELIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resultado de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.



PILDORAS DEBAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. —Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. —Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen a purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indubitable eficacia contra los Romadizos, Gripe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

CAJAHOUT DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas afeccionadas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoidea. Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París. — Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA. EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comisión que se le confie. —Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. . . . . 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . . 30 » Por comisionado . . . . . 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO

DE LA RELIGION NATURAL,

POR

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante: Barcelona, Niubó, Espaderia, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillier.—Habana, Chao, Habana, 100.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS. ANEMIA. OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hiposulfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exijase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fabrica de la Farmacia Suwan, 12, rue Castiglione, París

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.



Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas.— Conservación de la dentadura y las encías. Depósito Gral. en España. Sres. I. Ferrer y O.ª, Montera, 61, pral. Madrid.



CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. K. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en PARIS, 25, rue Geoffroy-Lasnier, y en Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á las una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana tambien los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 3 columns: Destino, Primera cámara, Segunda cámara, Tercera ó entrepuente. Destinos: Puerto-Rico, Habana, Habana á Cádiz.

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. Es rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinacion con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 5 main columns: Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz. Each column has sub-columns for 1.ª, 2.ª, and Cubta. Rows list destinations like De Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz.

OBRAS DE TEXTO POR SALVADOR Y AZNAR. TENDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Nueva edicion, aplicada á las contabilidad mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales. PRÁCTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería de Moya y Plaza, y princi-pales de Madrid y provincias. El autor, que vive en Venetas, 5, detalla, los envia por el correo á 15, 15, y 10 rs. en sellos ó libranzas.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SANTO DOMINGO, SAN THOMAS, MÉJICO, VENEZUELA, PUERTO-RICO, FILIPINAS, SAN SALVADOR, NICARAGUA, HONDURAS, NUEVA GRANADA, PERÚ, PIURA, BOLIVIA, PARAGUAY, ECUADOR, CHILE, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68 París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.